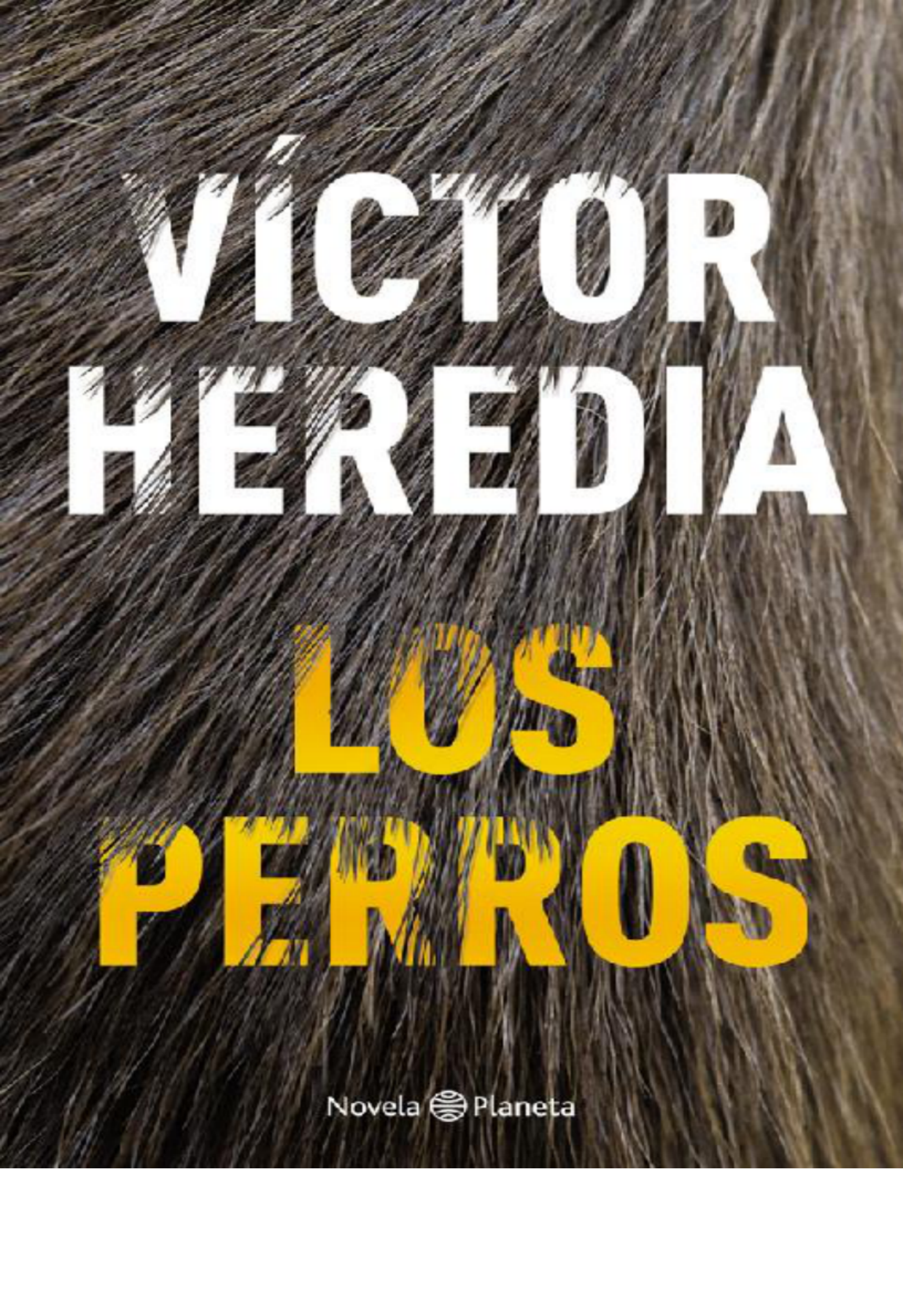

VÍCTOR HEREDIA
LOS PERROS
Novela Planeta

Los perros

Los perros

Víctor Heredia

Índice de contenido

¿Quién te parece que ganará la guerra? ¿Nosotros, no? ¿Ustedes? ¿Y qué será de nosotros, entonces?

JULIUS FUCIK (reportaje al pie del patíbulo).

Heredia, Víctor
Los perros. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2015.
E-Book.
ISBN 978-950-49-4661-8
1. Narrativa Argentina.
CDD A863

Diseño de cubierta:
Juan Pablo Cambariere para el Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Fotografía de cubierta: Silvio Fabrykant

Publicado bajo el sello Planeta®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: junio de 2015
Digitalización: Proyecto451

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-4661-8

PRIMERA PARTE

1
La crisálida parda

La herida de Cholo parece ridícula en medio de su pecho desnudo. La luz pálida de la habitación remarca la sombra del vello de sus axilas y también sus ojeras. Es un agujero pequeño del que aflora un rastro de sangre reseca, un hilo de color pardo similar al fango terroso del basural, es como si un aliento frío y poderoso hubiera decidido congelar de un soplo todo movimiento, toda vida. No me atrevo a tocarlo, estoy paralizado frente al tablón donde sus costillas parecen reclamar, todavía, un poco más del mundo, aunque eso fuera algo absolutamente inadmisible para un tipo como él. Y en medio de esa soledad tan conocida por nosotros miro ensimismado la delgadez extrema de sus piernas, los ojos semiabiertos, el pelo enmarañado y lleno de pedacitos de pasto. No atino a nada, salvo a observar mientras el corazón se me desboca, ese cuerpo con el cual compartí un camastro, el calor de las cobijas, risas, llantos, mentiras, secretos, sopas tan miserables como el tazón de lata en el cual nos servíamos mendrugos, sopas llenas de sueños inalcanzables. Tanto y nada, poco tiempo atrás. Imagino que no es él. ¡Quizá si miro bien resulta ser cualquier NN, el pariente de otro Sabio, uno que todavía no sabe que la policía es trágica! Quiero convencerme. ¡Es muy parecido, sí, es cierto, pero ese cuerpo adolescente sobre un tablón roñoso de madera no es el de Cholito! Me obstino. ¡Lo sé porque en el monte una vez de chico se cortó con una lata! Recuerdo bien, la cicatriz viborea desde su empeine a la planta del pie. Miro el pie, pero desde donde estoy no alcanzo a ver, entonces inclino un poco la silla a la derecha y allí está, elocuente, perversa. Pero insisto aunque está claro que es él. No me doy por vencido, harto de hacer de tripa corazón día tras día. ¡Quizá sea una herida parecida! Vuelvo a mirar, quisiera persuadirme de que ese rostro deformado por la muerte no es mi otra mitad. Porque un hermano es eso, una mitad de uno a los tumbos por ahí, un pedazo de sangre idéntica que rueda por el planeta y tararea la otra parte de una canción compuesta en el mismo nido, nacida de la misma humedad, de similar aunque distante pujo.

—¡Fijate si ese es tu hermano! —escupe uno de azul recién llegado, mientras una insoportable comezón me obliga a sonar la nariz a cada instante. Hay olores rancios de hospital en el cuarto despojado de muebles y un silencio espeso tamiza el murmullo lejano de la calle. No quiero llorar frente a estos inservibles, fueron ellos quienes abrieron la

puerta diciendo que este muchachito endeble de huesos flacos como un Cristo es Cholo. Pero ya no puedo aguantar y siento cómo afloran lágrimas, sollozos, rabia. Una rabia espantosa si fijo la vista en el agujero por donde asoma ese gusano pardo, congelado.

—¿Y, pibe? ¿Es tu hermano? —pregunta el recién llegado, labio leporino, camisa arremangada, engominado, pulcro y con garantía de impunidad.

—Sí, es el Cholo.

Apagaron la luz. Escuché claramente cómo alzaban el cuerpo y comentaban risueños la rigidez del cadáver. Oí el ruido de la heladera al abrirse y la carcajada del más joven al cerrarla. Ya en el pasillo volvieron a reír azuzando mi sombra hasta la oficina del comisario. Al entrar sentí los ojos secos del Chupa inspeccionarme, había dejado la pistola sobre el escritorio y uno de sus zapatos en el suelo, mientras refregaba la planta del pie desnudo contra la punta del mueble.

—Se lo dije a tu viejo, se lo advertí. Lo agarraron ayer con medio kilo de pasta en un auto robado. Estaba armado y se la puso a un cabo de Ensenada. Eso no se perdona, pibe. ¿Entendés?

Frotaba el pie contra la punta del escritorio como si esa conversación no tuviera ninguna gravedad y él fuera el padre de la vida y la muerte, un dios molesto por una irreverente picazón, un dios de uñas barnizadas, pretencioso, inmoral. Ni la muerte del Cholo ni la del policía parecían conmoverlo. Yo tampoco estaba conmovido, tenía ese odio hijo de infinitas penurias, de días impregnados de humos tóxicos y fermentos oscuros, una aversión imposible de refrenar agazapada en los puños, un enorme alarido pugnando por salir desde mi ombligo. Y el miedo, ya puedo confesarlo, un miedo pegajoso como el mismísimo desdén al que el destino nos tenía acostumbrados. Eso era lo irrefutable.

El comisario intuyó el peligro y dejó de refregarse el pie, se inclinó hacia adelante y guardó la pistola en uno de los cajones. La noche, mientras tanto, parecía meterse en la oficina. Ya quedaba muy poco por decir.

—Y vos cuidate, pibe.

—No tengo otro remedio, comisario.

Salí a tiempo con el timbrazo. Miré hacia la calle y envejecí cien años bajo el peso de una insoportable melancolía. No entiendo todavía qué me impulsó a volver. Había conseguido refrenarme unos minutos antes frente al cadáver de Cholito, no tenía por qué arriesgarme de esa manera, no debía enloquecer, por mi bien. Y sin embargo volví con la mano cerrada sobre el mango del cuchillo, lo llevaba escondido en el bolsillo de la campera y sonreí ante la guardia dándoles a entender que había olvidado alguna cosa. El Chupa seguía hincando su pie contra la punta del escritorio con la televisión puesta a todo volumen.

La hoja cortó sin traba ni dolor de lado a lado, una pena. Pero alcancé a ver cómo sus ojos advirtieron el infierno mientras manoteaba la pistola del cajón y trataba de gritar sin sus cuerdas vocales, un gorgoteo, dos. Se ahogó en su propia sangre. Para mí fue suficiente. Cuando cayó, yo estaba en el pasillo de salida con la misma sonrisa y las manos en el bolsillo.

—¿Todo bien, pibe?

—Mejor que nunca, agente.

2
El rescate

“De todo aquello que un hombre pueda realizar en la vida hay pocas cosas que lo dignificarán; una de ellas será la memoria, su memoria verdadera, Sabio. La tarea más difícil es encontrarla.” Así me dijo el Gris cuando le conté que estaba escribiendo este diario. Tenía un leve corte en el labio superior —producto de su bendita costumbre de romper el cogote de las botellas con el revés de la cuchilla—, y le afloraba una pequeña gota de sangre, tan mínima como esas que aparecen después de una afeitada. Nunca olvidé sus comentarios, se transformaron con el tiempo en una suerte de guía de mis actos, aun los más superfluos. Hoy le quito la tranca a la puerta de mi auténtica memoria, oculta vaya uno a saber en cuál pliegue y hemisferio del cerebro. ¿La razón? Quizá el recuerdo de mi hermano Cholo al cumplirse un nuevo aniversario de su muerte, quizá sincerarme, no sé. Mis hijos me conocen como un hombre bueno, periodista a la fuerza de un humilde diario de Plottier, y creen que toda mi vida siempre fue así; el café cargado de las mañanas, la camisa pulcra dispuesta por Sandra sobre el acolchado azul de nuestra cama, la mano paternal que les revuelve el pelo y acomoda sus pantalones, en fin, una pequeña parte de mí. A través de los años intenté darles pistas de mi pasado pero parecen abstraídos y antes de poder terminar la primera anécdota se escabullen a sus juegos. Sandra trata de convencerlos: “¡Escuchen a su padre!”. Es inútil. Quizá el error resida en la forma, ese cuentagotas que florece cuando un vaso de vino alienta mi lengua y sus endechas en la sobremesa de este pequeño pueblo con río y con manzanas. Sandra toma mi mano y de cara al Limay musito nombres, vientos y sudestadas que aquí no suceden, fantasmas que solo conoce mi antigua esperanza y forman parte de un territorio incomprensible para ellos. Traté de hundirlo en el fango oscuro de aquellos días, convencido de poder vencer al ayer con el mañana porque si —como afirmaba el Gris— hay cosas que dignifican, una parte de mi existencia tendrá el dudoso valor de la intemperie, el de una marginalidad que me llevó a compartir lo peor de las miserias humanas y sin embargo —así suelen ser estas cosas—, me ubica en un lugar extraordinario: el de los sobrevivientes. Quizá sea inútil el intento y jamás presten atención a mi experiencia, ni siquiera sé si es adecuado enterarlos de esa fábula —así me lo parece ahora— vivida hace un siglo, aunque suene exagerado, porque en verdad apenas

fueron unos cuantos años atrás. Pero al recobrar aquella historia me abismo en fantasmagóricos playones, a la orilla de un río que formó parte de mi vida. “Los ríos traen y llevan, por eso son peligrosos —decía también el Gris—, son como el destino: impredecibles, Sabio. Un día están calmos, una apacible tarde de verano, al otro rugen atroces fieras y tragan tripas, sueños, ilusiones. No se puede confiar en ellos, se alimentan de lluvias y mareas, dependen de humores planetarios, de nieves derretidas, hielos ancestrales y represas humanas, sequías.” Tenía razón, pero agregaría que en ese sentido también se parecen a nuestra sociedad, a esa multitud absorta en sus cuestiones alejada de todos y de todo. Muchos pensarán que en nuestro territorio había demasiada soledad, así lo creí yo también al principio pero luego de leer una reflexión de César Vallejo entendí algo distinto, ese estado no existe pero duele como tal: “Una casa viene al mundo no cuando la acaban de edificar, sino cuando empiezan a habitarla. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado”. Es decir que el monte impronunciable donde fuimos enterrados niños, hombres y animales, absurdos jardineros de Belial, nunca estuvo ignorado, ni tampoco nosotros. Por eso y por muchas razones más desempolvé mi viejo diario y comencé a revisar este infructuoso intento de adolescencia. Desde aquí puedo afirmar mi doble tránsito por el infierno: cuando lo viví y ahora, al rescatarlo.

3
Carucha y Gardel

Ayer el viento subió por la masa compacta de basura y un millón de moscas fueron barridas lejos de su alimento. Llegaron en un enjambre verdinegro hasta el caserío, aposentándose en los patios, en los platos, en los vidrios de las ventanas y entraron a nuestros cuartos, zumbonas. Mamá hizo uno de sus maleficios y encendió una fogata con pasto verde que Cholito arrancó del baldío del Rubio Castromán —el dueño de los caballos—, después intentó el artilugio de las papas y las untó con una melaza hecha con agua y azúcar, pero siguieron allí inmutables, cada vez más insidiosas, hasta que las ráfagas cesaron. Después volvieron a lo suyo, a la podredumbre del cinturón ecológico para amontonarse finalmente sobre los coloridos cúmulos de las bolsas de plástico. Cuando se hartaron de engullir y defecar, se dejaron estar unas sobre otras, morosas. Esa es su hora exclusiva, la hora del sol. Apenas muere la tarde la brisa recrudece, pero hacia el mediodía el calor se apodera de todo y nadie, salvo ellas, se atreve a transitar el basural en busca de sustento. Un olor nauseabundo nos encierra entonces en nuestras casas. Recién a las doce de la noche comienza la faena grande, pero Cholito y yo empezamos a prepararnos desde temprano. Debemos limpiar el carro y ajustar las ruedas engrasadas para no tener ningún accidente en la trepada. Gracias a esa precaución cotidiana una vez, adelantándonos a otros Perros, conseguimos rescatar una vitrola con el mecanismo entero. Papá dijo que quienes tiraron algo así debían estar locos porque en cualquier casa de vejestorios valdría una fortuna. Las hay de muchos tipos, incluso algunas disponen de una enorme bocina como parlante, esta es de tamaño mediano con forma de maleta, cuadrada y negra. Le falta la manija pero a todas luces es portátil. Él mismo se ocupó de conseguir el tensor de la cuerda manual y después de varios intentos fallidos la colocó. Luego sacó del taburete la palangana usada por mamá para vaporizarnos en invierno y en su lugar puso el armatoste. Después se retiró un poco y lo observó orgulloso como si fuera un trofeo. Inmediatamente hizo aparecer unos discos de pasta que guardaba vaya uno a saber desde cuánto tiempo atrás y por primera vez escuché a Gardel. Carucha, el perro de mi hermano Cholo, se paralizó un instante frente al aparato y todos pensamos: “¡La música lo embelesó!”, porque el mundo afirma que los animales son sensibles al arte, pero de pronto arremetió furioso y de no interponerse la tía

Miranda hubiera destrozado a dentelladas nuestra original posesión. Lo ahuyentamos a gritos y manotazos fuera de la casa y fue a echarse lejos, bajo la sombra del sauce, justo donde enterramos a Bonita, su primer gran amor. Siempre se acuesta allí, aun sin mediar nuestros retos, pareciera entender que bajo un metro de tierra yace su parienta, apoya el hocico contra el suelo, lanza gemidos cortitos y refriega sus ojos con las patas. "Es moquillo" —afirma Cholo—. Yo opino: "Él sabe y llora". Papá escucha y mueve la cabeza como si estuviera loco, pero cuando Carucha vuelve a ubicarse bajo las patas de su silla le palmea el lomo y dice: "Pobrecito, ¿extrañás a Bonita?". La tía Miranda saca un pañuelo y simula sonarse la nariz para esconder la risa que le causan nuestras incongruencias. Ella suele visitarnos asiduamente para escapar de su marido, mi tío Ramón, único hermano de papá por suerte, acostumbra a emborracharse sus días libres y al cabo de la segunda botella se torna peligroso, pone cara de matón y repite siempre la misma frase:

—Si hay alguien con huevos que me lo haga saber, yo se los corto —y clava con saña su cuchilla sobre la mesa, mientras papá lo mira con tristeza.

—Che, Ramón, dejate de joder, aquí está tu familia.

Entonces el borrachín nos mira oscurecido mientras asevera no tener a nadie más en el mundo y promete jugarse la vida por cualquiera de nosotros si fuera necesario. Le creo, porque para pelear cualquier excusa le viene bien. Más adelante merecerá la cárcel por su intemperancia. Todavía no lo sabe. Yo sí, sucede desde mis cinco años pero no tengo explicación para esas alucinaciones mas cuando Ramón hace ese tipo de comentarios un cierzo helado asalta mi corazón, cierro los ojos, veo rejas y escucho puertas de hierro golpearse entre sí, gemidos, llanto. Él, después, ya cansado de repetir lo mismo, dormita sobre la mesa transfigurado el rostro, ahogándose a cada ronquido. No debe existir en el mundo nada más triste, salvo esa llovizna terrosa que suele caernos de vez en cuando y mutila toda esperanza. Miranda, sin embargo, como si nada de esto la abrumara, aprovecha y desempolva del álbum de discos uno de Antonio Tormo —su cantante preferido— y canturrea con él "Mis harapos", hasta que mi padre también picado por el alcohol detiene bruscamente la vitrola, coloca nuevamente a su Gardel y nos declama:

—En este país no hay otro igual —y agrega mientras aferra la cintura de mamá—: ¡Ni tampoco en el mundo!

Un día le conté al Gris aquella insólita experiencia gardeliana. "¿No notaste nada extraño en su pronunciación?" —preguntó. Inmediatamente recordé mi confusión al respecto: lo supuse extranjero. Esa noche papá enfureció, comenzó a increparme duramente y arrancó de mi boca un juramento sincero: ¡Jamás

repetiré semejante blasfemia!

—¡Gardel es argentino, a pesar de esos franceses y uruguayos engreídos que insisten en apropiarse de él! —gritó a los cuatro vientos y siguió apretándose contra mi madre al compás de aquellos tangos.

Recuerdo esa escena como una de las más sensibles de mi infancia, una foto en sepia de infinita nostalgia. Más adelante la realidad y sus inapelables consecuencias teñirán esa memoria. Nada es como uno desea, ni las relaciones familiares tan claras como el supuesto afecto que las empuja entre sí. La única cosa fidedigna entre nosotros es la necesidad. Por lejos nuestra más valiosa certeza.

—¡Esa es la cuestión! —dijo el Gris en referencia a Gardel aquella vez—. Todos creen tener razón por ese extraño defecto, cuando en lugar de pronunciar la N dice R, pero es un resultado de aquellas grabaciones rudimentarias: la voz hacía vibrar una membrana y esta incidía sobre una púa en una rosca sin fin para grabar una matriz de pasta. Los cantantes debían meter la cabeza en una bocina cuya función era conducir esa emisión y el resto de la música por un caño hasta la púa. Eran necesarias consonantes fuertes, pues las más débiles no llegaban a dejar su huella perfecta en el disco, por eso lo de targo en vez de tango. ¿Erterdiste?

Y yo le dije la verdad, que había entendido más o menos, pero el Gris insistió en ponerme al tanto porque Gardel es un mito, como muchos otros en la historia argentina a quienes debemos reverenciar.

Le pregunté si todos merecían idéntico respeto. De mártires políticos y próceres oxidados la Argentina rebosaba.

—Este es uno de los pocos, pibe. Un caso único: ¡mejora su voz después de muerto! Eso no es poco, ¿eh? —agregó risueño—. Aunque algunos insistan con su homosexualidad para quitarle valor a semejante talento. Lamentablemente a veces se salen con la suya: "Difama, difama, algo quedará".

—¿Entonces era marica? —pregunté con cierta preocupación por los gustos de mi padre.

—¿Pero, vos sos lerdo? —contestó mirándome fijo.

Descubrió mi sorpresa y sonrió comprensivo, luego se entretuvo con Carucha. Ya por aquel entonces no gruñía más.

—Este país es injusto, pibe. Muy injusto —aseveró de pronto—. Cada vez que nace alguien capaz de superar la mediocridad, de darle lustre a nuestra identidad, lo difaman sexual o ideológicamente para defenestrarlo y ponerlo a nivel de los envidiosos y los incapaces. Con Belgrano hicieron algo parecido. ¿Sabés quién era Belgrano?

—¡Eh! —le dije—. El creador de la bandera.

—También lo acusaban de marica.

—¿Y era?

Hubo tanta tristeza en su mirada que sentí un fantasma eléctrico

recorrerme las venas. Bajé los ojos. Recién empezaba a conocer a ese extraño ser, ¿cómo podría entender tan rápido sus códigos, sus guiños? Con el tiempo aprendí y también entendí.

—¿Escuchaste hablar de Piazzolla? —insistió.

—En mi vida, don.

—¿Ves? Ese tipo transformó el oído de esta ciudad con una estructura musical incomparable, exquisita. Por eso en cualquier lugar del mundo donde suene su música nos transportará inmediatamente a Buenos Aires. ¿Pero sabés cuál fue la opinión de los críticos de entonces? ¡Que no era tango! Fue su mejor ocurrencia. ¡Desorejados! Con ese debate infantil retrasaron su inserción popular demasiado tiempo. Partió a su exilio cansado de tocar para unos pocos y cuando mimado por las alfombras rojas de París, Europa y cuanto continente pisó volvió a tocar aquí, presentó un concierto inolvidable en el estadio de Obras Sanitarias donde lo esperaban cinco mil personas de pie, emocionados de ver a un compatriota triunfador. Entonces Piazzolla dijo: “Si para tener esta convocatoria había que irse del país, me hubiera ido antes”.

—Pobre tipo.

—No, chiquito. Pobres de nosotros.

Después la lluvia nos golpeó, aunque la luna pugnara por salir y yo deseara que aquella conversación no terminara nunca. Una lluvia térrea parienta del río terminó con la charla y se derramó sobre nosotros, en tanto el Gris abría su segunda botella.

Con el tiempo comprendí lo efímero de los buenos momentos, no lo sabía entonces, suponía que solo con desearlo fuertemente lo amable y lo bello perdurarían pero eso es privativo del destino, pertenece a su antojo. Nada podré hacer ante sus líneas dispuestas para mí como el guión de un actor de teatro, escrito en letra regular y tinta negra, con un insensible punto al final.

Permanecí bajo la lluvia, pensando que no tenía remedio correr, me mojaría tanto en el trayecto como dentro de casa. El Gris tampoco se movió, parecía disfrutar haciendo malabarismos para mantener su pipa encendida. Nombró poetas, músicos y escritores en medio de esa nada de fango putrefacto, recitó párrafos enteros de Antígona, desenterró la voz astuta y sabia de Descartes, invocó a Platón y a todos los fantasmas lúcidos de la literatura en su delirio alcohólico, hizo la magia necesaria para engatusarme con su fábula y en lugar de salvarme me condenó a pensar, a ver el mundo tal cual podría ser. Como nunca sería para nosotros.

4
Cábalas, nieblas y bautismos

Mi padre se llama Evaristo Gonçalves y es obrero de la construcción, aunque por estas épocas hurga con nosotros en el basural. Debe haber tenido una infancia, una adolescencia, pero no puedo hablar de ellas porque nunca dijo nada al respecto. Inventaría alguna cosa por hacerle homenaje, mas a nadie le gustaría ver tergiversadas sus vivencias. Solo puedo decir lo siguiente: en su ropa huelo árboles muertos, playas desiertas de ríos terrosos como el nuestro, pantanales, soledad. Venero su esfuerzo para no abrumarnos con su pena, esa sí se le nota cuando deja de mirarnos para clavar la vista en el cielo durante horas, hasta el amanecer. Construyó nuestra casa, la única con paredes de ladrillos de toda la villa y casi seguro la más fresca en verano, porque bajo las chapas de cinc del techo acomodó unas planchas de telgopor, producto de incursiones furtivas a una fábrica de soda abandonada en la bajada de Quilmes. Pero nunca pudo evitar las goteras, esas siguen allí, forman parte de nuestra familia, son primas indeseables, despreciables visitas de cumpleaños y cenas, de gripes y viruelas, recordándonos que nada es perfecto. Cada una con su cacharro propio, la del rincón de Cholo el jarro verde, la del mueble del mate la olla negra, la de la mesa azul de la cocina la palangana enlozada con flores de mi madre. Apenas relampaguea o truena sacamos los cacharros. Papá se ríe y asiente aplaudiendo en silencio, le gusta nuestro esmero. Tiene ojo rápido para distinguir objetos valiosos entre los desperdicios y silba en cuanto divisa alguno. Con Cholito conocemos la señal y estamos atentos para saber hacia dónde correr y ganarle de mano a los otros recolectores. Por esa razón nos llaman Perros y si hubiera escalafón en esa especial tarea yo sería el Perro uno y Cholito el número dos. Esta no es una disquisición caprichosa, es cosa de mi viejo, así nos califica. Hace unos años por disputarle un tablón de terciada al Loco Faruk mi hermano se clavó una lata en el pie, apenas le sangró pero estuvimos preocupados toda una semana por la herida. Sabemos perfectamente los peligros del tétanos y esa vez estábamos bastante inquietos porque cuando lo llevamos al hospital de Quilmes, no había vacunas disponibles y el practicante, al revisarlo, nos sugirió comprarla. Papá hizo cuentas y eso era el equivalente a la comida de diez días. De allí no podía distraer un centavo. Entonces el doctorcito limpió con desinfectante el pie de Cholito y prometió ocuparse para conseguirla

gratis a través de un visitador médico de su conocimiento. Esperamos toda la tarde, pero el tipo jamás apareció y quedamos a suerte y desgracia. Cayó suerte, porque Cholito no levantó fiebre y a los pocos días ya estaba otra vez en el monte con nosotros. Aunque según mi tía Miranda lo curó el emplasto de barro y hojas curativas hecho por ella misma. Fuera por azar o por el ungüento, recién entonces a mi padre le desapareció la arruga de la frente. En esas circunstancias casi siempre farfulla, no sé si insulta o reza pero en nuestro caso es indistinto, porque ambas cosas significan desgracia. Me gusta más cuando sonríe y levanta los ojos para agradecer un buen hallazgo, en ese trance me acaricia el pelo y ya no importan las moscas ni la podredumbre asediando desde el playón, pues al llegar a casa pondrá a sonar la vitrola, se reirá de Carucha que hará su rutina de gruñidos con el aparato y después se pondrá a bailar con mamá, a cielo abierto. Ella se llama Silvia García. Conserva ex profeso su apellido paterno para no perder independencia ni identidad: "Así lo hicieron mi abuela y mi madre y lo aconsejaría a mi hija si el señor nos diera esa sorpresa" —suele decir mientras mira con ternura a mi padre, pero él no dice palabra.

La tía Miranda, devota de Gardel aunque en sentido místico, asegura que al enterarse de las dificultades del parto de mi hermano Cholo, fue hasta la estatua del cantor erigida en su tumba y le puso un cigarrillo en la mano izquierda, tal como hacen los creyentes para pedirle ayuda. "¡Ángel del cielo!" —agradece suspirando mientras abre los brazos y asegura que el espíritu del ídolo cooperó con los médicos salvando a Cholo de una muerte segura. El pobre venía al mundo de culo y eso, a todas luces, no solo es complicado para nacer sino para llegar a cualquier lado. De allí en más toda cábala que la tía Miranda puso en práctica fue bienvenida por mamá, inocente devota de maleficios y agüeros, encantamientos y ensalmos. Nuestra infancia deambuló entre las fabulosas brujerías de Miranda y la inefable realidad pues, cuando los árboles de Navidad adornaban los negocios y preguntábamos sobre la eficacia de las cartas enviadas a Papá Noel y a "los innombrables" (así bautizó papá a los Reyes Magos), mamá respondía que nuestros pedidos serían tomados en cuenta si merecían tal gratificación. "Las buenas acciones producen milagros" —rezaba frente a nuestra expectativa. Y Cholo y yo pensábamos en todas las palomas muertas, en los sapos asesinados a orillas del río, en los cangrejos crucificados contra las raíces de los sauces y conveníamos no merecer ni la escama de un pez. No obstante a pesar de esos crímenes algo llegaba a nuestras zapatillas. En los envoltorios de regalos anteriores primorosamente atados con cintas recicladas a golpe de plancha, siempre encontrábamos un jabón, un cepillo de dientes y hasta juguetes de madera o latón. Cuando no era así,

debíamos asumir que el crimen había sido imperdonable.

Mamá dejó su trabajo de doméstica apenas enfermó. Hace dos años que no puede andar mucho pero su belleza todavía aviva miradas masculinas. Y con razón. No lo digo sólo porque sea mi madre, aunque ahora con el tratamiento le aparecieron ojeras, su cabellera negra se tornó escasa y la lleva recogida bajo un pañuelo rojo que la tía Miranda robó del santuario del Gauchito Gil. Los médicos la felicitan por su entereza, dicen que si continúa con la medicación en pocos meses comprobaremos una mejoría. Mientras tanto y para colaborar con algo, ante la exigua entrada de dinero, se le ocurrió hacer mantelitos de hilo. Cada uno es especial, quien los compre no encontrará otro igual en ninguna parte. En mi almohada hay uno con mi nombre bordado. Lo puso allí para proteger la funda cuando vuelvo de recolectar y me acuesto sin bañarme. Mi hermano tiene el suyo en la otra cabecera, él duerme hacia la puerta y yo hacia la pared, las dimensiones de la pieza permitieron ubicar solo ese catre. Mi nombre es Matías, así fui bautizado un día como hoy, de pura niebla según cuenta Miranda, pero me dicen El Sabio. El apodo no alcanza a disgustarme pero ciertamente es un poco exagerado: el hecho de saber leer y escribir no hace merecedor a nadie de semejante honra, aunque debo reconocer que soy un caso raro. Desde chico tengo una fuerte inclinación por la lectura y bastante suerte. Esta ciudad desdeña tanto sus viejos libros que podrían rescatarse bibliotecas enteras en los basurales, por eso estoy montando la mía. En mi pieza hay varios estantes de madera repletos de los más insólitos, soy orgulloso propietario de un Manual de las Obligaciones del profesor Luis María Rezzónico quien, según dice en la primera página, fue Doctor en Jurisprudencia y profesor de la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Al principio avancé lentamente en la lectura, pues trata sobre leyes, después empecé a interesarme y hoy puedo decir de memoria que: “Hay contrato cuando varias personas se ponen de acuerdo sobre una declaración de voluntad común destinada a reglar sus derechos”. Y tomando en cuenta que la mayoría de nosotros vivimos contratando, es esa relación la que se transforma en la fuente más copiosa de las obligaciones, ya sea por cuestiones de alimentación, de vestuario, de vivienda, de transporte o porque, como en el caso de mi madre, se necesitaran los servicios de hospitales y médicos. En verdad debo reconocerlo: mis conocimientos sobre estos asuntos son absolutamente inútiles: ¿cómo explicarle a un contratante de mi padre que acaba de contraer múltiples obligaciones con él y debe cumplirlas? Imposible: mi padre, al igual que el resto de los conchabados en la construcción, arrastran una herencia de renuncia a sus derechos. A fuerza de leer estos temas también lo comprendí. Gracias a ese manual también me instruí sobre las opiniones de un tal

Salvat, de quien no sé mucho que digamos, pero dice lo siguiente: "...en materia de renuncia de derechos reales no es necesaria la aceptación del beneficiario, siendo por consiguiente, un acto jurídico bilateral, una verdadera convención liberatoria". Y, aunque no lo tengo demasiado claro, no hay dudas de que eso nos lleva al abuso de derecho (el Gris se sorprendió gratamente cuando se lo expliqué): "...el derecho cesa donde comienza el abuso, y no puede haber uso perverso de un derecho cualquiera, por la razón irrefutable de que un mismo acto no puede ser a la vez conforme y contrario al derecho". Pero, como decía un poco antes, modificar esto en la cabeza de mi padre o la de sus patrones sería un milagro tan grande como recibir un regalo deseado en las fechas ocultas o ver a Jesús —el más solicitado por la familia cuando se avecina una sudestada—, multiplicar sus panes y sus peces. O peor aun, convencer a Miranda de la falsedad de algunas de sus creencias, como esa de plantar una hortensia en las vísperas de San Juan en un tarro con tierra y agua y hacerle un pedido al santo poniendo fe en su bautismo. ¡Según ella el deseo se cumplirá! Así parecen ser las cosas en la vida, cada maestro con su librito. De modo que leí aquel Manual de las Obligaciones con la certeza de haber encontrado el mejor texto de ficción. Página tras página se exponen allí los mejores métodos para embaucar al prójimo o tergiversar cualquier acción honesta. De igual forma me sucedió con las doctrinas religiosas, cada una propone su punto de vista respecto de lo sucedido en los inicios de la humanidad. Si bien repiten más o menos la misma historia se refutan entre sí. Por lo tanto cuanto más profundicé menos creí. Uno de los más raros que encontré es el Libro del Mormón, obviamente no comulgo con esa religión, pero me gusta leerlo y cotejar semejanzas: acaso las planchas de Nefi hayan existido, o quizá fueran las mismas tablas de mandamientos que Moisés expuso con distinto nombre en aquel famoso Monte Sinaí, aunque el Gris disienta y afirme que tal cosa tuvo lugar en el desierto de Albán durante el éxodo y no precisamente allí. No lo sé ni creo llegar a saberlo nunca, pero a la humanidad le han resultado tan inútiles esos bellos conceptos como el Manual de las Obligaciones lo fuera para un servidor y sus compañeros del basural pues, ante mis tortuosas explicaciones acerca de esos escritos enmudecen como sapos en la seca, admirados de mi sabiduría.

Entre mis tesoros también dispongo de una Biblia, una versión de un tal Reina escrita en 1569, cuyo texto revisó otro apellidado Valera en 1602 y luego continuó sufriendo distintas correcciones hasta 1960. Debo asumir, lamentablemente, que allí tampoco hubo acuerdo con respecto a ciertos sucesos históricos, sin embargo entre esos y otros ejemplares de ficción un poco más entretenidos aprendí a comprender la realidad. Confieso que de vez en cuando hasta pude escapar de ella.

Lo hice con tanta simpleza como puede un niño acompañar a Sandokán y sus tigrecillos de Mompracem de la mano de Salgari, de quien, dicho sea de paso, me enteré con cierto desconsuelo, merced a los comentarios del Gris, que jamás en su vida había pisado un barco y ni siquiera había mojado sus pies en mar o río alguno. No puedo creer todavía que toda su obra estuviera basada en investigaciones de biblioteca. En eso le llevo considerable ventaja —en lo del río— pues, obligatoriamente, cuando mi padre invita, lo acompaño al medio del Río de la Plata a pescar nuestro sustento. Lo agradezco sinceramente porque allí vuela mi imaginación: nuestra canoa tiene agujeros por los cuatro costados y me figuro ser un grumete ayudando a salvar el buque insignia de una armada pirata. Provisto de una lata y mientras saco agua frenéticamente dejo de ser el Sabio para transformarme en el mejor amigo del valiente Yáñez, y termino salvando heroicamente la vida de su joven amante hindú. Esos, diría casi lógicos estados de ensueño, producto de mis febriles lecturas, me hicieron padecer innumerables retos. Papá no apoyaba mi aprecio por la literatura, mucho menos mis conclusiones sobre el suicidio de Salgari quien, abrumado por las deudas, se hizo el harakiri. El Gris sostiene que traicionó su ascendencia veronesa pues adoptó para tan trágica decisión una costumbre absolutamente oriental. En respuesta a mis comentarios papá fruncía el ceño y me conminaba a buscar objetos más valiosos: rulemanes, tirantes, viejos aparatos de radio, licuadoras, ruedas de bicicleta, botellas, chapas de cinc y madera terciada, cartón y cualquier elemento relacionado con la electrónica. ¡Ni pensar en dejarse madrugar por alguno de los otros Perros si entre los desperdicios asomaba una cómoda desvencijada, o una parte de alguna mesa de televisor o de computación! Pero a pesar de sus recomendaciones mi visión periférica descubría libros y revistas antes que cualquier otra cosa.

Para mí, ese monte era el misterio, la cueva de Alí Babá, las minas del rey Salomón, la esmeralda perdida —la única película que pude ver en mi infancia un día que conseguimos burlar al acomodador del viejo cine Atlantic de Quilmes—, eso era el basural para mis ojos. Allí nací y durante un largo tiempo no supe de nada comparable a la felicidad de su increíble oferta, después crecí y todo se enmarañó. Mis sueños también. Descubrí el camino que lleva a la conciencia. Deploro decirlo pero sin ella hubiera sido eternamente feliz.

5
Las oscuras luces del alba

Mi pasaje por la escuela primaria fue bastante caótico (intermitente es la palabra justa), ya que a pesar de mi inclinación por la lectura y el cotidiano esfuerzo de mi padre no pude asistir regularmente. Recuerdo sin embargo, como si hubiese estado allí mil años, el espeso bullicio de las aulas y la soledad de cemento cuando sonaba la campana y llegaba el recreo, puesto que casi nadie se atrevía a compartirlo conmigo. Supongo que llevaba el olor del monte encima a pesar del jabón y las lavandas que mamá echaba sobre mi delantal cada mañana. Hice un solo amigo en ese tiempo y creo, ahora a la distancia, haberlo preferido así. Con uno basta y sobra para las traiciones. En ese período mi padre perdió su trabajo y nuestra actividad en el basural se transformó en algo esencial, debía acompañarlo desde el amanecer. Los camiones con la basura levantada en la Capital Federal descargan de noche y con las luces del alba los recolectores debemos estar allí, algunos hasta pernoctan para ser los primeros. Por eso cuando preguntan dónde adquirí mis conocimientos respondo ser “medianamente” autodidacta, pues algún mérito debo concederle a mi primera y única maestra quien, a pesar de sufrir varios intentos de violación y soportar no pocos robos, siguió firme en su vocación docente hasta que alguien, indudablemente menos proclive a la educación formal, incendió el salón donde nos daba clases y nos quedamos sin escuela. En nuestro territorio hay algunos casos insólitos, tenemos por vecino a un médico que al primer llamado saca su maletín y acude en ayuda de quien sea. Emparcha heridas cortantes, alivia blenorragias, pone inyecciones a deshora, hace yesos y endereza espaldas, lo apodamos Don Diplo, pues cuando uno de los Perros dudó de su título salió disparado hasta su casa y, al volver al monte, le rompió el diploma enmarcado en la cabeza. Después viéndolo sangrar lo atendió solícito y ante nuestro asombro, dijo: “El juramento hipocrático es la única ley que jamás voy a romper”. Estaba en el barrio —según el mismo contó—, cumpliendo una condena social por desatar un accidente que terminó con la muerte de varias personas en un geriátrico. Pero al tiempo, haciendo gala de un espíritu insólito —tomando en cuenta la carga emocional que supuestamente lo abrumaba—, se enamoró de una paraguaya muda, pero hermosa y deseable como las muchachas de esos afiches que adornan los talleres mecánicos. Se quedó a vivir con ella a pocas cuadras de la villa para

envidia de muchos, incluido un servidor. Tiene un modesto chalet de tejas frente a la ruta. Allí sostiene, con ayuda de algunos fondos municipales un comedor infantil llamado “Mundo feliz”. Los más chicos suelen quedarse todo el día, aprenden a leer y a escribir de la mano de Itatí, quien también les da de comer. Inusitada irreverencia la de ambos hacer desfilar delante de las narices de los sicarios la esperanza. Esa solidaridad los beatificará y protegerá un tiempo de ladrones y mafiosos, después alguien se encargará de hacerles saber que en un sitio como el nuestro no hay puertas altas para el paso erguido de monjes ni santos, sólo bajas y angostas como “la de las agujas” de Jerusalén, para que los obsecuentes se arrodillen junto a sus camellos, como oprobioso pago a su traición. Sería injusto sostener que todos estamos corrompidos, muchas personas con quienes converso cuando voy a la capital a vender algún objeto especial, se asombran de la honradez de algunos miserables y, ante la consabida pregunta sobre las razones de haber caído tan bajo en la escala social, les respondo con una frase robada a un anciano recolector, uno que vio nacer al monte auspiciado por una dictadura militar: “La necesidad y sus falencias son iguales en todas partes, podríamos solucionarlas con dinero, pero el egoísmo y sus consecuencias no”. Suelen asentir como si entendieran pero cuando vuelvo para venderles algo siguen igual, presos de su avaricia.

6
La niebla y el Gris

El Gris llegó por primera vez al territorio una tarde en la que el monte parecía diluirse a paso de caracol. Llevaba tres semanas lloviendo y las laderas, incluso las apisonadas por las topadoras, chorreaban lastimosamente hacia el río. Yo estaba al acecho de una tanda de camiones pues uno de los conductores le había anunciado a papá el contenido de la descarga: ¡desechos del incendio de una fábrica de heladeras! Me aposté desde temprano entusiasmado con la posibilidad de encontrar alguna en buen estado. Para ello repartimos turnos pues la ganancia, de ser cierta la información, podría solucionar nuestros problemas económicos por varios meses. El primero lo cubrió Cholito, el segundo mi padre y finalmente yo hice el tercero. La niebla de la madrugada parecía un ala de polilla, empecinada y enorme sobre los montículos. Las siluetas de los otros Perros deambulando bajo la finísima llovizna agregaban su cuota fantástica al paisaje. Yo estaba acuclillado bajo un trozo de lona, un viejo toldo de camión, el Gris pasó chapaleando barro a centímetros de mi refugio, sin percatarse de mi presencia. Trató torpemente de subir por la cuesta fangosa y cayó tres o cuatro veces. Finalmente desistió y buscó refugio bajo unas chapas oxidadas que habíamos amontonado con mi hermano Cholo con idea de llevarlas a casa. Allí quedó en silencio mientras liquidaba una botella de vino. Al rato lo sentí sollozar. No hay nada semejante al llanto de un hombre en un basural, ni tampoco más peligroso. “Magníficos demonios ciertos hombres y mujeres —nos recitó una vez totalmente borracho un cura que intentó misionar entre nosotros—, primero lloran y se duelen para merecer consuelo, después se transforman en Belcebú, Satanás o el fétido Belial, entonces es muy tarde para huir y no hay nada más que hacer.” Fue arrestado por violar y asesinar a un niño de nueve años en su parroquia de Avellaneda. Los vecinos quisieron lincharlo pero lo salvó la madre del chico asesinado llamando a la policía. Por eso, en cuanto al llanto del Gris o de cualquiera, en mi azarosa vida aprendí a ser precavido. No es bueno ser comedido en ciertas ocasiones. Más adelante uno de mis mejores amigos irá preso por ello. Con esa referencia dejé al Gris en paz con sus lamentaciones, mucho más cuando ni siquiera lo conocía todavía. Así estábamos, él con su llanto y yo en silencio bajo la lona, hasta que mi perro comenzó a ladrar fieramente. El hombre escondió el rostro y se guareció más atrás entre

las chapas. Recién cuando silbé para calmar a Carucha se dio cuenta de mi presencia y dejó de quejarse.

—¿Quién anda? —la voz era grave y percibí un temblor en su garganta.

—El Sabio —respondí sin mostrar mi rostro.

—¿Es suyo el perro?

—De mi hermano y... un poco mío.

—Me quiso morder —dijo saliendo lentamente de su escondrijo.

—Se asustó al verlo allí escondido y no reconoce su olor. Por eso ladró —le dije, mientras trataba de distinguir sus facciones.

—¡Quería atacarme! —insistió. Y terminó arrodillado frente a mí a pesar de la lluvia pertinaz.

—¡Mírelo! —le respondí y aferré el mango de mi cuchilla en prevención de un ataque—. ¿Parece un perro jodido?

—Así echado no, pero recién era una fiera. ¿Cómo lo llamó?

—Carucha.

—¿Y ese nombre? —dio la impresión de sonreír pero no solté la cuchilla.

—Le pusimos así por la mandíbula torcida y el pedazo de hocico que le falta. Lo atropelló un camión cuando era cachorro, bajo el puente, justo donde está el campo de Independiente, Cholito lo trajo a casa y lo curó con mamá.

—Ah, con esta niebla apenas alcanzo a verme las manos... —y entrecerró los ojos confirmando su incapacidad.

—¿Y qué anda haciendo por acá?

—Me pareció un buen lugar.

—¿Este gorrinero?

—¡Acaba de usar un término inusual! —dijo asombrado— ¿Dónde lo aprendió? Luego acercó una de las chapas y la torció de forma tal que le cubriera la cabeza. Enseguida fulguró la llama de un encendedor y un pequeño resplandor palpitó entre las sombras. Al rato la brisa trajo aroma de tabaco de pipa.

—Leo mucho y me gusta usar palabras raras —respondí con inevitable orgullo—. También escribo.

—Ahora entiendo lo de Sabio. Pero sepa que Borges estimaba preferible utilizar palabras comunes que términos rimbombantes. ¡Y ese era un tipo de cuya erudición nadie podría dudar! Pero... dispénseme la curiosidad..., ¿qué hace un muchacho... leído en un sitio así?

Como la chapa no fue suficiente para guarecerse de la llovizna trajo otra y armó una especie de choza con las dos. El agua le había apagado la pipa, por lo que cambió el tabaco y la volvió a encender. Cuando terminó le respondí:

—Disfruto del paisaje.

Hubo un silencio que se extendió por algunos segundos y seguidamente largó una carcajada. Carucha volvió a gruñir.

—Yo también. Pero pensé que mis pasos me llevarían hacia otro destino, no a este... ¿cómo dijo?

—Gorrinero.

—Buena palabra. Muy buena para una noche gorrinosa como esta, con una niebla gorrinísima y un hedor que supera todo lo gorrinamente imaginable —remarcó los tres términos de manera especial—. Ahora —me dijo—, ¿a qué se dedica usted? —y sonrió afablemente.

—Soy Perro —recién entonces aflojé la mano sobre la empuñadura de la navaja.

—Supuse que el perro es ese que gimotea a su lado.

—Nos dicen Perros a quienes vivimos recolectando estas sobras o desechos, si prefiere.

—Pero... ¿vive aquí?

—¿Quiere decir aquí mismo?

—No creo que viva bajo esa lona, m’hijo. Me refiero a ese caserío a sus espaldas.

—A unos doscientos metros hacia la ruta, mi padre edificó una casita y vivimos allí con mi hermano y mi madre.

—A eso me refería exactamente —y se incorporó para mirar por encima de las lomas hacia donde yo señalara.

—Las nubes se disiparon tan pronto como el viento empezó a soplar y la luna iluminó su rostro, de manera tal que su barba y sus cabellos empapados blanquearon en el hueco.

—Gris —le dije, asombrado ante la imagen. Usted es un hombre gris.

Y mientras trataba de descubrir sus facciones también su piel pareció tomar ese color.

—No deja de ser notable su percepción, jovencito. Así me siento desde hace un tiempo, llegué hasta aquí motivado por una tarea que en lugar de gris definiría como negra. Pero el apodo no me sienta mal, hasta me gusta: “El hombre gris”. ¡Acaba de emparentarme con Parravicini y sus predicciones! —y agregó—: Aunque sería tragicómico ser parte de una de sus “psicografías”.

Cuando miró para compartir la broma entendió que me había dejado sobre ascuas y explicó:

—Benjamín Solari Parravicini alias Pelón para sus familiares, fue un gran amigo de mi padre. Llegó a ser reconocido mundialmente por su obra como pintor, pero lo más llamativo de su vida fueron una serie de profecías que nos legara a su muerte, allá por 1974, algunas de las cuales se cumplieron inexorablemente. Desde chico decía tener visiones, eso despertaba en muchos una sensación de rechazo y hasta

de temor ante su presencia. Yo conocí su historia a través de las anécdotas que contaban en casa, mi padre solía decir que cuando se encontraba en ese trance prefería escabullirse y dejarlo solo ante el más allá, porque temía algún comentario sobre su futuro. “Si hay algo en este mundo que un tipo inteligente no debe saber es su destino.” Pero nunca tuvo esa desgracia o suerte —dirán algunos—, Pelón quizá prefirió callarlo por lo cruento o porque sencillamente, nunca leyó el desgraciado porvenir de mi padre. No lo sé pero por las dudas tal cual le dije antes, papá tomaba el camino de la puerta y lo dejaba allí, en la semipenumbra de su taller, solo ante sus revelaciones. La más famosa si tiene interés en saber —asentí de inmediato—, fue cuando anunció la muerte de Alfonsina Storni —bajó la voz y encorvó la espalda—. Parece que allá por el año treinta y ocho comenzó a escuchar una voz femenina mientras dormía y un fuerte aroma a mar y algas inundó su habitación. La voz de aquella mujer decía estar separándose de la vida pero aun así aseguraba ver imágenes maravillosas: entre otras cuestiones juraba observar cómo las algas le envolvían las manos cual si fueran joyas muertas. Finalmente la aparición se identificó y nuestro profeta amigo escribió afiebrado en un papel: “Alfonsina Storni, Mar del Plata, Octubre de 1938”. Exactamente en ese mismo momento la gran poetisa se suicidaba a más de 450 kilómetros de donde se encontraba Parravicini, internándose en el mar y hundiéndose definitivamente. ¿Qué me cuenta?

—¿Alfonsina Storni?

—¿Nunca oyó hablar de ella? Fue una de las grandes de la poesía nacional, querido —noté cierta molestia en su tono—. Pero cuántos años tenés? —comenzó a tutearme.

—Casi diecisiete —mentí, abrumado por los datos.

—Ah, sos un joven bruto —y lanzó una carcajada—. Por eso dudo que seas el Sabio al que también refiere Pelón.

—¿Dijo algo de mí?

—Dijo que “El Sabio en la Argentina ¡será!”. No sé qué carajo quiso decir pero lo escribió en 1968 y fijate que estamos en el 2003 y se acaban de conocer un Hombre Gris y un supuesto Sabio aunque, tal como te dije antes, dudo que seas el mencionado. De manera tal que nadie en su sano juicio podría suponer este encuentro nuestro como otra profecía cumplida. Aunque para más datos y con el módico afán de ver cómo se abre tu boca, te informo que otra de sus resonantes visiones acaba de cumplirse hace poco.

—¿Cuál? —le pregunté inquieto y pensando en mis propias visiones.

—La de las Torres Gemelas. Supongo que sabrás de ese desastre ocurrido en la ciudad de Nueva York poco tiempo atrás.

—Sí… algo escuché —creo que se dio cuenta de mi ignorancia pero

continuó como si me creyera.

—Parravicini aseveró lo siguiente en el año 1938: “La libertad de Norteamérica perderá su luz, su antorcha no alumbrará como ayer y el monumento será atacado dos veces”. El 11 de septiembre de 2001 dos aviones se estrellaron en las Torres Gemelas. Fue un atentado que se adjudicó otro hombre de barba gris: Bin Laden. ¿Y sabés que dijo el hijo de puta de George Bush, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica y socio de ese renacuajo? —a esa altura yo debía tener cara de mono porque no pudo ocultar su desprecio y escupió enfurecido—: “Estados Unidos fue blanco de un ataque porque somos el faro más brillante de la libertad y oportunidad en el mundo. Y nadie hará que esa luz deje de brillar”.

Después el Gris agregó sin miramientos:

—Lo que dejó de brillar son tus conocimientos universales, pibe. Lo de Sabio te queda grande. Debieras leer en serio. ¡Los titulares de los diarios por lo menos! Tengo la impresión de haber venido aquí por algo y empiezo a creer que quizá Pelón haya acertado otra vez. Te propongo encontrarnos otro día y te doy algunas pautas. Y me gustaría leer tu escrito, podría serte útil mi humilde opinión. ¿Te parece?

—Estaría bueno —le dije sin demasiada ilusión.

—Eso justificaría mi estadía aquí, jovencito. Mi destino puede esperar un tiempo.

—¿Usted vino por algo o por alguien?

Pero no contestó. El cielo ya estaba limpio y los montes de basura inconfesable se amansaban bajo la luz nocturna, una luz que dejaba entrever sus manos temblorosas, con venas azules. Largó una bocanada de oloroso tabaco y, sin decir una palabra, se dirigió hacia las luces del caserío envuelto en un halo sanguinolento, erizándome la piel. Al instante desapareció. Tuve el impulso de seguirlo, pero esa noche mi consigna era esperar a los camiones con la carga del incendio de la fábrica de heladeras y allí permanecí, con una mano sobre la cabeza de Carucha y la soledad que sobreviene cuando un diálogo interesante se trunca así.

El frío calaba mis huesos y después de un tiempo comencé a entumecerme, tenía los pies congelados y ya no sabía dónde meter mis manos. Observé a la distancia la mole oscura de un carguero avanzando lentamente hacia el puerto, e intenté distraerme imaginando que en su cubierta estaba yo junto a mis marineros a punto de defender la carga de un ataque pirata, pero no me sirvió de nada, mi infancia estaba demasiado lejos ya. Metí las zapatillas empapadas debajo del cuerpo de Carucha buscando algo de calor y evidentemente lo molesté, porque al instante se levantó gruñendo para perderse tras las lomas. Lo seguí un rato con la mirada hasta que fue

una sombra más entre los pajonales de la orilla. De vez en cuando lo escuchaba chapotear y gruñir cazando vaya uno a saber cuánta alimaña espantosa. Al tiempo reapareció con algo en la boca pero no pude distinguir qué cosa era, aunque supongo sería alguna comadreja o un pichón de nutria de las que abundan en los huecos de la orilla del río. Lo llamé varias veces sin ningún resultado, entonces eché mano a mi bolsita. La luna y el frío desaparecieron por fin.

7
Gorrinos

Una semana después del fracasado intento de mi padre por hallar una heladera en condiciones, volví a ver al Gris. Yo regresaba de una recorrida por la costa con algunas revistas Hobby desdeñadas por alguien de su patrimonio.

—¡Eh! —le grité.

Levantó la vista desde el promontorio de arena y barro donde estaba sentado e hizo un gesto cansino con la cabeza. No me reconoció. Me pareció insólito en ese pantanal donde los encuentros de tal naturaleza son milagrosos, aunque convine: la noche de nuestro encuentro yo nunca había dejado la sucia lona con la cual me cubría de la llovizna. De allí su frialdad. Acerté. Recién se dio por enterado cuando vio a Carucha corretear a mi lado. Entrecerró los ojos.

—¿No se acuerda de mí? —aproveché su interés.

—Del perro sí, ese hijo de puta casi me devora.

Carucha alzó las orejas y le mostró los dientes como si comprendiese el insulto.

—Estuvimos hablando de ese profeta amigo suyo... Parravicini. Usted contó que muchas de sus profecías se habían cumplido y...

—Sí, me acuerdo, sos el de la palabreja rara. ¿Cómo era?

—Gorrinero —le dije con inocultable orgullo, mientras intentaba que Carucha dejara de mordisquear las revistas.

—Bueno, no quise corregirte entonces porque no teníamos suficiente confianza, pero debo aclarártelo: es original pero está mal empleada. Chanchos, marranos, cerdos o gorrinos no hacen un gorrinero, cuando se los encierra se lo hace en un chiquero. Ese es el término exacto para definir un sitio como este barrial inmundo, quizá podrías llamarlo porqueriza o cochitril. ¿Está clara la diferencia?

—Supuse que...

Con la gramática no se supone ni se inventa, las palabras son lo que son y no se las puede deformar arbitrariamente, aunque después con el tiempo la Real Academia apruebe insólitos populismos. El gran Borges decía: “En mi larga vida he conseguido aprender astutamente ciertas cosas, eludo los hispanismos y los argentinismos en principio, también los neologismos y los arcaísmos, a más de los sinónimos pues tienen la desventaja de sugerir diferencias imaginarias”. Y por sobre todas las cosas prefería las palabras habituales a las asombrosas como esa usada por vos para pavonear tu intelecto.

—Ya me lo dijo la otra noche, ¿no recuerda? ¿Pero usted cómo lo sabe? Digo, ¿cómo sabe todo eso…?

—Porque soy un amante de la literatura y memoricé a varios de sus más grandes maestros, hasta que vino ese hijo de puta de Alzheimer y se llevó lo mejor de mi vida.

—¿Le robaron?

—No, chiquito. Es una enfermedad con un tremendo espíritu fascista, censura recuerdos a destajo y los guarda bajo siete llaves, los tiene custodiados por astutos dragones en celdas tan oscuras como el olvido mismo, nadie consigue entrar en ellas para llevarlos a la luz del día y revivirlos. Lo considero mejor así, hay cosas del pasado que merecen su fosa en ese cementerio, de otra manera lloraríamos a cada instante.

—¿Y de dónde viene?

—De la inteligencia del universo. A mi edad, después de mucho recordar, concluí que olvidar es un don, no un padecimiento. Platón, un filósofo griego, decía que las almas de los muertos beben en las aguas del Leteo para olvidar su memoria anterior y renacer sin culpas ni alegrías en sus reencarnaciones sucesivas. Siempre especulé con la existencia de un mar donde beber para recuperarla, pero ni la literatura acumulada, ni mi escasa sabiduría jamás dieron respuesta a semejante desvarío. A esta altura me parece bien, así debe ser, no vale la pena arriesgar tanto llanto por una o dos cuestiones olvidadas. ¡Ah! Y no te asombres si repito algunas cosas, no es culpa mía sino de la creación.

Estuve a punto de preguntarle otra vez por la causa de su presencia en nuestro territorio, pero recordé el abrupto final de la charla anterior y me contuve. Lo percibió y me escudriñó.

—Querés saber, ¿no?

—Me da miedo preguntarle, pero me intriga saber por qué razón…

—¿Estoy acá?

—Seguro, nosotros estamos porque no hay más remedio, ¿entiende? Pero usted apareció de la nada y…

—Nunca atropelles el protocolo, por esa razón varios ministros y políticos perdieron la cabeza en este mundo —descubrió mi asombro y agregó—: La curiosidad manda al gato a la sartén. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—¿Y vos alguna vez fuiste a la escuela?

—Fui, como usted dice, pero ya no. La quemaron, para mal o para bien, como usted prefiera.

—¡Y esto ocurre en un país que dice ser civilizado! Donde suenan retretas y se silencian crímenes en salvaguarda de la honestidad militar. Donde nacen Ligas de Derechos Humanos y se inventan instituciones para defender la dignidad ciudadana y la libertad

continental. ¿Quemar una escuela? ¿Pero en qué cabeza cabe esa profanación al futuro?

Pensé que vociferaba enojado, pero al rato lanzó una carcajada y movió la cabeza hacia un lado y otro, hasta que se calmó.

—¿No tenés amigos, familia? Siempre te veo solo, con todo el respeto que merece el animal a tu lado.

—La otra noche le conté de mi hermano, vivo con él y mis padres cerca de la ruta.

—¿Y tu hermano dónde anda?

—Debe estar en el semáforo de la rotonda lavando parabrisas.

—¿Y vos no vas con él, pendejo?

—No me gusta ese trabajo, es limosnero. Prefiero andar por aquí a ver qué puedo sacar. Por otra parte es mucho más divertido, me entusiasma encontrar cosas para leer, aunque a mi viejo le parezca una pérdida de tiempo —y agregué con cierto pudor—: y tal como le dije la semana pasada, aprovecho los ratos libres para escribir.

—Vas a tener que mostrarme algo.

—Tendría que ser durante la tarde, papá se enoja mucho cuando me descubre con el cuaderno en lugar de andar perreando.

—Eso es una barbaridad. No quiero entrometerme —no soy quién —, pero me parece que está equivocado. Jamás le diría a un muchacho que desobedezca a sus padres pero en este caso...

Carucha movía la cola entre nosotros y finalmente permitió la caricia de la mano del Gris sobre su lomo.

—No es tan malo como parece —dijo entusiasmado.

—¿Vio? La jeta le da esa traza de matón, pero es buenito.

—¿Y ahí qué traés? —y señaló mis revistas.

—Son unas Hobby, alguno las tiró.

—¿Hobby? ¿Sabés que esas revistas son una rareza? ¿Cuántas encontraste?

—Cerca de treinta.

—Vas a sacar buena plata.

—Ni pienso. Primero voy a leerlas, después si mi viejo me apura, capaz. Pero por ahora no.

—Dejame ver —y las hojeó rápidamente.

Mientras las hojeaba miré el temblor, el imperceptible temblor de sus manos y, por un momento, por un ínfimo momento tuve una premonición: no estaba sólo ante un hombre maduro, ya que no daba para anciano, había algo perverso en él y asomaba de vez en cuando al bajar la guardia. Volví a mirar considerando esto y allí estaba esa oscuridad. Sopesé el frío, la terrible humedad, pero igual me estremecí.

De pronto Carucha levantó las orejas y se incorporó. Dirigió la vista hacia el río y comenzó a ladrar. Una figura se recortó en el horizonte y

desapareció. Al rato asomó nuevamente sobre otra loma más cercana.

—¿Lo conocés? —preguntó, aparentemente sin demasiado interés.

—Es mi viejo, debe haber estado en el río —dije con cierto arrepentimiento. De pronto tuve un escalofrío pero espanté la percepción, no tenía por qué dudar de su sinceridad.

—¿Aquí se pesca? —preguntó, interrumpiendo mis cavilaciones.

—Bastante, los peces saben que esta es una zona de desechos —expliqué orgulloso de mi sapiencia—, cuando el río sube lava todo lo que hay en la costa, regresa cargado y ellos vienen a comer.

—Me imagino que está contaminado.

—Debe ser, una vez unos tipos estuvieron una semana sacando muestras del agua pero papá dice que el veneno se va con las tripas y el buen cocimiento. Los frigoríficos también tiran al basural mucha carne congelada con la fecha vencida y nosotros aprovechamos la volada. No pasa nada, salvo alguna diarrea. Pero cuando no hay nada para comer todo es bueno, ¿no?

Mi padre pareció no prestar atención al verme con el Gris. Pasó a treinta metros de nosotros, hizo una seña con la cabeza y continuó camino con la red al hombro. El Gris encendió su pipa y miró fijamente la silueta de papá perdiéndose en el monte, luego llamó a Carucha, quien fue rápidamente a meter el hocico bajo su palma.

—¿Usted era profesor o algo así?

—Algo así, pibe.

—¿Y ahora? —pisaba un terreno complicado, pero mi curiosidad pudo más que el sentido común.

—¿Ahora qué?

—Digo, ¿a qué se dedica?

—¿Tengo pinta de dedicarme a alguna cosa sentado aquí en medio de este paraíso de las ratas y las moscas?

—No sé, me figuro que no.

—Te figurás bien.

—Y... ¿cuánto hace que dejó su trabajo?

—Tenés la lengua larga, pibe.

—Disculpe, no quise molestarlo.

—Creo que no sos vos quien me molesta.

Y sin que yo pudiera hacer nada sus ojos enrojecieron. Carucha puso su cabeza bajo una de sus rodillas y gimoteó. Estuve a punto de agarrar mis revistas y emprender el camino a casa pero contuve el impulso. Permanecí en silencio y al rato se recompuso. Olí rabia en él, dolor, conmiseración. Me cuidé bien de interrogarlo y resolví permanecer a su lado sin decir una palabra. Escudriñó mi rostro con ojos glaucos.

—¿Qué dijiste?

—Nada —y lo miré fijamente tratando de disimular porque suelo

hablar en voz alta sin darme cuenta cuando estoy nervioso.

—Creí escuchar conmiseración, es otra buena palabra, pibe. La verdad es que tuve de todo en la vida, absolutamente de todo, pero en un abrir y cerrar de ojos lo perdí junto a mi ética. Es lo peor que puede pasarle a un hombre, pibe. Parravicini se hizo el boludo conmigo —y lanzó una carcajada feroz.

—No entiendo.

—Es una ironía, olvídate lo que dije, pibe. Me llamo Claudio Antigüedad, no somos muchos con un apellido así en la Argentina. Mi hermano averiguó sobre nuestro árbol genealógico y en la guía telefónica hay ocho familias, una es la nuestra. Te informo para que sepas y lo olvides en este mismo instante.

Jamás pude olvidarlo y años más tarde descubriría también esa falsedad entre otras más graves y absurdamente dolorosas. No se sorprendió cuando largué una carcajada, incluso una leve sonrisa modificó el rictus que lo cruzaba.

—No te preocupes, cuando digo mi apellido siempre sucede lo mismo.

—Es extraño, pero sobre todo complicado para quien lo lleva —dije con absoluta inocencia—, cuando usted se haga viejo no va a ser sencillo presentarse.

—Ya lo sé pero yo pienso morirme antes de esa instancia —y comenzó a reírse abiertamente—. Odio llamarme Antigüedad y también odio a la vejez cuya garra, aunque tu condescendencia se agradece, ya me alcanzó hace rato, pero así son los apellidos. ¿Y vos como te llamás? Sé que te dicen Sabio pero... ¿tu nombre verdadero?

—Matías Gonçalves.

—Es un buen nombre, mucho más lindo que el mío. Te felicito, pibe.

—Usted me decía...

—Te decía que no estuve donde tenía que estar en el momento adecuado y acabé aquí.

—Aquí no es tan malo —intenté consolarlo.

—¿No? Entonces me estoy quedando ciego.

—¡La cárcel es peor! Así dice mi viejo.

—De eso no tengo dudas, pibe. Y en este sitio hay varios que merecen eso y mucho más, no tengas dudas.

Luego, tal como la primera noche, guardó silencio y el tic se acentuó, hombros y cuello comenzaron a estremecerse y comprendí. Ya no hablaría más. Solo cuando un Martín Pescador se zambulló en el río y reapareció con una pequeña anguila revolviéndose en su pico, dio media vuelta y aseveró con voz cascada:

—La vida es así de salvaje, algunas criaturas son engullidas por las más inocentes e imprevisibles. ¡Ojo vivo, Sabio! ¡Ojo vivo! Así nadie te

toma por sorpresa. Y me incluyo. No pienses en tus amigos cuando estés en peligro, salvate solo. Los demás no importan una mierda —luego se levantó y caminó hacia mí—. La fidelidad es extraordinaria pero, entre un amigo y tu pellejo, elegí la vida, pibe. No tengas ninguna duda, el cementerio está lleno de héroes idiotas —pero inmediatamente cambió el tono—: No me hagas caso, a veces pontifico al pedo. Y se perdió entre montañas de basura inconfesable, bajo una luna pálida como su barba insigne, farfullando incoherencias y con la mirada extraviada. A los treinta metros volvió a detenerse y gritó mientras puntualizaba cada palabra con un dedo en alto:

—¡Conmiseración! ¡Misericordia! ¡Piedad! ¡Clemencia! ¡Lástima! Son algunos sinónimos, mocoso. Anotá en tu cuaderno. Podrían encerrarse todos en una sola palabra: humanidad. Es parte de un ejercicio que el planeta parece haber olvidado y debiéramos rescatar en nombre de la humanidad. Pero te adelanto que es como hacerse la paja, amar sin el consentimiento explícito del otro. Todo el esfuerzo quedará en el aire, en una mera fantasía solitaria. Un polvo al pedo con un calzón de mina colgado de un alambre. ¿Entendiste?

Asentí con la cabeza y me quedé pensando en los calzones de mi tía Miranda, unos de un rojo tremendo y llenos de agujeritos diminutos que, siempre lo supuse, debían despertar las más curiosas fábulas en el barrio cuando los tendía al sol. Una vez se lo comenté a mi madre y ella sonriente me respondió: “Las mujeres usamos cosas especiales para seducir, Matías. Todo el mundo lo sabe, no hay ninguna razón para avergonzarse. Cuando crezcas lo vas a entender y me figuro que hasta lo vas a agradecer”.

Con el tiempo le di la razón. Mejor dicho, les di la razón a los dos.

8
Una ristra de ajos

A Raúl Segovia lo encontraron una madrugada muerto de un balazo en la cabeza en el confín del basural, pero todos sabíamos a qué se dedicaba y esos avatares siempre eran posibles en la consabida ley de posibilidades. “Gajes del oficio” —dijeron los más cercanos. ¿Y ahora de dónde sacamos? —los clientes preocupados. “A esos parásitos hay que arrancarlos de cuajo, Sabio. Crecen e infestan el mundo al amparo de la transa política, renacuajos de la peor ciénaga del planeta” —decía ciertamente ofuscado el Gris. Y ante mi mejor cara de estúpido insistía: “Si yo tuviera el poder necesario arrasaría con estos gusanos, pero dudo que pueda llegar al fondo de semejante cubo de mierda instalada entre nosotros. Hay jefes de policía, intendentes, jueces, gobernadores y hasta presidentes implicados, un universo de hijos de puta escudados tras sus cargos, seguros de que nadie puede tocarles el culo. ¡Si tuviera ese poder!”.

El más nervioso por aquellos días era el Cholo, tenía miedo de las posibles consecuencias, de los interrogatorios policiales, las golpizas. Andaba encogido y alerta por el monte, temeroso de una razzia. Pero no era el único que le compraba paco a Segovia, desfilábamos todos por su casucha inmunda con nuestras moneditas tristes, ateridos de nostalgia del maravilloso y fulgurante mundo prometido. Anhelando esa voluta intensa capaz de transportarnos lejos, hacernos fuertes, invencibles, ricos. Golpeábamos el vidrio esmerilado y volvíamos felices ya sin sombra. A veces para poder comprar salíamos a rebuscarnos la vida con un amigo mío apodado Lagrimita. Era violento porque decía que sin carácter no se podía conseguir nada y así actuaba a la hora de “apretar”. Lo más fácil era pedir limosna en el puente peatonal de Avellaneda, si nos daban algo los dejábamos ir en paz, pero si el tipo no aflojaba Lagrimita mostraba la navaja y aparecía la plata en un santiamén. Por esa época estuve en el límite, el cuello en la tabla de la guillotina, los testículos en la boca del león, saltando candentes brasas descalzo, pero un ángel milagroso cuidó mis espaldas, un ángel dictándome consignas, lamiendo las llagas de mi vida, amansando el odio y trocándolo por entendimiento. Debiera darle un nombre pero no lo sé, ni creo poder saberlo nunca. No salí a robar con nadie más, ni siquiera con mi hermano, él no me daba ninguna confianza, Lagrimita sí, por eso nos llevábamos bien. Para colmo la muerte de Segovia dejó una sensación fea en todo el monte,

el enemigo se nos había metido adentro y parecía saber quién era quién. Nos consolábamos pensando que tarde o temprano aparecería otro a vender y que también nos vería de alguna manera. A Segovia ya le teníamos confianza y nos fiaba cuando entendía que la cosa no venía bien. Por eso ponderé algunas bondades del muerto en presencia del Gris: "¡Colaboraba con el comedor de Itatí! —dije— ¡Y dejaba que los más derrumbados por el paco durmieran detrás de su casilla!". El Gris miró con pena.

—No me gustan esos tipos, Sabio —y cambió de conversación.

No me atreví a contarle que también consumía, ya se daría cuenta solo, no era momento de hacer confesiones a un extraño.

—¿Vos no te meterás esa mierda en los pulmones a cada rato, no? —pareció leer mis pensamientos. No pude mentir.

—Cuando hace mucho frío y tengo a mano, Gris. Pero no soy vicioso, ¿sabe? No se preocupe.

Hubo sincero afecto en su mirada, agradecimiento por mi sinceridad, por mi inocencia. Quité la vista para no parecer débil pero al instante me arrepentí por ser tan precavido con mis sentimientos, mucho más cuando pasaban ese tipo de cosas. El cariño o la sinceridad eran armas de doble filo en nuestro territorio y lo mejor era no sentir, no querer a nadie demasiado, no bajar la guardia.

Lagrimita ni siquiera se cuestionaba eso, la supervivencia parecía ser su única razón y según él todo estaba permitido donde vivíamos, inclusive matar. A veces fumábamos a orillas del río y el éxtasis nos hacía marineros, pescadores, hombres de bien. Hundíamos los pies en sueños exóticos, aguas claras, luminosas. Por eso cuando camino por allí sin Lagrimita, tengo reminiscencias. Eso produce en mí el playón abierto entre el basural y el río. En ese pantanal crecen atropelladamente los juncos y mueren cuando la bajante es obstinadamente larga. Esto sucede durante el verano. El agua permanece debajo, agazapada en lo profundo, pero apenas el río resuelve visitar el páramo, fluye para juntarse con él. Es un bajío al que los camioneros esquivan, pues todos conocen su apariencia transitable pero peligrosa como arena movediza. En un rincón apartado, de esos diez kilómetros desérticos rodeados de montañas de fulgurante materia corrosiva, afloran los restos de la cabina de un vehículo de la municipalidad de Ensenada, cuyo conductor encajó confundido por la niebla. Trataron durante varios días de rescatarlo pero los esfuerzos de los tractores fueron inútiles, se hundió más. Terminó desguazado por las bandas de Perros y Gitanos que pululan por el territorio. Uno de sus asientos preside la sala del delegado de la villa. Sentado en la butaca de tela sucia decide cómo repartirá y entre cuáles vecinos la dádiva del plan social que el gobierno de la provincia envía a los desocupados. Papá es el único en negarse por

voluntad propia.

“Aceptar es transar con ese traidor que se hizo delegado con un solo voto, el propio —suele decir—. Ya estoy harto de que me vengan a comprar la vida estos alcahuetes, mienten para conseguir un puesto, después pasan las elecciones y si te he visto no me acuerdo. Encima si acepto debo pagarle una comisión a ese hijo de puta que de peronista tiene menos que Mirta Legrand. ¡Quiere currar a costa mía! ¡Que vaya a soplarle el culo al intendente que lo tiene cuadrado de tanto estar sentado al pedo!”

Para nosotros esa playa que comienza al filo del Monte Colorido y termina al borde del río, es un enorme patio trasero. Era mi lugar de encuentro con Lagrimita, lo apodaron así porque tiene una mancha de nacimiento con forma de lágrima debajo de su ojo izquierdo. La tía Miranda dice que esa es una señal del cielo. Una mala señal. “La madre debiera colocar un ajo macho atravesado por un alfiler debajo del colchón para preservarlo del peligro —afirma. Y luego agrega con voz misteriosa—: Si el cielo pinta lágrimas en los ojos de un chico cuando nace, de grande serán dolorosamente ciertas. Acordate de mí, Silvia.”

—¡Ay, Mirandita! ¡Tenés razón! Mejor pintadas que lloradas —responde mamá—.

Después agrega: “Tal como ese muchacho encaró la vida, antes que un ajo sus familiares debieran agujerear una ristra entera”.

Yo las escucho y no intervengo porque, si entiendo bien, son mensajes dirigidos a mí. Poco importa, aunque estén acertadas. Ya lo dije, de todos los amigos de la infancia es el más querido, de hecho cuando voy al reformatorio hablamos casi exclusivamente de aquellos días en el playón. Lo encerrarán definitivamente poco tiempo después con dieciocho años recién cumplidos. También lo sé aunque preferiría olvidarlo, por mi bien.

—Los reformatorios son la peor escuela para estos chicos —opinaba papá—. Son más tumberos que la cárcel. Ese pibe no va a tener compasión con nadie, ni siquiera con sus amigos cuando salga.

Indestructible razón. La vida confirmará su enfoque, aunque no tendrá oportunidad de comprobarlo, se irá antes. También lo sé.

Ahora durante mis visitas cuando hablamos de los viejos tiempos, Lagrimita mira mi cara de manera incierta, alza la voz y cuenta sus peores hazañas. Pandilleros y proxenetas son ahora sus mejores amigos, los tiene de a cientos adentro y afuera, secuestran, asaltan, estafan a sus víctimas desde un celular, desde los teléfonos de la cárcel. No hay crimen ni robo, ni violación alguna cuyos autores no respondan a su mando. Asusta su locura aunque creo que lo hace “pour la galerie”, para ufanarse ante los demás. Yo trato de cambiarle de tema pero dos maricas que intuyo son su pasatiempo, vienen a

distraerlo con sus monerías apenas lo ven así. Después guarda silencio hasta el timbre con los ojos perdidos en el muro lejano del patio, derrumbado en un banco lleno de nombres tallados a cuchillo, fechas de entrada, de salida, de llorar día tras día, nombres de arrepentidos, de inocentes, de olvidados, de cobardes. Nombres, fechas y apodos de víctimas y asesinos. Entonces nos abrazamos, mientras las promesas de quienes se van suenan tan hipócritas y frágiles como la sonrisa y el papel para armar que le ofrezco. No soy el único en abrumarse, todos sentimos lo mismo ante el timbrazo. En él es peor, se torna agresivo y palmea mi espalda con tanta violencia que pienso dejar de visitarlo. Después me arrepiento. Quizá esa dura estrategia de agredir antes de aceptar la deshonra de la piedad sea su manera de evitar la angustia. También detesto la compasión pero sería estúpido negar el verdadero afecto. Ya no sé si alcanza a distinguirlo, pero aseguro lo siguiente: de chico no había maldad en él. No la había. Su hermano era distinto, un mal bicho cuyo único fin en la vida era sacar ventaja de los demás. Le decíamos Verruga, porque para evitar su interesada y pegajosa compañía había que hacerse una cirugía. El tipo no gastaba un centavo propio, garroneaba el vino y la comida, mendigaba el boleto o viajaba colado. Tía Miranda decía: “Es una sanguijuela humana, el verdadero Drácula moderno”. Y tenía razón. Cuando se le acabaron los recursos y ya nadie aceptó sus abusos aprendió a robar autos para un desarmadero de Morón. Según dicen podía hacer arrancar un BMW en cinco segundos, tal su eficacia. Niño prodigio. Terminó cebado. Alguien le encargó un patrullero para un asalto grande y aceptó el desafío: una noche intentó robar uno de la comisaría de Florencio Varela. Ese fue su último convenio. Lastimosamente se llevó a la tumba también a su padre. Ese hombre, cinto en mano, era el único capacitado para ponerle freno a la degradación familiar, un bizco a quien por mote le habían puesto El Vigía porque con un ojo miraba al frente y con el otro parecía esperar un ataque aéreo desde el cielo. Su nombre verdadero era Remigio, tenía un taller de bicicletas y ganaba el sustento familiar emparchando las porquerías de toda la villa. Según mamá era un buen vecino, simpatizaba con él por compartir su devoción por las flores y los pájaros: en la puerta de su casa había infinidad de macetones llenos de geranios, margaritas silvestres y varias jaulas con jilgueros. Trató de educar a sus hijos dentro de la ley. Los dos terminaron mal. Verruga mucho más temprano. La policía lo mató una tarde de verano, un día caluroso, inolvidable. El aullido de las sirenas de la policía nos encontró a Lagrimita y a mí metidos en el agua hasta el cogote. Mi amigo presintió claramente la tragedia porque apenas escuchó la batahola levantó la cabeza y empezó a correr envuelto en una luz extraña, muy similar a la que se produce cuando el sol machaca y levanta volutas de humedad desde la tierra.

Miranda dedujo la presencia de un ángel y comenzó a santiguarse cuando, al tiempo, le conté el suceso.

—¡Pará, Lagrimita! —grité, asombrado por la fluorescencia—. Pero no hubo caso, apuró aun más la carrera envuelto en ese extraño halo. Parecía saber que las balas eran para su familia. Corrí tras él y a pesar de su ventaja lo alcancé en la segunda loma. Volví a gritarle inútilmente, siguió hacia el caserío cada vez más rápido. Cuando se desbarrancó entre las bolsas de plástico comencé a reírme, pero al ver a Verruga arrastrado por dos policías quedé pasmado. Intentaban hacerlo entrar a un patrullero. Después lo supe, era el mismo que intentó robar. No alcancé a ver el gesto de agresión de Verruga mencionado en la declaración firmada por los testigos, pero sí el fogonazo del revólver de un cabo. Le dio en la cara. Intentó dar un paso hacia la casa pero enseguida cayó, desmantelado como un muñeco. Remigio apareció de golpe con una llave inglesa en la mano y saltó desesperado hacia delante, donde yacía su hijo. No fue una buena idea, los ánimos estaban muy caldeados y así como dudo de la supuesta agresión de Verruga doy fe que la muerte del Vigía fue por el nerviosismo de un novato. Escuché nítidamente la orden de alto el fuego impartida por uno de los oficiales. La perdigonada de la Itaka lo arrojó contra la pared de la casilla, después se derrumbó lentamente entre los macetones, bajo una de las jaulitas con jilgueros. Así murió El Vigía, entre las flores que le habían ganado la simpatía de mamá. Cuando Lagrimita consiguió levantarse y subir hasta la loma donde yo me parapetaba, todo había terminado. Me miró angustiado: "Se la pusieron a mi viejo también, ¿no?". Bajamos despacio, con las manos bien arriba como indicaban los de azul trágico. Cuando me dejaron ir corrí sin parar las cinco cuadras que separan su casa de la mía. Aun a esa distancia se escuchaban los alaridos de la madre. Mi tía Miranda terminó de santiguarse y colocó ajos con alfileres por cada uno de nosotros bajo los colchones. Presentía malos tiempos.

A partir de ese día Lagrimita dejó de ser un Perro y no volvió a recolectar. Se iba del monte cuando los camiones comenzaban a descargar y regresaba con el sol del mediodía. Por un tiempo tuve esperanzas de verlo reaccionar, pero eso no sucedió. De vez en cuando aparecía en silencio a compartir paco y pegamento. Nos dejaba tirar al blanco con una treinta y ocho española con cachas de madera y bruñido cuerpo de acero heredada de Verruga, según contaba. Por ese entonces mi padre me prohibió frecuentarlo, pero sabía bien que era como tratar de parar una inundación con bolsas de arena: nos encontrábamos a hurtadillas en el playón para agujerear latas con la pistola. En el lapso de dos años cayó más de diez veces, unas por ratero, otras por resistencia a la autoridad y, si bien volvía siempre con una historia fantástica de los reformatorios, ya nadie creía que lo

pasaba bien. El ángel que yo viera aquella tarde brillar a su espalda desapareció. Una vez caímos juntos por robar en una frutería pero el policía al vernos tan enflaquecidos y rotosos, se apiadó y nos liberó. Poco después de eso desbarrancó definitivamente. Estábamos aspirando pegamento en Chernobyl —así le decimos a un sitio del monte donde arrojan los residuos de algunas curtiembres de la zona—, y aparecieron seis Perros, borrachos y drogados. Buscaban camorra pero nos reconocieron y no pasó a mayores. De pronto uno apellidado Botana empezó a sollozar frente a la risa despiadada de sus compinches. Cuanto más hondo el llanto de Botana más estrepitosas las carcajadas y claros los gestos indicando cuernos. Los chistes sobre infidelidades comenzaron a subir de tono hasta que Lagrimita, bastante empinado también, pidió compasión para el infeliz. Fue peor. Uno llamado Chango ató una lata en la cabeza de Botana y empezó a hacer puntería con su pistola. Trastabillaba muerto de risa, con lo que los tiros iban a dar a cualquier parte. No mató a ninguno de pura casualidad. Primero intenté por señas, después tomándolo de un brazo imploré que nos fuéramos de allí. Ni caso. Lagrimita no se dio por aludido y enfrentó al de la pistola en defensa del llorón. Fue entonces cuando un Perro calladito y cara de bonachón sacó una punta tumbera y se le fue encima, Lagrimita lo esquivó, y empuñó su cuchilla, trastabilló y cayó sobre Botana. Este obnubilado, babeando resaca, sacó la suya y lo cortó en el muslo. Fue su último gesto. Quedó sentado en el mismo lugar con el sombrero de lata y una boca nueva en el cogote. Quedamos paralizados. Al cabo de unos minutos todos estuvimos de acuerdo en hacer desaparecer el cadáver tirándolo al río, pero Lagrimita insistió en enterrarlo allí mismo. Cavamos la fosa y tapamos el cuerpo con chapas, el viejo lodo y una montaña de basura. Pero la estrategia duró lo que tarda una comadreja en olfatear comida. Al otro día los Gitanos de Quilmes dieron aviso del hallazgo. En una semana la policía comenzó a detenernos. A mí me salvaron las declaraciones de Lagrimita y de uno de los Perros, los dos coincidieron en que quise apaciguar los ánimos y, aunque esa es la verdad, lo consideré un gesto de amistad para tener presente toda la vida. Por eso de vez en cuando tengo reminiscencias que, según el enajenado del Gris, también es una buena palabra.

Obviamente mi padre se despachó con un discurso sobre las malas juntas. La tía Miranda, al enterarse de lo sucedido le aconsejó a mamá duplicar los ajos y alfileres bajo nuestro colchón a fin de preservarnos de la mala suerte. Mamá apuntó risueña:

—No sé si mis hijos van a sobrevivir en esta mierda, pero que aquí no entran murciélagos, eso es seguro.

9
Con tinta sangre

Los cadáveres de Ignacio Rivero, el médico a quien conocíamos como Don Diplo y el de su mujer Itatí, se sumaron al de Raúl Benítez. Los encontró una mamá de la villa quien llevaba a su hijo para dejarlo, como todos los días, con la pareja del comedor infantil. Extrañada por el horario y la falta de respuesta a sus timbrazos abrió la puerta y los vio. Apenas tuvo tiempo de tapar los ojos del pequeño. Ambos estaban completamente desnudos acostados en el piso de cemento, uno al lado del otro y con un tiro en la nuca. Ningún ensañamiento con ella, como si la hubieran respetado en el momento de matarla. "Bella en la muerte como en la vida" —dijo Miranda, a quien llamaron de la morgue para identificarla. "Todavía tenía las uñas hechas del sábado. ¡Tan jovencita! ¡Qué pena, Silvia! ¡Qué pena! Las primeras investigaciones apuntaban a una venganza y fue la tía Miranda quien se encargó de repartir los detalles del suceso por todo el barrio como si contara una telenovela. Conoció los pormenores gracias a su amistad con una de la policía femenina a quien le tiraba las cartas y arreglaba los pies. Todo era comidilla, parecía ser que nada podía conmovernos, ni siquiera un asesinato, mucho menos uno contado por Miranda. Ella se encargaba de recordarles a todos las relevantes virtudes de las paraguayas: "Allí, donde usted sabe, comadre, tienen el diablo en pinta, quien pruebe de esa alquimia no podrá olvidarse nunca. Lo sé por un trabajo que hice, no hay rezo ni brujería que desate ese nudo...". Todos asentían, sobre todo los hombres imaginando intensas doncellas guaraníes y pasiones nacidas de esos míticos fuegos vaginales. Crédulos, optimistas. Calentones. Difícilmente razones tan mundanas podían provocar un asesinato semejante, demasiado parecido a todos los cometidos por la mafia o la policía en el territorio. La respuesta llegó pronto de la mano de los investigadores y apagó los supuestos fuegos paraguayos con una fría y asexuada noticia: bajo el manto solidario del comedor se ocultaba una cocina de pasta base. Tan sencillo como eso. Miranda excusó como pudo sus invenciones y siguió limando uñas y recetando emplastos. La ingenuidad de su clientela le permitía decir y desdecirse cuantas veces quisiera. ¡A veces hasta conseguía curar! Lo cierto es que vivíamos en un territorio dentro del cual cada uno de nosotros tenía como mínimo un amigo o un pariente involucrado en hechos de violencia. En mi caso Lagrimita se llevaba los laureles. La muerte de Botana también

me había manchado. Sufríamos un estigma del cual sería difícil escapar y, aunque huelga decirlo, estaba absorto, lejos de toda solidaridad, seco de sentimientos. Me importaba mi vida, yo también estaba preso del “sálvese quien pueda”. Esa parecía ser una ley común en el país, chorreaba desde arriba hacia abajo impregnándolo todo: humores políticos, informes sociales, psicólogos, programas de televisión, etcétera. Durante el entierro de la pareja al que asistimos atraídos por el despliegue de medios de comunicación presentes, hubo un hecho insólito: un abogado que dijo conocerlo de Florencio Varela, quiso ser quien dijera algunas palabras de despedida. No se lo impidieron pero nadie, incluyéndome, estuvo de acuerdo con sus opiniones respecto del fallecido Don Diplo. Nos parecieron muy desacertadas algunas expresiones tales como “la vida suele corregir con mano divina aquello que la justicia ignora”, en obvia referencia al oscuro pasado de nuestro amigo. Muriel, una de las mamás beneficiadas por Mundo Feliz se le plantó enfrente y exigió una retractación. Igual hizo el curita que dispuso el cementerio para la ceremonia, aunque todos sabían que fumaba “marcianos” y “monos” con nosotros cuando caía la noche en el basural. Era evidente que el abogado estaba más drogado que el finado Botana, porque miró a todos desafiante y sin decir una palabra comenzó a reírse como un enajenado. Finalmente se fue trastabillando entre las lápidas mientras insultaba a diestra y siniestra. Miranda leyó una parte de la Biblia y todo terminó en paz. De todas maneras una pieza se había desacomodado, rechinaba en lo más íntimo, tocaba sus campanas, prevenía. Algo similar me pasaba con el Gris pero, por inexperiencia o por necesidad de afecto, no me percaté de la inercia empujando lentamente hacia un terreno del que difícilmente podríamos salir sin contusiones. Ya por entonces mis clarividencias habían dejado de tener sentido, aunque de vez en cuando aparecían como parte de una pesadilla, a veces cuando estaba bajo el influjo del pegamento, otras a la segunda bocanada de paco. Mamá lo intuyó pero esa era la vida que nos había tocado y frente a semejante realidad poco podía hacer. El cariño estaba preso de la peor de las trampas, la permisividad. Y todo siguió su curso de manera más o menos normal.

La policía indagó a los vecinos durante unas semanas, quizá para disimular su participación, nunca lo sabríamos, pero poco tiempo después todo entró en el olvido, como si la muerte formara parte del concierto al que la orquesta nos tenía acostumbrados. Los Perros devastaron el chalet llevándose inclusive la mampostería. Arrancaron los caños de plomo de las paredes, el inodoro y los lavamanos, la mesa donde comían los pibes de la villa, todo. En un santiamén el comedor pasó a ser tapera, el jardín se llenó de basura y lo poco que quedó en pie sirvió de amparo a los nuevos traficantes y las ratas. La policía lo



sabía, pero eso estaba en nuestro territorio y no valía la pena preocuparse.

10
Una cumbia evangélica

La palabra indicada es añoranza —dice el Gris—, manifiesta lo que uno quiso y no puede olvidar. Reminiscencia es solo recordar fugazmente un suceso gracias a la intervención de otro hecho, o por una melodía, o un aroma. Añorar es hacerlo con nostalgia, con cierta pena. Con todo, cuando pienso en Lagrimita encerrado en la cárcel de Junín no añoro, recuerdo con disgusto. No me resulta grato pensarlo allí a pesar de su frialdad cada domingo. Pero no le niego razón al Gris cuando aclara significados, porque cuando en las noches los grillos remarcan el silencio y veo brillar la tuca de algún Perro bajando desde el basural, creo ver a mi amigo. Mi madre supone entender y habla mucho de la palabra consoladora del evangelio. Así espera espantar esa pena de mi alma. Está asustada y es lógico: su enfermedad la obliga a creer en boberías. Yo no creo en prodigios, pero la escucho y consiento su dedicación, aunque mensure ridícula su creencia acerca del espacio que se disputan Dios y el Diablo. Aquí en la tierra las cosas son más duras, mucho menos etéreas, contundentes, por eso mi padre y Ramón piensan que vale más una buena trompada que ofrecer estúpidamente la otra mejilla. Estoy en ese intríngulis, irresoluto todavía, tratando de entender cómo moverme. Recuerdo aquel cuento sobre un humilde chico judío quien, al enterarse de que su vecino, mejor ubicado socialmente, vendía su bicicleta, se debatía entre pedirle una rebaja o robársela. Yo dudaría, pero buscaría la forma de engañarlo para usarla a mi antojo. Mi hermano Cholito no tendría compasión, lo golpearía y se la robaría directamente. Su mirada sobre la vida comienza a ser peligrosa.

—En tiempos de La Ilíada de Homero la humanidad se debatía en un salvajismo extremo. Hasta los dioses peleaban contra los hombres y viceversa, Sabio —me dijo el Gris en una de esas noches en las que el basural estaba tan seco como mis bolsillos.

—¿Y eso qué significa? —le contesté confundido.

—Que así fue siempre el mundo, Sabio. A veces hay que usar un poco el humor para apaciguar las cosas.

—Si usted lo dice... pero muchos de los que viven aquí no tienen muy buen humor que digamos.

—Ningún hijo de puta se va a perder la oportunidad de arrancarte la cabeza si le das esa ventaja, Sabio. Hay que estar alerta y con el cuchillo afilado. Poner la otra mejilla es para los idiotas —santo

Ramón y sus opiniones.

—Yo sé cuando tengo que usar la fuerza —le respondí entusiasmado.

Miranda, nunca de acuerdo con Ramón, también dio la nota. Una tarde después de haber tomado unos mates dijo señalando el mango de mi navaja:

—Si usted lleva cuchillo debe saber que nadie lo carga en la cintura si no lo sabe usar. Si es consciente de eso llévelo, de otra manera póngalo en el cajón de la cocina, allí no va a hacer daño. ¿Entendió? A los verdaderos hombres no se los mide por eso; los destaca la inteligencia.

Dicho lo cual salió hacia el mercado dejándonos a todos con la boca abierta. Cuando miré a papá para consultarle sobre semejante discurso me dijo:

—Llevalo. Por si acaso.

Si ese día hubiera escuchado la voz de mi madre o la de Miranda no cargaría con ninguna muerte sobre mi conciencia, mucho menos con esa, terrible, enjuiciadora que me perseguirá toda la vida. Pero se vive a ciegas y se mata de la misma manera. Eso parece ser patrimonio de esta tierra.

Mis dudas sobre el Gris nacieron una tarde volviendo con mi madre del templo evangelista de Florencio Varela. Habla de Dios allí, predica y miente un supuesto sanador quien, según cuentan, produjo algunos milagros tales como curar cáncer de piel con solo tocar la frente del enfermo, extirpar cataratas sin usar ni siquiera una aguja, resolver un colon irritable con dos avemarías, unir un matrimonio destrozado y algunas otras cuestiones de menor gravedad. Tiempo atrás había intentado precisar mi disidencia sobre ciertos individuos pero descubrí la mirada de papá y callé inmediatamente. Ya estaba advertido de que no estaba bien negarle la esperanza a nadie y mucho menos a mamá. Al regreso del templo ella insistió en dejar un ramo de flores en el monumento a Rodrigo, famoso cantante muerto al volcar su camioneta muy cerca de nuestro caserío. Fue entonces cuando descubrí al Gris entre la muchedumbre, hablaba con un muchacho cuyo corte de pelo recordaba inmediatamente al de los cadetes de la policía o de alguna escuela militar. Tendría unos dieciocho años, quizá un poco menos. Se despidió con un formal apretón de manos después de entregarle un envoltorio. No sé si el Gris descubrió mi presencia pero inmediatamente desapareció entre el gentío y los vendedores ambulantes. Al volver a casa Cholito me entregó una nota: “Quiero hablar con vos esta noche”. Como no indicaba el lugar de la cita, imaginé Chernobyl. Allá fui. Carucha lo escuchó llegar y ladró una sola vez, exactamente hacia el sitio por donde apareció.

—Compré esto —me dijo a modo de saludo. Y un fuerte aroma a

pizza hizo babear a mi perro.

Colocó la caja entre sus piernas y después descogotó una botella de vino con el revés del cuchillo tal su eterna costumbre y, sin temor a cortarse, se echó un trago interminable.

—Hoy lo vi en...

—Comé, pibe, se te va a enfriar —y me alcanzó la botella.

Esperé la cuarta porción pero era la última y prefirió dársela a Carucha. La devoró de un tarascón. Entonces insistí.

—Hoy lo vi en lo de Rodrigo.

—Yo también. Estabas con tu madre en busca de milagros.

—Yo no creo mucho en...

—Pero debieras, suelen suceder. No sé si ese desgraciado cantorcito por muy muerto que esté podrá hacer alguno, pero si ella cree dejala.

—Mi viejo opina igual —le dije—. No porque crea en nada, pero prefiere verla así, amparada en Dios o en esas falsedades juntando fuerzas. Soporta estoico las brujerías de mi tía Miranda. Dice que la esperanza es lo último que se pierde.

—Tiene razón, la esperanza es un atributo de los hombres, está en su naturaleza. ¿Y tu mamá cómo se llama?

—Silvia.

—¡Mirá, vos! Así se llamaba la madre del Papa San Gregorio Magno, es la santa invocada para tener buenos partos. Según cuenta la historia tenía ojos azules, muy grandes y vivaces.

—Mi mamá es igual.

—No pude verla bien, pero te creo, nuestras madres siempre son hermosas.

—Tiene los ojos azules.

—Vos también, pero eso no te da carta de lindo ni de santo, pibe. Pero volviendo al tema, te decía que la esperanza es inherente al ser humano, coartarla es pretender que...

—¿Podría ir un poco más despacio?

—¿Qué te perdiste?

—Lo de inherente.

—Que es parte de, suyo. Una condición inmutable como respirar. ¿Acaso podrías dejar de respirar voluntariamente?

—Creo que no.

—De eso se trata, no podemos, nuestra naturaleza es respirar para vivir. Cada aliento ganado a la muerte es un triunfo de la vida. Esta conversación de pronto me recuerda una frase bastante reveladora: “Cuando un hombre muere sin causa aparente, cuando un hombre muere simplemente porque es hombre, nos acerca tanto a la frontera invisible entre la vida y la muerte que no sabemos de qué lado nos encontramos. La vida se convierte en muerte y es como si la muerte hubiera sido dueña de la vida durante toda su existencia”. Debiera

escribírtela para que la memorices y trates de entenderla, pero no tengo nada encima, mañana te la traigo. Tu mamá tiene cáncer, ¿no? —y sin esperar respuesta prosiguió—: Tu madre lucha contra un gigante en inferioridad de condiciones, intuye que tarde o temprano sus fuerzas van a flaquear pero no puede perder la esperanza, espera un milagro. Eso la fortalece y la ayuda a considerar su amor por la vida. Y te incluye, mi estimado Sabio. Sos parte esencial en su vida. Si dejás de apoyarla estarías cometiendo un crimen, uno tan grande como el que comete este país al permitir crecer esta ignominia aquí. Y hablando de eso, podríamos indagar si ustedes no tienen algún derecho económico por la enfermedad de tu madre, quizá tenga su origen en la contaminación de este sitio. Con buenos abogados se podría...

—¿Usted me citó para esto? —aclaré un poco la garganta. Carucha percibió mi nerviosismo y giró dos veces para acomodarse otra vez en el mismo sitio.

—No, iba a contarte sobre algo especial pero ahora estoy arrepentido, mañana será otro día.

Y vació el resto de la botella de un golpe. Después se dedicó a jugar con Carucha como si fuera un niño, revolcándose con él. La llegada de los camiones nos alertó, era muy tarde ya. Dejé que las pulgas de mi perro lo asaltaran y me fui. Ya en el monte, papá me apercibió con la mirada, los otros Perros habían saqueado lo utilizable. Ya no valía la pena buscar nada. Volvimos a casa con las manos vacías.

—¿Dónde estuviste? —me dijo apenas emprendimos el regreso—. ¿Cuántas veces te dije que debíamos venir temprano? Había un montón de muebles y hasta un elástico matrimonial entero. Los Farías se llevaron todo, muy contentos.

—Me entretuve con el Gris. Me vio esta tarde con mamá, en lo de Rodrigo.

—¿Y?

—Que quiso hablarme. Me avisó Cholito.

—Tené cuidado.

—¿De qué?

—Tené cuidado.

Estaba tenso y algo parecía atormentarlo. Me cuidé bien de volver a preguntarle. Cholo, conocedor de esos arrestos, escapó con la excusa de juntar unas monedas en la rotonda. Papá miró hacia el cielo como si pudiera leer la hora en las estrellas y, seguramente, para no agregar más leña al fuego que lo consumía, no se opuso. Comimos en silencio y cuando el tintineo de los cubiertos sobre los platos se volvió insoportable la mano de mamá voló sobre su espalda y lo apaciguó.

Toda esa semana estuve con anginas y Miranda insistió en colocarme un collar de marlos en el cuello. Mamá sonreía y guiñaba

un ojo a sus espaldas. Luego a escondidas vaporizaba la pieza con eucalipto y me hacía sudar con vino caliente endulzado.

—¿Viste cómo se curó el Sabio? —dijo Miranda al verme—. Después dicen que los hechizos no sirven. ¡Pero los laboratorios hacen sus negocios y a nosotros que nos cure Lola! Te digo, Silvia, la quimioterapia es un avance de la ciencia pero si de mí dependiera te curo con palabras o con hierbas, como que me llamo Miranda. Hoy a Matías dale un té livianito de ajo y cebolla, mañana lo tenés como nuevo.

Mi madre sonreía mientras planchaba trapos para ponérmelos en el pecho y asentía con la cabeza, cansinamente.

—Qué. ¿No me creés, Silvia? Mirá el artículo que te dejé sobre la mesa de luz, el que habla sobre el veneno de víboras.

Te creo, Miranda. Te agradezco. Vos seguí rezando, seguro que me pongo bien.

11
Olvidos

Después de cuatro días sin noticias nos devolvieron a Cholo, bastante estropeado por cierto. Cuatro días signados por la angustia en el rostro de piedra de papá, en el pálido y lunar de mamá. Y, aunque estamos acostumbrados a sus desapariciones esporádicas, ella lloró todo ese tiempo y dejó pañuelitos anudados en cada rincón. “Poncio Pilatos la cola te ato, si no lo encuentro no te desato.” Congoja, incertidumbre, rezos. Intenté explicarle que ese Pilatos era el mismísimo procurador romano bajo cuyo gobierno crucificaron a Cristo, el traidor de las manos lavadas. No escuchaba, seguía buscando trapitos y luego de hacerles un nudo los dejaba en cualquier parte de la casa. A Cholo lo buscamos por todo el monte presintiendo lo peor, acosados por las voluntariosas indicaciones de la tía Miranda que caló una sandía y la hizo girar para que la flecha nos guiara.

—No hay mejor procedimiento que este, créanme —insistía—. Cuando un ser querido se pierde es encontrado fácilmente con este método.

—¿Y Pilatos?

—También ayuda, Sabio. No te rías.

Cien veces giró la sandía y cien veces fracasamos. Según ella porque no teníamos fe.

Cien veces acompañada por el sordo clamor de mamá hundida en la zozobra, esperando lo peor. Papá rastrilló la villa de arriba abajo con la rabiosa intención de cargarse a uno de los Gitanos. Nada podía hacerlo cambiar de opinión, ellos le habían hecho daño. Si hubiera encontrado a uno de los Farías habría un Gitano menos en el monte. Habían maltratado tantas veces a Cholito a raíz de nuestros hallazgos en el basural que papá les guardaba un justificado rencor. Los enervaba nuestra rapidez y se empecinaban en hacernos pagar su indolencia. Papá lo sabía y permanentemente buscaba una excusa para enfrentarlos y terminar de una buena vez con sus agresiones. Pero nos equivocamos, ellos no tenían nada que ver. Esa noche el cielo anunciaba tormenta, unos nubarrones negros colgaban de un cielo de aluminio. La visión era estremecedora, pero la costa y los juncales del río parecían purificarse bajo el vendaval. El insoportable hedor había desaparecido y en su lugar un aroma a tierra mojada aliviaba el territorio. Carucha correteaba afuera detrás de su nuevo amor, una perrita flaca y pulguienta que desde hacía tres días comía en casa. Era

bonita —si puede decirse eso de un perro—, con la pelambre color milanesa y una mancha blanca bajo el cogote. Carucha gimoteó cuando papá echó a su compañera de la cocina y salió ofendido tras ella, a empaparse con la incipiente y fría llovizna. Intenté una defensa por el animal, pero el rictus conocido me fundió las palabras en la lengua. Mamá no comió casi nada, tal como sucediera toda esa semana, y le llevó su plato a Carucha. Él tampoco probó bocado, recién cuando la perra levantó el hocico del revoltijo tragó el resto. Mi padre explicaba que ninguno de los Gitanos parecía saber nada sobre Cholo, cuando apareció. Escuchamos el motor de un auto y su cara magullada asomó por la puerta. Mamá gritó emocionada y Carucha empezó a aullar desesperado. A mí no me salió una palabra de la boca.

—¿Dónde estabas? —la voz de papá sonó disgustada.

—En cana.

—¿Qué hiciste, hijo de una gran puta?

—Nada, papi. Me levantaron en Chernobyl con La Manca y Capuchita, los acusan de pasar merca en la villa.

—¿Y vos qué tenés que ver?

—Nada, papá. De veras.

—Dejalo, Evaristo. ¿No ves que lo golpearon? —mamá se abrazó a Cholito.

—No lo dejo una mierda. Quiero que me cuente.

—Fue el comisario de Quilmes, ese al que le dicen Chupa. Primero me dio con la mano y después se puso una manopla.

—¿A un pibe de quince años? ¡Ese hijo de puta se va a comer un cuchillazo!

—Me dijo que te pidiera disculpas.

—¿Cómo? La yuta no se disculpa nunca. ¿Me estás cargando?

—Dice que te conoce de Pompeya cuando trabajaste en la casa. Que sos un buen tipo.

—¿Sí? ¿Un buen tipo? Los buenos tipos desaparecen cuando un reventado maltrata a su hijo. ¡Lo voy a despellejar!

—Está afuera, papi.

—¿Qué?

—Dice que quiere hablar con vos. Pero vino con tres policías más por si te ponías pesado.

Mamá abrazó a mi padre y le pidió serenidad. Tenía ese extraño don de hacer calmar a las personas. Pero esa tarde con papá fracasó.

—Vení conmigo —me dijo mientras agarraba la cuchilla y la metía en el cinto.

—Miré a mamá santiguarse y a Cholito que apenas podía tenerse en pie de la paliza. Afuera la lluvia se había descargado con fuerza y Carucha intentó guarecerse en la cocina pero mi padre le propinó un

puntapié que lo desparramó en el barro.

—¡Che, Portugués! ¿Salís vos o entramos nosotros? ¡Nos estamos cagando de frío aquí afuera! —el tono del comisario parecía amistoso.

—¡Ya voy!

El patrullero estaba a diez metros de la casa y el único a la intemperie era el comisario Raúl Benítez, más conocido como el Chupa. Un tipo violento, cosechador de odio en toda la zona. La lluvia le deshacía un cigarrillo en los labios y la culata de una pistola brillaba en su cintura.

—No sabía que era un pibe tuyo, Gonçalves.

—Me lo hiciste mierda, coimero.

—Lo de coimero está demás, estás caliente y se disculpa, Gonçalves. Pero las juntas del Cholo están hasta las manos. El Capuchita ese se va a comer un caño largo y el otro ni te cuento, descubrimos que tenía pedido de captura por una muerte en ocasión de asalto en Ensenada.

—El Cholo tiene quince años, Chupa. ¿Por qué no te metés conmigo?

—Porque vos no andás bombeando esa mugre en tus pulmones con una banda de chorros cada noche, ni chupando cerveza, ni salís a joder gente por ahí.

—¿Qué querés decir?

—Que de la pasta base a Devoto hay un solo paso.

—De eso me ocupo yo.

—Bueno, fijate si ponés un límite, porque la próxima te lo traigo en una bolsa de plástico.

Un relámpago pareció afirmar la última frase y la mano de mi padre voló a la cintura, también la mano del Chupa hacia su pistola. Cuando los caños de las escopetas brillaron dentro del patrullero recordé al viejo de Lagrimita y me interpuse.

—¡Pare, Papá! ¡Bastante hizo el hombre con venir a avisarnos! —grité para que todos me oyeran.

Trató de soltarse pero yo seguía aferrado a su muñeca. Un segundo relámpago mostró el rostro inmutable del comisario y el crepitar de la lluvia se apoderó de todo.

—Yo estoy en paz, Portugués. Vine en homenaje a los viejos tiempos, no quiero pasarme con nadie, ¿entendés? Mañana, más tranquilo, si te das una vuelta por la comisaría hablamos de esto, ¿estamos?

—Y sin esperar respuesta entró al patrullero y nos dejó en medio del barro.

—¿A vos te parece este hijo de puta? Seguro le patearon el nido y...

—Venga, papá.

Y entró a la casa con un temblor que lo tumbó en la silla.

—¿Usted lo conocía... digo, de antes? —mamá llevó el repasador a su boca y comenzó a levantar los platos con la mano libre.

—¿Y a usted qué mierda le importa?

Pero encontró mis ojos indagando.

—Su madre sabe bien —y agregó entre dientes—: Lo voy a matar, lo voy a matar.

No dijo nada más, intentó acariciar la cabeza de Cholo pero mi hermano lo esquivó. Esperaba un golpe. Mamá levantó el rostro pidiéndole permiso y alcancé a ver el cruce de miradas, por fin llegó el consentimiento de mi padre acompañado de un gesto incomprensible para mí.

—No hay nada malo en que una mujer haya tenido otro hombre, Evaristo. Eso fue hace muchos años y está olvidado, ya sabés —dijo con sincera ternura. Después se dirigió a Cholo y a mí—: Antes de que ustedes nacieran yo trabajaba en la casa de ese comisario, entré a los quince. Era apenas una mocosa y conocía muy poco de la vida, salvo trabajar y trabajar. El matrimonio de ese tipo terminó por culpa de sus continuos engaños, tenía poder y dinero en el bolsillo. Algo estúpido pasó por mi cabeza para aceptarlo en cuanto su mujer lo abandonó por otro. No sé... creo que me dio lástima verlo arrastrarse por la casa vacía como si fuera un fantasma. Convivimos unos meses hasta que un día apareció Evaristo para hacer unos arreglos y... —se detuvo para acercarse a papá y le pasó las manos por el cuello— quedé impresionada, esa es la verdad. Hablamos mucho y me sentí protegida, con fuerzas para escapar de esa locura. El Chupa trató todos los medios para hacerme quedar. No quise. Pero no me fui huyendo a escondidas, Evaristo habló con él pero se fueron a las manos. Tu padre estuvo a punto de matarlo pero yo le rogué llorando que lo dejara así. De otra manera ahora estaría preso. El Chupa vino a buscarme varias veces. Vos recién habías nacido —me miró—, pero yo le expliqué buenamente que ya no había más nada entre él y yo, que mi vida estaba aquí al lado de tu padre. Al tiempo se vieron por la calle y todo pareció olvidado. ¿Es así, viejo?

—En ese momento ya tenía otra mujer, Silvia —dijo papá, como para dar por terminada la conversación. Enseguida se levantó, le dio manija a la vitrola y Gardel, por primera vez, me gustó de verdad.

12
El beso de Vietnam

A veces de noche, cuando no hay más nada por hacer y la descarga es tan pobre que nadie se interesa por el contenido de las bolsas, Perros y Gitanos nos desparramamos sobre los montículos, como si cada uno tuviera algo para decirle a las estrellas. Es una rara ceremonia pero ninguno de nosotros la organizó. Sucede de vez en cuando y sin mediar acuerdo alguno. Uno de los Perros, a quien le falta una mano y trabajó en un barco petrolero alrededor del mundo, afirma que es habitual para muchas personas de otros sitios amontonarse ante los sucesos salientes de la naturaleza: una puesta de sol, un cometa cuya estela surcará el cielo en una fecha determinada, insólitas lágrimas de sangre en el rostro de algún santo, la aparición de una virgen, etcétera. No necesariamente se trata de cuestiones religiosas o rituales, dice, como el caso de los Mapuche. Ellos en contraposición con nuestros festejos, celebran en junio su año nuevo, justo cuando las Pléyades se ubican en un cuadrante determinado de nuestro cielo. Al ex marinero lo llamamos "Zárate Brazo Largo" por la prótesis de madera. Algún comedido la consiguió en el basural y lo sorprendió. Evidentemente Zarate no disponía de dinero para comprar una a medida y aceptó esa, casi seguro de un niño o un enano. Su brazo sano mide como mínimo cinco centímetros más, pero se las ingenia para disimularlo bastante bien. Sostiene que América debe prescindir de festejar el 31 de diciembre porque inaugura el invierno europeo.

—La gente es estúpida —se enfada—, se cagan de calor en diciembre envueltos en trajes de Papá Noel y comen porquerías pensadas para duros inviernos, solo por parecerse a esos gringos que, por otra parte nos robaron todo hace quinientos años ¡y siguen adelante con el saqueo! ¿Ustedes sabían que nuestras riquezas sirvieron de despegue económico a la Europa preindustrial? Miles de millones en oro y plata fueron sacados de este continente, mis amigos. Los historiadores dicen que podría haberse construido un puente desde Potosí hasta España con semejante tesoro —y se deja caer a mi lado sin esperar respuesta del silencioso auditorio. Claro, todos hacemos la cuenta de cuanto podríamos comprar con semejante fortuna.

Por eso cuando las estrellas parecen lentejuelas en la oscura noche y nada hay para hacer guardamos silencio, cada cual en lo suyo. Mi

hermano y yo con paco y pegamento, otros con porro, algunos con lo que tienen a mano y los más apenas con vino mezclado con tristeza. Ese es solo el inicio de la ceremonia, porque al cabo de un tiempo alguien canta. Nunca descubrimos quién es, pero su voz enorme parece brotar de algún rincón de la costa, entre los pajonales. Zárate Brazo Largo estima que debe ser un tenor frustrado o el fantasma de uno de los tantos inmigrantes ahogados en el río quien, abrumado por la nostalgia, lamenta no poder volver a su terruño. Pero tanto Perros como Gitanos aceptamos el misterio y a nadie se le ocurre averiguar su procedencia. Miranda, apasionada de la ópera pues según ella la hace llorar, sostiene que es el fantasma de un tal Puccini: "Viene a saludar a los desposeídos como nosotros y canta trozos de su ópera Il Tabarro". Pero los dichos de Miranda son poco tenidos en cuenta por la iletrada concurrencia, prefieren dejarse llevar por la cadencia y atribuirle a los versos vertidos en perfecto italiano, un contenido amoroso. Otro de nuestros "intelectuales" proclama a voz en cuello que la obra es Tosca, también de Puccini, pero cantada por Tagliavini, por sus agudos falsetes. Yo, iletrado y sordo como muchos de los melancólicos presentes me dejo transportar mientras la melodía flota en medio de la oscuridad alejándose de la costa. No creo estar ante un fantasma, sí, en cambio, frente a un pescador de los tantos de estos parajes cantando a la inmensidad, entusiasmado como nosotros por la serenidad de la noche, seguro de no tener audiencia. Sin saber de su éxito nos regala un momento espiritual tan necesario como el agua para un sediento en medio del desierto.

A veces, cuando la carga es buena y todos estamos distraídos revolviendo las bolsas afanosamente, la voz resuena y por un instante, por un breve instante nos devuelve nuestra perdida humanidad. Entre nosotros hay especialistas de toda índole cuyos destinos se envilecieron: panaderos, carpinteros, soldadores, obreros de la construcción como mi padre, gasistas, plomeros. A veces los escucho hablar y preguntarse unos a otros por qué están allí, pero ninguno sabe darse respuesta. Están los perseguidos, los que prefirieron abandonar sus vidas agobiados por las deudas, los que llegaron de las provincias empujados por el hambre, los engañados por los rematadores, delincuentes y asesinos que huyen de sus pasados y una interminable lista de variopintos junto a los que crecimos aquí. No conocemos otra cosa en el mundo más que esta niebla creciendo desde el fango, lenta y cotidianamente hasta la desazón. En esas noches en que todo parece revertirse al influjo de la música, el loco Faruk se pone bonachón y comparte su botella con cualquiera. Fue en una de esas noches mágicas cuando pasó algo extraordinario. En las colinas apenas deambulaba uno que otro Gitano. Mi padre y el Cholo resolvieron regresar con nuestros magros hallazgos dejándome solo

ante la majestuosidad del río. Supe antes del suceso que esa noche pasaría algo especial. Estaba, como digo, en silencio y tirado boca arriba cuando escuché el chapoteo de unos pies en el agua. Me incorporé sin muchas ganas y pude ver a esa mujer caminar a tientas por la orilla, con la pollera arrollada en la cintura y dejando entrever sus largos muslos. Brillaba humedecida, la cabeza vuelta hacia la noche y las estrellas. Había olor a selva y piar de pájaros nocturnos, mientras un olor a melaza dulce suplantaba el consabido hedor de nuestro territorio. El Gris afirma que uno no se enamora de lo que ve sino de lo que necesita. Le doy la razón: más de una vez había visto a esa mujercita vietnamita y jamás había sentido por ella nada similar a lo que me producía en ese momento. Era la mujer del mercadito, delgada e insípida como feo su marido. Todavía sostengo lo siguiente: ella sabía de mi presencia pues miró hacia todos lados para cerciorarse de su soledad, nunca hacia mí. Luego se desnudó. Salvo a mi madre jamás había visto a una mujer completamente desnuda. El corazón comenzó a bombear con tanta fuerza que sentía los latidos en mis sienes como tambores de guerra. El calor era agobiante a pesar de la hora, y los pajonales estaban inmóviles, no soplaba una mínima brisa. Hasta temí por un instante que ella fuera parte de una visión fantasmal. Simuló sobresaltarse cuando escuchó mis movimientos y se metió al agua, pero allí el río es muy bajo y apenas consiguió mojarse las rodillas.

—¿Quién es? —dijo, dirigiéndose a la sombra en la que yo me fundía mientras fingía tapar su desnudez con las manos.

—El Sabio, pero no se preocupe que ya me voy.

Percibí su sonrisa en la oscuridad cuando llevó agua a sus pechos y su vientre en lentos movimientos.

—Ah, el chico de Silvia. ¿No tienes calor? —dijo en su media lengua.

A fuerza de ser sincero, parecía un muchacho escuálido con su pecho plano y las caderas apenas pronunciadas.

—Sí, pero...

—Aquí está oscuro —comentó—, no tengas miedo, no voy a verte, ni vos a mí.

La invitación era por demás elocuente, pero yo estaba paralizado. Por fin me decidí y comencé a desnudarme. No podía verle los ojos pero intuí que escudriñaba mi cuerpo. Apenas entré, se alejó un poco más de la costa.

—Aquí está mejor —sugirió. Después comenzó a tararear y se acercó para tocarme levemente la espalda, eso fue suficiente para que mi erección se hiciera evidente. Las manos palparon y exigieron con inusitada suavidad primero, luego los labios con leves aleteos. Echada en el barro tembló y lloró como si fuese su primera vez y no la mía.

Cuando todo terminó volvió a vestirse sin decir una palabra y corrió hacia el caserío sin mirar hacia el río ni siquiera una vez. Durante algunas semanas evité pasar por el mercado por miedo a su marido pero, tal como debía suceder, un día mi madre me conminó a comprarle una lata de picadillo de carne con tanta urgencia que no tuve opción. No pasó nada extraordinario, me atendió sonriente como siempre. Le pregunté durante varios días a mi conciencia si esa era la misma mujer de aquella noche. Y siempre me respondió lo mismo: “Uno no se enamora de lo que ve sino de lo que necesita”.

13
La pesadilla

Cuando el viento viró y nos topó de frente los brazos de mi padre se tensaron tanto sobre los remos que sus venas parecían reventar. A esa altura la canoa todavía parecía avanzar. Miré hacia las luces de Buenos Aires titilando a lo lejos y el corazón galopó.

—Usted enfile pa' la costa y... si pasa algo... lo de atrás no interesa.

—¿Y usted, papá?

—Yo nunca supe nadar, m'hijo. Pero no se preocupe, me las voy a arreglar. Reía mientras hundía los remos, como si creyera que podía vencer el oleaje, pero las olas se agolpaban en rítmica y rápida secuencia. No hay manera de evitar el bamboleo cada vez más pronunciado ni el agua entrando a raudales por babor, por estribor. Pocos minutos antes habíamos tratado inútilmente de desenganchar unas redes, estaban tendidas como siempre en uno de los pozos cercanos al canal Mitre, el de los grandes cargueros. El viejo se empeñaba cada tanto en pescar unas bogas para vender en la ruta, sobre todo cuando no aparecía nada meritorio en el basural y apenas teníamos para el sustento diario. Las bogas estaban allí, eso fue lo más injusto, podíamos sentir el temblor de la malla bajo el agua, pero algo la retenía contra el fondo. Conseguimos sacar uno de los extremos, pero el otro seguía sujeto al fango a más de dos metros de profundidad.

—Debe haber un hierro o algo así —me dijo, contra un viento abusador que azotaba su cara.

—¿Y entonces?

—Las vamos a perder.

Quien no estuvo nunca en medio de ese río, no podrá llegar a entender jamás qué extraña soledad se apodera de uno cuando el viento gira y la sudestada muda en bajante. Al principio una brisa cálida sopla desde la costa y el agua parece devolverse mansamente, pero de pronto, como si una mano invisible tocara la corriente, esta se torna rápida y furiosa, pequeñas olas comienzan a galopar hacia el horizonte y todo empuja hacia él. Es tan impredecible como el Mar de los Sargazos, lo leí alguna vez en uno de mis hallazgos literarios: "las partículas de agua de la superficie, al influjo de esa brisa, empujan a las de más abajo y así sucesivamente. Entonces la corriente nueva toma fuerza y no hay forma de pararla, se detiene sola al perder inercia y al no encontrar más nada para arrastrar, romper o hundir".

Cuando la canoa golpeó contra una de las boyas del canal Mitre y el agua entró a raudales, la mirada de mi padre era tan poderosa que ni siquiera sentí temor por él al verlo asido a la torreta mientras me ordenaba nadar hacia las luces: “¡Buscá la costa sin mirar atrás! ¡Yo voy a estar bien, Sabio! ¡No te preocupes, voy a estar bien!”. A los pocos segundos estaba a tres metros de la boya y alejándome. Le grité, ¡átese a los hierros, en cuanto llegue a tierra le mando ayuda! Y aquello denominado “inherente” por el Gris, comenzó a patalear conmigo hacia las luces. Reaccioné recién cuando hice pie en el fango de Chernobyl. Percibí el olor a podrido y el viento sucio desparramándolo por el río como si quisiera hacerlo llegar hasta Uruguay. Me estremecí. Busqué frenéticamente otra canoa, un tronco, cualquier cosa útil para llegar otra vez hasta la boya. Fue inútil, la desolación y la tormenta parecían decirme que cuando determinados dioses deciden echar suerte ya no hay forma de modificarla... En ese instante desperté completamente empapado en transpiración. El calor y la angustia no me dejaban reaccionar. Miré con desesperación los manchones de la pared del cuarto más diminuto que nunca, palpé su conocida humedad para cerciorarme de estar despierto. Fue solo un mal sueño. Respiré. Eran las cuatro de la mañana y escuché sorprendido las chancletas de mamá. Deambulaba por la cocina.

—Papá no volvió —dijo con preocupación. Hoy iba a reunirse con el Chupa y estoy asustada.

Así perdí a mi padre. Se escribe rápido, entenderlo lleva un tiempo más. Lo mataron en el mismo momento en que yo soñaba su muerte. La gente de la prefectura encontró el cuerpo atado a los hierros del camión de Chernobyl con su propio cinturón. Tenía dos balazos, uno a la altura del cuello y otro en la nuca. Típico en nuestro territorio. En ese momento no pensamos en la policía, mucho menos en el Chupa, aunque Cholito sospechaba de él, pero debiéramos haberlo analizado. Comprobar su culpabilidad era otra cosa, impensable para indigentes como nosotros, pero no era descabellado suponer un acto violento de su parte después de aquella discusión a causa de mi hermano.

No sé si hay una muerte preferible, las hay rápidas, dolorosas, ingenuas, terriblemente agónicas, inútiles como la de los niños inocentes, pavorosas como las que se anuncian en medio de un naufragio o un incendio en fin, hay mil maneras de morir. “Prefiero una sorpresiva que llegue acompañada por payasos de luto” —bromea siempre uno de los Gitanos con quien Faruk suele trenzarse a veces, en una suerte de payada intelectual—. Él, en devolución, responde que si le dieran a elegir prefiere una lenta, hasta dolorosa si cuadra, pero lejos de sermones y llantos de lloronas o capillas ardientes. “Los hombres no llegamos al mundo de la mano de un cura sino de un partero” —nos recita. Una muerte así, según su punto de vista, nos

daría tiempo para despedirnos de la vida como corresponde.

—Los culpables a su infierno, los inocentes al paraíso —declamó Faruk la noche del velorio de papá mientras encendía un fósforo contra la pared.

—¿Y nosotros, a qué? —le pregunté en voz baja.

Siguió luchando con su cigarro en ese rincón de la funeraria hasta soltar la frase.

—Un día de estos lo sabremos, Sabio. Yo mucho antes que vos si tomamos en cuenta mi edad —y salió a fumar a la calle.

—¡Ya lo sabía! —dijo Miranda entre lágrimas y en tanto tocaba la frente palidecida de mi padre. Y como si él pudiera escucharla, o quizá para nosotros, los pocos asistentes, comentó—: Ayer compré zanahorias y vinieron mellizas.

—¿Y eso qué tiene que ver? —pregunté malhumorado.

—Cuando eso pasa, muere el jefe de la familia —dijo, mezcla de pena y vanidad.

—En ese caso debías habernos avisado —le escupí ofendido.

La tristeza en la mirada de mamá me impidió seguir ironizando. Estaba tan asustada que podía leerse el miedo en sus ojos, seca como un camino polvoriento, perdida sin su compañero. De vez en cuando tocaba el pie del féretro cerrado y asentía, sin fuerzas ya para soltar ni una sola lágrima más. Tuve mucha vergüenza por no poder darle razones, como si hubiera razones para dar por la muerte de un hombre, y miré hacia otro lado. Yo tampoco podía llorar. No hubo mucho más esa noche salvo que, cuando el Cholo me preguntó si estaba consciente como para acompañarlo a buscar alivio, caí en la cuenta de las miserables calas de plástico que había en la sala. Eran las únicas y las había puesto la funeraria: un manojo blanqueaba desde un jarrón ubicado en uno de los rincones. Corrí hasta la casa de Lagrimita y robé unas margaritas de los macetones del finado Vigía. Alegraron un poco la sala, si cabe decirlo, pero no lavaron la angustia, ni la soledad.

Mamá nos reprimió con la mirada por nuestros cuchicheos, pero no alcanzó a pedirnos que permaneciéramos allí. Insulté en voz baja y salí con mi hermano en busca de nuestros efímeros paraísos. Cholo sabía perfectamente dónde dirigirse y, a quince minutos de caminar por la misma avenida donde estaba ubicada la funeraria, se internó en un caserío. Golpeó en la puerta de una casa con ladrillos sin revocar y se abrazó con el discapacitado que nos invitó a pasar haciendo a un costado la silla de ruedas.

—Este es Ruedita —dijo—, trabajó conmigo en la rotonda hasta hace poco y es mi compadre, hermanito.

El muchacho sonrió y levantó su camisa para mostrarme la mercadería.

—¿Qué quieren? —dijo extendiendo varios envoltorios sobre sus rodillas.

—Esto y aquello y eso de más allá —dijo Cholito—. Acaba de morir mi viejo y mirá cómo está mi hermano. Danos algo para salir volando.

Liquidamos unas pastillas amarillas con un Terry que Cholo pidió en la terminal de micros, muy cerca de la parada de los travestis de Domínico. Pero no conseguí olvidar las calas de plástico y las margaritas del Vigía. Entonces saqué mi última pipa de paco y fumamos a la vista de todos hasta caer rendidos. La risa y el cansancio aplastaron la memoria. Soñé con un enorme perro negro comiendo de nuestras manos una melaza parda similar al fango de Chernobyl. En su brutal festín se llevaba uñas, dedos, pedazos de piel de nuestros brazos... Vomité. Cuando regresamos al velorio, la calle tenía una extraña luminosidad, parecía un afiche que veía siempre al ir al templo evangelista con mi madre: era la foto de una calle de pueblo, de un pueblo de mar, con aguas tan azules que cualquiera podría ahogarse feliz allí, una calle con palmeras y gente sonriendo, una calle sin nostalgia, donde nada podía hacerme pensar que por primera vez en mi vida diría adiós para siempre a un ser querido. Entonces, aunque suene ridículo, me acordé de Carucha y de la mano de papá humedecida por su lengua cuando, echada bajo la silla, lloraba su congoja por Bonita. Yo tenía razón. No era moquillo.

14
Pajaritos

El Gris desapareció un tiempo después del entierro. Entre esa ausencia y la muerte de mi padre percibí la soledad como nunca en mi vida. Busqué inútilmente por los sitios habituales necesitado de alguna reflexión. Nada. Consideré ofensiva y extraña su actitud de no aparecer por el velorio, ni dejar una nota de pésame y no tuve más remedio que atribuírselo a lo imprevisible de sus acciones. Y traté de consolarme. Ni el desorden de los pájaros encerrados en un horrible jaulón para entretener a mamá —idea de mi tía Miranda—, ni los correteos de Carucha con Milanesa (finalmente llamamos así a esa perra pulguienta y desentendida), consiguieron distraerme de la terca desolación dictada por el río. Continué con mis cosas y las interrumpí solo para acompañar a mi madre, cada vez más seguido, al templo evangelista. Descubrí, observándola, que no se trataba de una catarsis, ella volvía rejuvenecida después de cada sermón y, como mis argumentos sobre la falsedad de esos pastores servían solo para alejarla de su fuerza interior, callaba. Cholito en tanto se empecinaba en olvidar lo inolvidable con paco y otras yerbas, metido en el monte con sus amigos, haciendo girar el tambor de nuestra eterna ruleta rusa. Mas la memoria de papá era algo que ninguno de nosotros podría arrinconar por más porquerías que usáramos. Había hecho lo imposible por evitarnos tempranas decepciones pero no pudo ganar la batalla final, éramos seres frágiles. Dentro de nuestra apariencia terrible y agresiva había niños ateridos, aterrados al comprobar la oscura fosa donde nos conminaban a sobrevivir. La droga y sus ensueños apenas nos cubrían los pies. Una manta corta para semejante intemperie. Aprendices de suicidas, buscando la muerte en cada inhalación. Subidos a horcajadas de un potro desbocado, inmanejable para unos pobres muchachos limpiavidrios, malabaristas de semáforos, torpes mafiosos principiantes, pandilleros a la fuerza, galgos flacos a tiro de la policía. A ciegas, en una selva donde los lobos comen lobos. Quise decirle esto muchas veces a Cholo, pero cuando se hunde la nariz tantas veces en pegamento y se fuma paco como él fuma, el certificado de defunción es un mero trámite. La marginalidad es tan brutal que uno termina por acomodarse definitivamente a sus designios desde temprano. Quien descubre el grosor de semejante cadena no busca perdurar, ni siquiera sobrevivir, solo aturdirse. Mi hermano y yo estuvimos siempre en ese borde

incierto, ahora nadie puede hacer nada para modificarlo. Desde el asesinato de papá, un ejército de sombras pululó alrededor nuestro, pero evidentemente yo estaba mejor preparado. Una noche, mientras esperábamos la descarga de los camiones y él apenas podía mantenerse en pie a causa de sus vicios, entreví su destino con tanta claridad que tuve escalofríos. Estábamos acuclillados en un rincón de Chernobyl a resguardo de la helada, exactamente en el mismo sitio donde Lagrimita se cargó a Botana cortándole la garganta. (Debiera aclarar que las imágenes de aquel día se han acomodado en mi cabeza. Descubrí que Lagrimita se solazó con la violencia del momento. Podría haber evitado asestar aquel navajazo pero no lo hizo, dejó que la inercia de las circunstancias guiara su mano y cortó a sabiendas la garganta de ese infeliz. Ahora no tengo dudas, como tampoco sobre los días que vienen.)

—¿Qué te pasa, Cholito? —le dije a su espalda, más encorvada que lo habitual.

—Pasa que tengo las bolas secas de todo esto. No hay salida, loco.

—Mamá nos necesita —esbocé como excusa.

—La vieja ya está muerta, Sabio. ¿No te diste cuenta? Y vos estás loco como una cabra hablando solo por ahí con tu fantasma.

La luna lo iluminó y le dio brillo a la pistola bajo el cinturón. Recién entonces percibí el rencor y comprendí cuán lejos estaba de poder entender.

Esa noche encontramos un botiquín de madera casi completo y una campera de cuero que mamá arregló con bastante idea. Cholo comentó tener comprador y sin preguntar nada metió la campera dentro del botiquín.

—Voy a dormir a lo de Enrique esta semana, no me extrañen.

—¿De qué hablás, chiquito?

La voz de mamá sonó angustiada. Tuve ganas de levantarme y pegarle la trompada que merecía desde hacía rato. Él miró sin contestar, con la misma angustia de la noche en Chernobyl. Eso me refrenó.

—Déjelo mami, ya está grande —dije, aunque inmediatamente supe que mi mentira no tenía asidero. Cholo recién acababa de cumplir sus quince años.

—¿Usted anda con revólver?

—Desde hace rato —dijo Cholo sin levantar los ojos del plato—, me lo regaló el Rubio Castromán, por si las moscas.

—¿Para qué?

—Por nada. Pero estoy podrido de que me apure cualquiera.

—Su padre...

—Me hubiera dicho que lo lleve.

—Su hermano nunca necesitó una pistola para salir a recolectar.

—El Sabio carga cuchillo, mamá.

—El Sabio tiene casi diecisiete, Cholo.

—¿Y?

—Que no me gusta.

—Entonces voy a dejar que los Gitanos me apuren en el monte, vamos a ver cuánto me dura el culo sano.

Y sin decir una palabra más, salió de la casa furioso. Volvió recién cuando le avisé que mamá no podía levantarse de la silla. Entró en silencio y me ayudó a llevarla hasta su cama. Apenas salimos del cuarto quise hablarle pero fue inútil, sus ojos deambulaban por el piso y respondía con gruñidos. Es tedioso luchar contra el propio desconsuelo, no se encuentran palabras de ánimo ni existe análisis capaz de superar la propia desazón. Callé solo para darle a entender mi frustración, lo único que podía pedirle era comprensión ante nuestra tragedia pero no disponía de argumentos sólidos. Las palabras pierden sentido cuando un compinche habla de redención. “La boca habla lo que rebosa el corazón”, dice en mi Biblia corregida por Valera y es absolutamente cierto, mis acciones distan mucho de ser dignas de mis anhelos. Cholo lo sabe y no puede ocultarme su desprecio. Soy un traidor por partida doble, pretendo transitar cómodamente los dos espacios que ofrecen el cielo y el infierno, ando con mis dos trajes en la bolsa, el de servil mensajero de Belial y el de ángel guardián del paraíso. Los dos me quedan mal pero así soy, un tipo medianamente bueno alimentado con una leche violenta. La droga y la severa presencia de la muerte no pueden matar completamente la semilla que mi viejo sembró en mí. Ninguna religión puede expresarlo de manera inocente, ni tampoco aceptarlo a pie juntillas sin hacer alguna consideración. Sería como asumir sin queja que del infierno al cielo existe la misma distancia que hay entre la víctima y el victimario, o introducir en el Código Civil que un vendedor de pasta base es un fabricante de sueños, cuyo único fin es hacer olvidar a los hombres sus desgracias y acercarlos a Dios. Cholo siguió con su rabia. Cargaba esa hoguera encendida cuando se encontraba conmigo en Chernobyl para la recolección, aunque ya no venía solo. Un tal Enrique —un matoncito que vivía con su familia en los antiguos terrenos de la fábrica de soda—, se había transformado en su sombra y paseaban juntos por el barrio pavoneando sus resacas.

—Vigile a su hermano, Sabio —me dijo el Rubio Castromán un día que lo acompañé a cartonear al centro. Silbaba suavemente y el caballito de tiro que arrastraba el carro por el empedrado de Niceto Vega levantaba las orejas.

Yo pensé en el olor y en todo lo que nos rodeaba y supe que tarde o temprano tendría que hacer algo en serio. Mi único aporte hasta ese momento fue mortificarlo.

15
Al tiempo...

Hay ciertas tardes en que las montañas de basura se funden con el horizonte y ya no sé si el cúmulo creció o el planeta se achata día a día. Miro desde el patio de la casa y veo cómo las hilachas de neblina se asientan sobre ese monte innombrable y adquieren una tonalidad rojiza. Si no supiera de qué están hechas esas falsas colinas diría que es bello. A veces me impongo esa ilusión de postal, cierro los ojos e imagino que soy un turista abrumado por las vicisitudes cotidianas y paso un período de descanso en una playa del caribe. Cholito, que alguna vez soñó al unísono conmigo, debe haberse cansado de tanta fantasía y terminó por desbarrancarse, o sencillamente se dejó caer —considero que hasta con cierto derecho—: no todos podemos aceptar lo que vemos cuando estamos lúcidos. Me pasó en el entierro de mi viejo. El cortejo, ya lo dije, fue pobre en todo sentido, pocas flores, poco llanto, poca gente. Cuando ingresamos al cementerio deliré impulsado por la pasta que habíamos fumado aquella noche. Imaginé el sitio como una casa de descanso donde abandonaríamos a mi viejo. Los paraísos de la entrada y el cerco de ligustro hacían verosímil la ilusión, solo el llanto de mamá y la cantinela aburrida del cura de turno me volvían fugazmente a la realidad. Pero fijé los ojos en lo alto, en la copa de los árboles donde machacaban los gorriones y conseguí escapar. Ni siquiera, a pesar de recordar claramente la ejemplar escena de Antígona que alguna vez me había recitado el Gris, contribuí con el puñado de tierra que los demás echaban sobre el cajón con rostros compungidos. Durante la ceremonia, repetí en mi cabeza: "Mi padre no está allí, todo esto no tiene sentido, es solo un hecho transitorio. Mañana todo seguirá igual". Y no lloré, me apoyé en un estúpido lugar común: "Alguien debe mostrar fortaleza para sostener a mamá". Miranda malentendió mi esfuerzo y acercándose me susurró: "Puede llorar si quiere, aquí no están sus amigotes para mofarse". Pero no pude, ni quise, salir de mi ensueño.

Finalmente, esa mujer a quien tenía catalogada como un estorbo, mediocre mezcla de vidente y curandera, resultó ser una invalorable compañía para mamá, cuando decidió venir a vivir con nosotros. Ese día, Ramón desbarató la casa en un rapto de locura.

—Rompió todo, Silvia —le comentó a mi madre—. Parecía un enajenado. Primero me salió con que le ponía los cuernos con Albino, el paraguayito que nos hizo el pozo. No digo que no me cayera

simpático el chico, ¡pero a mi edad! ¿A vos te parece? No hubo palabras para convencerlo. Acepté a disgusto que había cruzado unas palabras con el chico porque me contaba ciertas cosas jugosas del barrio. ¡Para qué! Me tiró una trompada que si me acierta no te estoy diciendo esto, Silvia. Y consentí esa tontería solamente. ¡Imaginate si admito alguna de las estupideces que sugería el muy cochino y mal pensado! Me escondí en el baño y tranqué la puerta. Cuando se cansó de romper cosas asomé el morro. El caradura babeaba su tranca tirado en el piso frente a todos los vecinos. Puedo decir sin pudor que fue la primera vez que sentí asco de mi marido, Silvia. Me vine para acá. ¡Y no pienso volver! Estoy aburrida de vivir así. Vos, con Evaristo, ¡que Dios lo guarde en su santa gloria!, te sacaste la lotería —luego agregó en voz baja—: En su momento, gracias a él también te libraste del policía ese, querida. ¡Hijo de mala madre...!

—Matías está escuchando, Mirandita. No sea chismosa.

Eso permitió por primera vez en la vida que la viera sonrojarse, pero trajo sus valijas y decidió quedarse con nosotros. Su mejor ensalmo. La cara de mamá lo dijo todo. Recién entonces asumí cuánto necesitábamos de ella para acompañarla y ayudarla con las cosas cotidianas. Alguna vez le pediré disculpas, o callaré, para no ofenderla con el recuerdo de mis viejos prejuicios, aunque, lamentablemente, ya no vienen al caso.

Cholo suma decepciones, apenas me dirige la palabra cuando llega el momento de la recolección. Eso arranca mis celos. Su amistad con Enrique se hizo tan apretada como alguna vez lo fuera nuestra hermandad. Los veo hablar y fumar juntos mientras esperamos los camiones y para ellos no existo, soy un fantasma más del basural En el entierro de papá se derrumbó, a diferencia mía, que traté de mantenerme estoico. Eso creí, pero solo demoré la tormenta, opuse un viento norte a la llegada inexorable de la sudestada. Viento y aguacero asaltando las islas, la costa enmarañada de ramas y animales hinchados, los pajonales hundidos bajo las aguas turbias de arrastrar fango, arena, aullidos. Lo he visto tantas veces. No podía salvarme. Llegaron los dos, el dolor y el llanto, cierto tiempo después. Me encontraron borracho de paco y un tinto como la sangre que el rubio Castromán compartió con nosotros. Fue cuando lo ayudamos a rescatar uno de sus caballos del bañado: dos días buscando al animal para salir a cartonear con el cuñado. “Los Gitanos me lo despanzurraron para comérselo.” Pero el pobre bicho estaba enterrado hasta las verijas en un lodazal y quien lo encontró fue justamente uno de los Gitanos. Hubiera muerto ahogado por la creciente si el buen hombre no da aviso. Yo mismo le até la soga al cogote. No fue sencillo. El pobre bicho estaba muy asustado pero logramos sacarlo entre los cuatro. Allí nació la excusa para el festejo. El condimento lo

puso el Cholo, que para eso es mandado a hacer y Castromán sacó de la galera unas botellas birladas a dos viejitas a quienes —según él—, les limpió el sótano de lauchas, aunque colijo que las pobres mujeres fueron limpiadas de algo más, la cara de los tres lo decía todo. Al tiempo hubo una razia para dar con los ladrones de unas viejitas de Quilmes. Los cadáveres fueron encontrados en una casa absolutamente vacía. Simularon una mudanza y cargaron hasta los lavamanos. Nunca me atreví a consultarles nada sobre ese suceso, pero mi sospecha era fundada porque Castromán desapareció un tiempo con su cuñado y los caballos andaban por el monte, abandonados a la buena de Dios. Pero ese punto oscuro tampoco me preocupaba mucho ya que no era policía ni alcahuete de los trágicos y tampoco iba a empañar el éxito del rescate del caballito; Castromán y su cuñado tenían asignada una ruta para levantar cartón y eso sí valía la pena. La habían comprado por doscientos pesos a uno de los Farías pero era imposible emprender el negocio sin ese animal de tiro, así que la fiesta tenía especial sentido. Compartí la alegría y acepté de buena gana todas las veces que el Rubio llenó el vaso Una, dos, diez veces. El paco me sacó la venda del alma y el alcohol hizo lo suyo. Recién entonces sopesé mi pérdida. La imagen nítida de mi viejo atado como un Cristo al esqueleto del camión en Chernobyl, su ropa llena de sangre y la cabeza destrozada por el balazo. No reaccioné, tal mi congoja, cuando el propio Castromán echó un balde de agua en mi cara. Su cuñado contó como cargaron mi cuerpo exánime hasta la casilla. Me dejaron en el camastro del Rubio, quien pretendía aliviar mis estremecimientos con café y ceniza pensando en las típicas borracheras. Lloré sin parar toda la noche y días después, cuando creía todo olvidado, un llanto imprevisible aparecía para golpearme en cualquier lugar.

—¿Usted está tomando? —me preguntó mamá al verme lagrimear sin razón aparente una tarde en la que Miranda salió a curar una culebrilla y quedé de vigía.

—¿Yo? Ni ahí, vieja —le dije—, debe ser una alergia.

Sacó el prontuario de miradas similar al de todas las madres del mundo y sin decir más nada me obligó a abrazarla. Lloré con ella hasta que las sombras de la tarde congelaron la pieza. No nos abrazábamos así desde hacía mucho tiempo y no quería desprenderme de su abrazo por nada del mundo. Ella tampoco. Solo cuando escuchamos el chancleteo de Miranda y Carucha empezó a ladrar pidiendo entrar a la casa, nos soltamos. Después me hizo jurar que no terminaría igual que Lagrimita. La miré a los ojos y juré.

SEGUNDA PARTE

16
En la isla verde

Ramón mató al paraguayo que según él se encamaba con mi tía Miranda la misma noche en que yo degollaba al Chupa en la comisaría. No hice un análisis sobre esta coincidencia, pero creo que existe una trama dispuesta por la vida para quienes vivimos en los márgenes, una sentencia invariable emparentando nuestras acciones. No sabemos resolver nuestros problemas de otra forma. La vida y la muerte son primas, meretrices oscuras, suelen actuar sobre el mismo escenario vestidas de forma idéntica. Nadie puede distinguir cuál de los personajes es el admirable y a cuál se debe detestar. Entonces, mientras yo salía por la puerta de la comisaría después de asesinar al Chupa y con la navaja ensangrentada en el bolsillo, Ramón manchaba la suya con un inocente pocero. No tuvo piedad ni compromiso alguno con el joven plomero y sin mediar palabra lo abrió como a un pollo. A Miranda prometió perseguirla hasta el infierno y aún allí hacerle la muerte imposible. Para estar seguro del paradero de la tía curandera, le asestó dos puntazos que por suerte para ella, solo le rasgaron la piel. Después les dio el gusto y permitió que lo esposaran, mansito como un caniche educado. Al tiempo llegó la noticia. Ató una soga al paragolpes de un camión de basura y en un descuido de los guardias dio su último adiós, con el cuello roto sí, pero en absoluta libertad. El camión lo arrastró cien metros fuera de los límites de la cárcel. Cuando los centinelas del portón de entrada consiguieron hacer detener al vehículo, ya era demasiado tarde. Los detalles los trajo el Gris y también consiguió un escondrijo para mí en una isla del Delta.

—Tenés apenas diecisiete, pibe. Vas un tiempo a un reformatorio y después te sueltan. Por ahora escondete, voy a arreglar algunas cosas.

Tardé unas horas en tomar conciencia de la situación y busqué refugio en la tapera del viejo comedor Mundo Feliz, era insólito que quisieran rastrearme tan cerca de casa. Acerté. La policía buscó durante unos días y al tiempo abandonaron urgidos por otros compromisos tan graves como el mío, aunque la muerte del Chupa produjo un enorme revuelo y desnudó varios trapos sucios de la bonaerense. La cosa no fue sencilla para sus subordinados, el comisario manejaba una banda de mafiosos dentro de la misma fuerza y lo vigilaban desde hacía varios meses. Según las noticias estaban a punto de enjuiciarlo pero yo apuré el trámite. En alguna medida y desde mi óptica, claro está, les ahorré tiempo, dinero y papelerío. Pero

un comisario es un comisario y no iban a quedarse tranquilos hasta mostrar la cabeza de algún idiota en medio de la plaza, clavada en una pica. Esa semana cayeron abatidos dos o tres transas de Florencio Varela y una banda de secuestradores del territorio. Ejecuciones sumarias y efectivas para ocultar pruebas, decían. Ninguna calmó los ánimos, al contrario, el basural hervía, Avellaneda hervía, toda Domínico. Cuando entendí el peligro acepté la propuesta del delta gentilmente sugerida por el Gris. Hoy, por primera vez después de casi dos años, voy a salir de allí. Es un día especial y el corazón late desenfrenado ante semejante jugada: el Gris acaba de conseguirme nuevos documentos y voy a probar su validez. “Falsificamos tu partida de nacimiento, pibe. Tengo un amigo que es un genio en esas cuestiones y ahora sos un tipo nuevo.” Le creo, por eso voy a intentar matricular mi embarcación en la prefectura de Tigre. La canoa con la que me moví todo este tiempo está pintada de verde, un verde claro, en la popa grabé con mi cuchilla el nombre de mi madre y lo pinté de rojo, letra por letra. El Gris dice que el rojo con el verde claro no hacen juego, ya lo cambiaré, pero leer el nombre querido mientras navego me da seguridad. Ahora voy enfilando hacia el Tigre por un arroyo llamado Caraguatá, la proa surca el agua con displicencia y el tartamudeo del motorcito Yumpa apenas rompe el silencio del Delta. De vez en cuando un grito y un chasquido inconfundible llegan desde el interior de la costa y el crepitar de ramas rotas confirma la caída de un gigante a manos de los obrajeros. Conozco esos fragores, trabajé con hacheros y aprendí a economizar palabras. Apenas dos años y medio de exilio sirvieron para hermanar secretos, amores atormentados, soledades, inconfesables golpizas, incestos, idolatrías. También sopesé cuanto egoísmo encierra el corazón de un hombre, por caso el mío: primero pensé en salvarme y después en los demás, así fue con Cholito, reaccioné tarde. Esa es mi primera culpa, la otra, la imperdonable, vendrá después.

Mamá nunca supo en vida de estas cosas, se fue mucho antes, por suerte para ella y para desgracia mía. La hubiera ofendido mi nueva identidad. Hoy me llamo Matías Yáñez, voy con ese nombre nuevo en el bolsillo, mientras la canoa sigue cabalgando el oleaje pegajoso del riacho. Conozco el próximo recodo, estoy a pocos cientos de metros del Luján y ya diviso la curva larga que lleva hacia el amarradero de la prefectura. La barba negra y tupida me cubre las mejillas y el cabello cae sobre mis hombros. Soy un nuevo Matías y según el Gris nadie podrá dudar de mi identidad, eso espero. Ya no tengo marcha atrás, como los viejos carros de tiro voy solo hacia delante, con cierta esperanza. Observo las panzas de decenas de barcazas abandonadas arrumbándose en baldíos a la espera de una resurrección, los parapetos repletos de jóvenes enamorados y las chispas de las

soldadoras iluminando costillares de hierro, buques hacinados, oscuros galpones. Miro arriba, hacia la costa populosa y colorida. Yo podría ser uno de esos muchachos tirados en el pasto, uno de esos jóvenes pálidos y esmirriados que besan a sus novias como me gustaría besar a cualquiera para luego relajarme y dormir. Pienso en Sandra y su olor a lavanda mientras el domingo acaricia las hamacas y las sillas de plástico dispersas bajo el sol brillan como esculturas.

La canoa rompe suavemente el oleaje y me abrumo en recuerdos, quisiera considerarlos intrascendentes, echarlos de mi memoria pero allí están, tremendos, elocuentes, contándome una historia de la que soy el más trágico y a la vez iluminado protagonista.

—Una esponja —me dijo Miranda cientos de años atrás, siglos atrás —, una esponja, Sabio.

Asomada por la puerta entreabierta del cuarto reclamaba ese sencillo adminículo para el aseo de mamá. Entonces reparé que nunca habíamos tenido ni esponjas ni caracoles, ni cuadros de mar ni piedra pómez y tampoco espejos para vernos de cuerpo entero. ¡Cuántas cosas no habíamos tenido!

Mi cara impávida la encrespó.

—¿No sabés lo que es una esponja? —y recordé haber visto algunas en el mercado de los vietnamitas, corrí hasta allá y conseguí una de color amarillo y forma de pato, para niños. Con el apuro entré sin golpear a la habitación, mamá estaba desnuda, parada sobre una palangana, sostenida apenas por un hálito milagroso. No pude evitar verla así, desposeída, tan lejos de lo que mi memoria infantil guardaba. Quedé absorto al ver la piel sobre los huesos. Era una desconocida, una completa y total desconocida. Salí avergonzado a refugiarme en la cocina, tratando de escapar del testimonio cruel de su pelea despareja, hasta que su voz atravesando la puerta me devolvió a quien añoraba. Tomé unos mates en silencio y las escuché hablar. No tenía curiosidad alguna en la conversación, solo necesitaba regresar de la mano de esa voz a mi memoria, recuperar a Silvia la de los ojos azules, la madre más linda de Villa Domínico y sus alrededores. Y por casualidad, aquel día, descubrí sin querer que la charla con Miranda tenía una razón, una oculta y en apariencia feliz razón. Eso fue unas semanas antes de que Ramón matara al paraguayito. Ya no tomaba más y había ido a buscarla varias veces a casa, incluso una tarde, lo recuerdo bien, se esforzó por soltar una lágrima, una endecha pequeña por papá.

Tu viejo era un gran tipo —me dijo por aquel entonces apoyado contra la cocina económica—, era un laburante como yo y no tuvo suerte. Si la construcción hubiera seguido el impulso que tuvo en otras épocas yo sería capataz y tu viejo... no sé, seguro que obrero calificado. Pero estos hijos de puta te ofrecen una limosna en lugar de

trabajo y los que la aceptamos caemos en desgracia. El sueldo fácil hace al vino fácil y te quita el alma, Sabio, soy el mejor ejemplo. Apenas estoy saliendo de esa nube negra y ya no quiero perder nada más, ¿entendés?

Algo en sus palabras me impactó y, aun con las prevenciones del caso, le pregunté si quería unos mates, aceptó de inmediato a pesar de los gestos de Miranda que señalaba la pieza de mamá indicando que no era momento para jugar a las visitas.

Ese hombre de renovada apariencia, cuyo cinturón tenía varios agujeros más que algunos meses atrás era menos brutal, ya no se parecía al muñeco abotagado y agresivo que solía clavar su cuchilla en la mesa de nuestra cocina. La camisa blanca dentro del pantalón le marcaba las costillas, el pelo limpio y engominado también le restaba años. Miranda parecía impresionada pero se impacientó claramente cuando él intentó tomarla de la cintura —ninguno imaginaba por aquellos días la tragedia que se desataría entre ellos. Y yo no tuve percepciones. Para ese entonces había perdido el don.

—¡Si querés guerra vas a tener que hamacarte lindo, Negro! —le dijo despectiva—. ¿Vos te creés que porque vengas aquí a pavonearte perfumado voy a saltar a tu antojo, como esa perra puta que se monta Carucha? —y zafó de su abrazo.

Ese día le propuse a Ramón que me ayudara en la construcción de un jaulón de madera y alambre pollito para encerrar unos jilgueros que la esposa del finado Vigía quiso regalarnos. Dos semanas nos llevó el trabajo, pero mi orgullo fue enorme al ver la sonrisa de mamá frente al bullicio de los pájaros. Pareció revivir. Amanecía más temprano para darles de comer y escucharlos cantar. Pero indudablemente no surtieron efecto en Miranda, cada vez que Ramón se acercaba con intenciones de un arreglo matrimonial, se enojaba más y más. Insólito, a medida que Ramón recuperaba la dignidad y la hombría, ella lo desdeñaba más. Finalmente se cansó, harto de recibir golpes por besos, insultos por caricias, empellones por flores, desapareció. De buenas a primeras las tardes se hicieron tediosas sin las eternas discusiones de la pareja desavenida, mamá se entretenía con los pájaros y yo vagaba por el monte escudriñando bolsas donde esperaba hallar literatura. El descanso pronto terminó, siempre hay un alguien encargado de las malas noticias, Miranda se enteró por una de sus clientas que Ramón había vuelto a las andadas con el alcohol. La noche del asesinato del paraguayo, Miranda había regresado a su casa para retirar definitivamente toda su ropa. Encontró a Ramón totalmente ebrio. La casualidad hizo que el pocero pasara por allí (las luces de la casa lo alertaron) y golpeó para cobrar la deuda que tenían con él. Ramón salió y lo acuchilló.

Si en algún segmento de mi vida creí comprender a las mujeres,

supongo que el enojo posterior de Miranda debe haber sido con ella misma, por haber dejado crecer sentimientos que debían ser aclarados o en todo caso terminar tiempo atrás. Todos padecemos un poco de eso, es una terrible incomodidad callar cuando se debe alertar.

17
Flores y copetines

No sé por qué tengo presentes tantas cosas ahora, quizá sea para aceptar por fin que todo hombre tiene derecho a elegir su vida. También su muerte. Quizá el miedo, la ansiedad de estar frente a un momento crucial de mi vida jugando otra vez a la ruleta rusa, sin revólver ni plomo ni pólvora pero con el mismo riesgo, provoque esta catarata de imágenes imparables. Asedia el pasado, ametralla. Taladra mi cabeza con el recuerdo del día en que llevamos de urgencia a mamá al hospital de Quilmes, y cómo me incomodaba su constante queja. Tenía ganas de salir corriendo de allí para hacer desaparecer el peso de la impotencia. Mamá respiraba con enorme esfuerzo, dolorosamente. Todos sabíamos que no podíamos aliviarla y fue Miranda esa vez la que tomó las riendas y llamó a un vecino. Morocho, propietario de una furgoneta abierta para hacer mudanzas, un catamarqueño a quien le dicen “Raulito” por su enorme parecido con Raúl Lavié. Con él viven seis hijos varones a quienes pomposamente llama sus “asistentes”, cada uno concebido con una mujer distinta. Acostumbra a invitar a sus ex concubinas de vez en cuando así que cuando alguien llega hasta su casa puede encontrarse con la madre de cualquiera generándose así confusas situaciones. “Muy trabajador su chico, doña”, “Ese vago de mierda no trabajó en la vida, yo soy la que trabaja noche y día para él”. “Pero Osvaldito es un buen...”, “Ah, usted se refiere al hijo de la Clotilde. ¡Ja! Dicen que de tal palo… Si Osvaldito fuera hijo mío me suicido, prefiero al mío tal como es”. Raulito ríe, es un típico provinciano, afable y discreto. ¿El motivo fundamental de su predisposición para ofrecer servicios de buen vecino? La sanadora.

—Para usted todo, Mirandita. Ya lo sabe, puede contar conmigo a la hora que quiera, mucho más tratándose de doña Silvia.

Miranda podría integrar activamente el harén itinerante, si quisiera. Solo sonríe y lo deja avanzar pero, apenas el seductor le da la espalda, gesticula ridiculizándolo.

Esa vez tampoco nos falló, acomodamos a mamá en la caja de la camioneta sobre unas cobijas. Yo me quedé a su lado sosteniendo su cabeza para amenguar los golpes de los barquinazos y todo el camino se aferró a mi mano. Cuando la atendieron en la guardia habían pasado dos horas y luego de esperar otras tres un camillero nos confirmó su internación. La tía, de tanto estrujar su vestido, se quedó

con tres botones en la mano.

—Yo la acompaño, Matías. Andá y fijate si podes avisarle a tu hermano.

Hacía mucho tiempo, exceptuando a mi madre, que nadie mencionaba mi nombre, ni siquiera papá que al principio negaba mi apodo. La miré para agradecerle pero malentendió.

—Voy a estar bien, mejor andá y vení mañana descansado, me parece que vamos a estar un rato largo aquí. Tu madre no quiere vivir, abandonó el tratamiento y con los calmantes no hacemos nada, chiquito. Fijate si encontrás al Cholo, sería bueno que venga a verla de vez en cuando. Esa es una de las razones de su falta de voluntad, lo extraña mucho, a tu papi también, ¿sabés? —y acomodó el cuerpo en el banco dispuesta a pasar la noche.

Salí poco convencido de encontrar a Cholo, pasaba el día mercadeando con Enrique y ya no escondía sus paquetes en casa desde hacía meses. Dormía cinco horas y decía que con eso era suficiente, pero yo sabía por El Rubio Castromán que pasaba mucho tiempo más sin dormir y solía caer derrumbado en cualquier parte. “Vigile a su hermano, Sabio.” No tuve ocasión de ver esas señales, sus pálidas señales, pueriles llamados de atención.

Apenas pisé la vereda del hospital el policía de la puerta me pidió documentos.

—¿Y vos, qué hacés aquí?

—Traje a mi madre que está internada.

—¿En qué quedamos? ¿La trajiste o está internada? —la voz autoritaria, los ojos inquietos indagando mi ropa, clavados en mis zapatillas nuevas, relucientes. Sospecha, alguien como yo no puede tener semejante calzado. Siempre sucede lo mismo, pero a esa altura de mi existencia ya estaba acostumbrado y respondí con bastante calma.

—Quise decir que la traje y que ahora está internada.

—¿Qué le pasó?

Tenía esa soberbia propia de los novatos. Le miré las jinetas y efectivamente era un “japonés” recién salido del cascarón.

—¿Usted lo conoce al Chupa? —el apodo del comisario lo intimidó.

Volvió a mirarme más detenidamente y me devolvió la cédula desde donde yo sonreía casi en pañales. Entonces me animé.

—Trabaja con mi hermano.

—¿Tu hermano está en la fuerza?

—No, chorea para él.

Había exagerado, pero el imbécil largó una carcajada palmeándome la espalda.

—Ojalá que lo de tu vieja no sea nada, pibe —y volvió con paso de luchador profesional a la puerta del hospital.

Olvidar, sacar de mis narices el olor a remedio y el cuchicheo de los acompañantes, los enfermos asomándose en los pasillos, el rostro doliente de Miranda, las paredes pintadas de gris claro y el dedo de la fotografía pidiendo eterno silencio. Masticar la propia angustia. Quería quitármela de encima, apenas me dejaba respirar. Busqué un boliche y encontré un lugar entre dos putas viejas en la barra del Suavidad. Lagrimita me había comentado de ese lugar durante una de mis visitas a la cárcel y recordé que los tragos debía compartirlos obligatoriamente con las mujeres de la barra. Hurgué en los bolsillos y encontré diez de los veinte pesos ganados unos días antes con la venta de la serpentina de cobre de un calefón. Apenas asomó Manuel Belgrano la más gorda sonrió.

—Un whisky y un pete, treinta, nene.

—Ni el whisky ni el pete. No me alcanza.

Puso cara de ofendida e hizo señas al grandote de la puerta a quien casualmente yo conocía del basural. Le decían "Tumbita" porque tenía una trompada como patada de mula, pero no siempre le funcionaba. Por el territorio corría la anécdota de que una tarde después de un partido de fútbol amenazó a todo el equipo contrario, convencido de poder enfrentarlos solo. El hombro le jugó una mala pasada, apenas levantó el brazo para pegar el primer puñetazo, se le trabó. "'Gajos' del oficio de pelotudo", diría el Loco Faruk. Allí quedó pasmado, con la mano en alto ante a la banda de forajidos. Le propinaron una paliza memorable mandándolo al hospital. Al volver a la villa después de unas semanas, maltrecho y con la clara señal de la infame derrota escrita en la cara, fue más modesto: desafió uno a uno a quienes lo habían golpeado, pero reían tanto haciendo la pantomima de su brazo trabado que no tuvo más remedio que soportar la afrenta con humor. Esa noche en el Suavidad lo tuve encima antes de alcanzar a darle ninguna explicación. Ya me arrastraba a la calle cuando escuché la voz de Cholo.

—¡Dejalo, Tumbita! ¡Es mi hermano!

—El mundo es un pañuelo —le dije con alivio.

—Y Villa Domínico un moco —respondió rápido como un rayo el Cholo.

—Te va a parecer raro, pero...

—¿Qué querés? —dijo mientras sacaba un fajo de billetes como yo nunca viera en mi vida—. ¿Te gusta alguna de estas trolas?

—Mamá está internada, Cholito —mi voz se estranguló.

—¿Y por eso viniste aquí, Perrito viejo? —remedó con ironía. Tenía los ojos vidriosos y la mandíbula tiesa.

—Yo soy el Sabio, Cholo. Ningún Perrito —miré sus pupilas dilatadas, neblinosas. Estaba dado vuelta pero insistí—: Lo de mamá es verdad.

—Bueno, para eso te tiene a vos que sos el hijo prodigio.

—¿Qué te pasa, Cholo? ¿La pasta te lavó el cerebro?

—Vos hacé la tuya que yo hago la mía. ¿Querés o no querés? —y tiró un billete de cincuenta sobre la barra.

Tumbita miraba desde lejos y el morocho que preparaba los tragos disimuló limpiando un vaso.

—Dejá ese vaso ahí, Julio. Y servile hasta que se acaben los cincuenta —el tipo apoyó el vaso y levantó las cejas.

—¿Y si en lugar de pagarme un copetín te vas al hospital con un ramo de flores?

Volvió a mirarme como si tratara de entender en qué idioma le hablaba, pero presentí que dentro de él quedaba algo y lo increpé con la mirada.

—¿Lo de mamá es cierto? —reconocí su antigua voz y me reconcilié con la vida. Todavía estaba allí. Aquel sujeto oscuro que pavoneaba su bienestar cedió terreno y el viejo Cholo asomó entre las sombras.

—Está muy mal, Cholito.

—¿Vas a pedir? —apuntó entrometido el de la barra.

—Un Terry —le dije, para sacármelo de encima.

—¿Qué decís de mamá? —le tembló la voz.

—Está internada, Cholo. La tuvimos que llevar de urgencia con la chata de Raulito. La tía Miranda se quedó esta noche, pero sería bueno que la veas.

—Hoy no puedo, tengo una entrega y el Chupa está por caer.

—¿El comisario viene aquí?

—Él no entra, se queda en el patrullero, pero manda al cabo Benítez a recoger los sobres.

—¿Otro alcahuete?

—No atropellés, Sabio. Bastante tengo con lo mío.

—Lo tuyo te va a llevar a la cárcel como mínimo, Cholo. Vení conmigo a basurear, no seas boludo.

—¿Vos viste lo que tengo? —tocó su bolsillo—. ¿Estás en pedo? Y esto es lo de una semana. Una semana, Sabio —insistió. Me queda el diego, sin ratas, sin comadrejas, sin podredumbre. Y encima me respetan. ¿Qué me estás pidiendo? Sacátelo de la cabeza, no vuelvo más y menos ahora que te veo.

—Ya veo. ¿Y a cuál de estas te tirás? —le dije para aflojar la tensión.

—A la que quiera. Mientras pongas la guita están siempre a disposición. ¿Viniste a eso o por lo de mamá?

Traté de ser sincero:

—No sé. Tenía una angustia..., todo anda para el culo, Cholo. Y vos...

—Voy a mandarle algo para...

—Me gustaría que vinieras a cartonear conmigo, Castromán dijo que nos presta el caballo. Hay gente que está sacando buena plata y hasta te dan una credencial para andar tranquilo por la calle y... está lo del monte también, no es tan malo como vos decís. Ayer saqué un calefón entero, le hice veinte a la serpentina.

Sentí el ridículo. Por primera vez en mi vida sentí el ridículo frente a mi hermano menor. Entreví la compasión en su rostro y comprendí al instante que estábamos tan lejos como la tierra del sol, que habían pasado un millón de años desde que Cholito y yo corríamos detrás de Carucha. Un millón de años...

—Llevátelo a Enrique, anda mal con el Chupa y uno de estos días... —bajó la mirada.

—Yo no quiero a Enrique. Te estoy diciendo a vos, Cholo —tomé un sorbito y le puse una mano en el hombro.

—Sacá, bolú. A ver si se creen que somos...

—Cholo, soy tu hermano.

—Igual. No me gusta que me anden manoseando.

—¿Vas a venir a ver a mamá?

—Mañana voy. ¿A qué hora se puede?

—Si no está Miranda, estoy yo, vení a cualquier hora, se va a poner contenta —y levanté la copa. Pero no me prestó atención.

—La que está buena es Norma.

Era una morena que hacía rato fisgoneaba desde la otra punta de la barra.

—Dale, así me saco esta mierda por un rato.

Sentí culpa mientras me acariciaba el pelo, pero a fuerza de besarle los pechos, con cuatro vasos de Terry y una tuca entintada, ya no importó. Se levantó la pollera, encendió una pipa y se sentó a horcajadas sobre mí. La angustia se esfumó. Después lamió y chupó hasta que ya no quedó una mísera gota de alcohol ni de nada. La luz rojiza del reservado la iluminó bruñida de sudor cuando se apresuró al baño. Tuve ganas de decirle algo poético, pero en ese preciso instante perdí la memoria de todos los versos leídos y quedé absorto, observándola en silencio. Su cuerpo no tenía nada que ver con aquella vara de junco oriental que viera en el río bajo la luz de la luna. La miré levantar los brazos para arreglarse el pelo y luego pasar lentamente un jabón humedecido bajo sus axilas, los pechos temblaron con el movimiento y se mantuvieron firmes cuando se agachó a enjuagarse. Era mucho más linda de lo que mi apresuramiento había palpado y me excité otra vez. Volvió dispuesta a terminar la cita y se sorprendió cuando le pedí que se echara boca abajo en el camastro.

—¿Estás seguro?

—Recién estoy empezando, mi vida —bufé. Y continué bufando hasta vaciarme.

Cuando salí, la sonrisa irónica de Tumbita indicó en lacónico gesto que mi hermano ya no estaba. La noche helada tiritó conmigo y observé malhumorado los nubarrones comiéndose la luna en dirección al río. Se venía una sudestada. A pesar de eso decidí caminar hasta el monte. Casi a la entrada de la villa tres inconfundibles Perros del otro lado del basural se cruzaron conmigo y comenzaron a seguirme, pero al verme entrar sin titubear camino al basural, desistieron. Miré mis zapatillas y entendí, les habían llamado la atención pero para sacármelas tendrían que matarme. Corté camino por las lomas y escuché el correteo de las ratas espantándose a mi paso. También un sirirí cantó en lo alto cuando me deslicé por la honda bajada de Chernobyl. El silbido del pato contagió a los jilgueros del jaulón que empezaron a piar desesperados, como si un animal los atacara. Acusé la soledad. De golpe el viento empezó a soplar y la lluvia golpeó mi cabeza como si fuera granizo, corrí hasta el río a sentarme en la orilla bajo un enorme sauce. Pensé en mamá y en su lucha desigual, en la terrible apatía donde yo mismo comenzaba a hundirme. Y bajo el aguacero comprendí: lo mezquino es dejarse vencer.

18
Milagritos

La canoa quedó amarrada al costado de la escalinata que lleva al edificio de la prefectura de Tigre. Nadie parece prestarme atención mientras subo a desgano y nervioso los escalones de piedra. Miro hacia el muelle de madera donde mi humilde Silvia convive con otras de diverso porte: botes de remo deportivo, lanchas de pesca, gomones y chalupas, un pequeño y viejo crucero de madera que parece hundirse a cada golpe de río, un oxidado y devastado arenero, un yate a vela. El guardia apostado en la garita observa mi recuento y hace señas: ¡Siga! ¡Siga! Sigo mi camino y entro a las oficinas atento a las indicaciones. Ahora estoy sentado con un papelito azul en la mano, tiene impreso el número cuarenta y tres. Veo al suboficial llamar detrás de un mostrador vetusto y asumo lo estúpido de mi esperanza. Detrás de él hay un escritorio con tres computadoras, solo deben teclear el número de mi cédula para descubrir que es apócrifo, que no me corresponde. Empiezo a sudar frío pero no decido escapar todavía, entrecierro los ojos para retener una memoria que quizá deba revisar, obligado y aburrido en la cárcel si la documentación manipulada por el Gris no funciona. La luz de la tarde comienza a irse y la habitación que comparto con una veintena de tipos se oscurece como la del hospital donde hace un tiempo acompañaba a mamá...

Azules, quiero decir más azules que de costumbre los ojos de mi madre en ese día. Cholo fue por fin a visitarla y está feliz. Lo recuerdo como si fuera hoy. En la habitación hay un ramo, un gran ramo de flores silvestres con su papel de celofán y una cinta celeste de florería. Son flores verdaderas, sin embargo el perfume no proviene de allí. Miranda debe haberme leído el pensamiento porque sin que yo pregunte dice:

—Eché desodorante, todavía no vinieron a cambiar las sábanas.

Mi madre acaba de cerrar los ojos y el azul desaparece. Una expresión dolorosa gana su rostro. Siempre tuvo pudor frente a nosotros, ahora no tiene dónde esconderse, dónde ocultar su declinación. Y se avergüenza en esa luminosa habitación.

—Está bien, mamá. No se preocupe. Dentro de poco vamos a estar todos en casa, la tía Miranda se va a ocupar de usted.

—¿Vos creés, Matías?

Y yo le miento, incómodo por hablar de milagros en los que no creo, en soñar con quimeras cuando sé que no existen, pues a medida

que avanzo en la mentira, esta se hace desmesurada, increíble. Tan increíble que imagino a papá entrar con una mesita de luz recién restaurada y a Cholo poner un disco de Gardel, mientras Carucha gime tras la puerta con ganas de comerse la vitrola. ¡La puta madre!

Miranda parece leer mis pensamientos.

—Así va a ser, Silvia. Hay que tener fe, como dice el Sabio. Mañana hablamos con el médico y si Dios quiere después de la inyección nos dan el alta y de ahí a casa. Allí vamos a estar mejor, te va a volver el ánimo y...

Acaba de dormirse. El olor a desodorante muere, se desvanece. Vuelve el olor a hospital. Formol, alcohol, orina, purulencias… Ya no me parece tan luminosa la habitación con las paredes pintadas de gris, ni tan segura la voz de Miranda al prometer imposibles a una mujer dormida. Todo ha empequeñecido.

—Tía, no es necesario, mamá no la escucha.

Entonces susurra:

—El Cholo dejó una plata, Sabio. Mejor guardala vos —y saca un pañuelito celeste con encajes diminutos para enjugarse los ojos.

La enfermera, una con mal genio y medias color carne arrolladas a media pierna, entra con un juego de toallas limpias y, sin reparar en mí que dormito sentado en un rincón del cuarto, despotrica por la mancha oscura extendiéndose bajo el cuerpo de mi madre.

—¿Otra vez? Pero, señora —le reprocha a Miranda—, ¿no le alcanzó la chata? ¡Entonces da igual que esté sola!

—Creo que ese es su trabajo, señorita —le digo desde el suelo.

Recién entonces me descubre.

—¿Y usted quién es?

—Soy el hijo mayor.

—Aquí puede quedarse una sola persona, las reglas son bastante claras, así que...

Miranda vio un instinto asesino en mis ojos e inmediatamente dijo:

—Vos quedate con tu mamá, Matías. En un ratito vuelvo. Cualquier cosa estoy abajo, al lado del kiosquito. Voy a tomarme un té.

—Usted salga también —me señala la enfermera—. Voy a cambiarla.

No se da por vencida, sigue convencida de su estúpida autoridad.

—Salí, Matías —la voz de mamá proviene de algún lugar de su cuerpo que no es su garganta—. No quiero que me veas así.

Entonces la miro y le sonrío inútilmente, tiene los ojos cerrados, su mano derecha crispada sobre la sábana, las venas hinchadas sobre el dorso cerca de la cánula por donde asoma una gota de sangre. No me muevo, pero insiste:

—Andá, chiquito. Voy a estar bien, no te preocupes.

Le obedezco pero en el pasillo no hay siquiera un banco donde

descansar y termino apoyado en la pared, a pocos metros de la ventana abierta al jardín, hundido en mis elucubraciones. Abruma ese largo corredor por el que deambulan náufragos de toda clase. También yo debo lucir así, pienso. No tengo mucho para hacer salvo esperar la noche y subir al antiguo carro de Castromán. Levantaremos los cartones que los vecinos de Berazategui ya dejan preparados frente a sus viviendas desde el atardecer. Quizá acompañe la fortuna y juntemos también algunas botellas y revistas, a lo mejor hasta un libro. No espero mucho, apenas un golpe de suerte para no depender otra vez del basural y tener que esquivar —como sucede últimamente —, a los guardias que desde hace un tiempo vigilan el perímetro alambrado en Chernobyl. Dicen que van a cerrar esta parte del cinturón ecológico y no traerán más basura. No lo creo, de eso dependemos muchos en Villa Domínico, de eso dependen las narices de los porteños, el nivel de contaminación ambiental. No pueden. No deben. Y si eso sucede nos correríamos a otros basurales. Punta Lara es el más próximo, los Perros de allá también asaltan territorios y tendrán que aceptar nuestra necesidad a las buenas o a las malas. Por eso no me gusta perrear solo, cada vez hay peores broncas.

Detesto volver a la casa solitaria. Carucha, que ahora anda a sus anchas por la cocina, parece buscar parientes y olfatea cada rincón. Luego se echa con el hocico apuntando a la puerta. Espera. Le digo que es inútil, algunos ya no van a volver. No entiende y gruñe hacia la entrada confundido con los pasos de quienes bajan del monte arrastrando sus hallazgos, después se duerme en estado de alerta. Milanesa está preñada y acabó por apropiarse de un hueco al costado del taburete de la vitrola. No se mueve de allí, espera mi llegada y mueve la cola cuando le tiro algún mendrugo, pero no se deja manosear. El otro día comimos lindo los tres, vino el delegado de la villa avisando sobre uno que pagaba sesenta pesos para hacer bochinche en Puente Alsina. Tal cual estaban las cosas acepté, aunque me acordé de papá: “Fueron los sindicalistas y los políticos quienes hicieron mierda a este país”, pero, como dicen los filósofos: “La necesidad hace al hereje”. El mismo tipo me dio un pasamontañas de lana para cubrirme la cara y me indicó un camión lleno de reclutados como yo. Descubrí a muchos Gitanos y Perros conocidos del monte. En el camino nos dieron vino y hasta un choripán y pensé que, a pesar de todo, los políticos se organizan bien cuando se trata de desestabilizar. La consigna era romper todo a nuestro paso y gritar consignas en contra del gobierno provincial. Quemamos algunas cubiertas sobre el puente, los más agresivos volcaron un colectivo. Al cabo de unas horas la policía comenzó a reprimir. En medio de la batahola reconocí a los tres Perros que me habían perseguido días atrás y ellos también, a pesar del pasamontañas, pero no hicieron nada en mi contra. Le acerté

varias pedradas a los uniformados que hicieron punta y rompí la vidriera de una tintorería sin intención, mientras trataba de escapar. Algunos Gitanos y Perros se quedaron, querían ver si la represión aflojaba y podían sacar algo de un supermercado instalado a tres cuadras del puente, pero reforzaron la guardia y no pudieron llegar ni a las rejas de la entrada. Cuanto sonaron los primeros estampidos y los gases lacrimógenos caían alrededor volví con los sesenta pesos. Esa noche compré pizza y cerveza, el resto se fue en cigarrillos y un ramito que compré en la florería de la esquina del hospital para mamá. No fui el único en festejar, en la villa la música alegraba las casillas y el ambiente festivo se extendía hasta el río. Cuando pasé por el mercado vietnamita, Raulito me adelantó las promesas del delegado: "A medida que se acerquen las elecciones voy a conseguir más plata para todos". El tipo no me gusta, pero los sesenta pesos salvaron mi semana.

...Sigo en el pasillo a la espera de noticias mientras las luces del hospital titilan sin alcanzar a encender. Los altavoces piden la presencia de un cirujano en la guardia mientras una paloma, abajo, en el oscuro jardín, intenta infructuosamente transportar una rama hacia una casuarina. No hay muchos lugares donde ir a fumar salvo ese pequeño cuadrado verde que veo desde la ventana y al cual se accede rodeando el hospital, pero no muevo un pie, espero con las piernas tiesas y el corazón también. El médico quería revisar a mamá concienzudamente y comparar los análisis de esa semana. Así nos comentó la enfermera de turno. Ahora están allí los dos. Miranda volvió justo cuando ellos entraban y su angustia es evidente, pero yo no soy bueno para dar consuelo a nadie.

La puerta de la habitación se abre.

—¿Usted es la cuñada?

—Sí, doctor. Y este es el hijo mayor.

—Tendríamos que hablar sobre el futuro.

—¿El futuro? —la voz de Miranda se quiebra y las luces del pasillo pestañean nuevamente.

El gesto del médico traducía a la perfección lo que había querido decir, aunque la palabra futuro confundía el entendimiento de cualquiera.

—¿Nos podría aclarar, doctor? —le dije.

—Mire, muchacho, voy a ser lo más claro que puedo —y carraspeó —. El tratamiento no dio los resultados esperados, no hubo ni una leve remisión y dadas las condiciones de su madre diría que la quimioterapia provocó un retroceso en las defensas. No queda mucho por hacer, salvo esperar un desenlace en los próximos días. Solo debemos decidir si ustedes prefieren que los pase aquí o en su casa —y continuó—. Les comento: a veces los hospitales provocan una

depresión muy grande en esta clase de pacientes y aceleran su… en fin, quizá para ella sea mejor estar en casa junto a su familia.

—¿Qué quiere decir, doctor? —Miranda ya tenía su pañuelo celeste contra los labios.

—No tenemos demasiadas camas y hay enfermos que requieren un espacio. Va a suceder de cualquier manera, aquí o en cualquier parte. Llegado el caso ustedes tienen la posibilidad de traerla otra vez para que reciba las últimas atenciones y se vaya humanamente. Pero mi consejo es sacarla de aquí. Un cambio de ambiente quizá provoque una mejoría y eso también es humanidad. Les repito: quizá esté mejor rodeada de sus cosas.

—¿Cuánto tiempo, doctor? —creí que nunca iba a animarme a preguntarlo.

—No puedo darle tiempos con exactitud, mi amigo —y apoyó su mano en uno de mis hombros—, pero no creo que pasemos del mes. Lo siento mucho.

—¿Y cómo hacemos para llevarla? —ahora era mi garganta la que fallaba.

Me miró con tanto desprecio que tuve ganas de darle una trompada. Se dio cuenta porque inmediatamente se dirigió a la enfermera.

—Active un servicio de ambulancia para esta gente —y tendió una mano fláccida. Luego flotó por el pasillo con los otros náufragos mientras las luces pestañeaban y la tarde teñía de rojo las ventanas.

Esa noche, ya con mi madre otra vez en casa, salí a recorrer el playón. Como siempre mis pasos me llevaron hacia el río. Escuché el correteo de las ratas y el ruido inconfundible de los cangrejos contra el plástico de las bolsas. Salvo eso, el interminable chirrido de los grillos y el croar de sapos y ranas, nada más. Todo parecía haberse aquietado esa noche en Chernobyl. Encendí una pipa de paco y me quedé con la vista fija en las luces de los cargueros que bajaban por el Canal Mitre. No me sorprendió la voz del Gris al resonar a mis espaldas, escuché su jadeo entre los cúmulos de basura.

—¿Todo bien, pibe?

No le contesté, seguí fumando hasta quemarme los labios. Creo que entendió porque guardó silencio un buen rato. Finalmente dijo:

—Alcancé a ver la ambulancia frente a tu casa, Sabio. La mandaron de vuelta, ¿no?

—Así es, los muy hijos de puta se babean discurseando y al final dicen que necesitan la cama.

—Nunca es triste la verdad. Acordate de esto, pibe: lo que no tiene es remedio. Así es la vida. Cuando nos toca la parca lo primero que hacen es sacarte los anillos, después venden la ropa y si queda algo de patrimonio se pelean por él. Inclusive los hijos, Sabio. Es jodido ver

cómo el mundo se deshumaniza. Pero siempre fue así. La practicidad se lleva todo por delante. Un boxeador llamado Bonavena decía que la vida es un cuadrilátero de boxeo donde uno tiene que arreglárselas solo. "Ni el banquito te dejan cuando suena la campana." Murió mal ese muchacho, pero en su ley. Lo bajaron de un escopetazo en un rancho de Nevada. ¡Mierda! Parece ayer... sin embargo hace mil años que estuve en el Luna Park viéndolo pelear contra el Goyo Peralta. ¡Pelear es un decir! Lo cagó a trompadas y lo sacó en el quinto round, pero eso fue en el sesenta y cinco... ¡no puedo creer cómo pasa el tiempo! ¿Sabés por qué lo mataron? Por la misma razón por la que se mata a mucha gente: por meterse con la mina de otro. Ringo era pesado, pero ese tipo... Joe Conforte, se enteró que andaba con su mujer, una llamada Sally. ¿Conocés alguna gringa rubia y calentona que no se llame Sally, Peggy o Maggie? Bueno, el marido la hizo corta, le mandó a uno de sus matones y adiós Ringo. ¿Querés un trago? —y descogotó una cerveza que duró lo que un pedazo de carne en las fauces de Carucha.

Solté una lágrima y me miró sonriente.

—¿Viste que es mentira que los hombres no lloran? A mí todavía no se me secó el pozo. Cuando me acuerdo de lo que tenía, lloro. A veces lo hago por costumbre, para no perder el hábito. Es bueno descargar la mochila, apenas pasa la tormenta te sentís más aliviado. Otra cosa extraordinaria es escribir, salvó a muchos de la locura. Pintar también, ¿eh? Mirá a Van Gogh, estaba más chiflado que un mono, ¡hasta se cortó una oreja! y sin embargo su legado es sencillamente ma-ra-vi-llo-so —puntualizó cada sílaba como si tuviera una batuta y dirigiera una orquesta.

—Estoy escribiendo todo —me animé a decirle.

—Entonces cuidate de los gerundios, son el cáncer de la literatura. Perdón, pibe, no quise decir eso.

—Está todo bien, Gris. Esa es la verdad y...

—No tiene remedio.

La voz del suboficial que canta los números aleja mis recuerdos. La realidad es este numerito arrugado entre mis dedos. Ridículo. Pienso entonces que la memoria es una mera asistente del tiempo, una secretaria guardando lo que puede en medio del caos cotidiano pero guarda mal, los archivos se abren cuando uno menos lo imagina y el resultado es tan doloroso como inútiles nuestras lamentaciones. Es cierto, nada tiene remedio.

19
Masturba tus lágrimas

Ya falta menos, delante de mí hay cinco personas y tengo la impresión de caerle simpático al encargado de cantar los números. Hace un momento levantó la vista y me hizo un gesto de complicidad. Le sonreí sin demasiado aspaviento y desde ese momento cada vez que alguien hace un comentario sobre la morosidad con que nos atienden asume su condición de milico, se pone serio y argumenta problemas en el sistema de recepción de datos, luego de lo cual vuelve a mirarme. No sé por qué pero eso me lleva a Lagrimita. Ingreso en mi pasado. Es obvio que necesito evadir esta tensión.

...Parece ayer cuando dejé a mamá con la tía Miranda y fui a llevarle unos cigarrillos a Lagrimita a la cárcel. Los guardias se quedaron con un paquete, como siempre. Estaba desesperado porque le habían extendido la condena. En el último motín, por conseguir mejoras para los reclusos, había llevado la voz cantante y muertos y heridos le cayeron encima. Apenas pudo seguir el hilo de nuestra conversación y ni se preocupó por preguntar por la salud de mi madre. Cuando le entregué las cosas enviadas por la suya ni miró, tuve el presentimiento de que ese sería el último día que lo vería y no me equivoqué, esa semana lo asesinaron dentro de su celda. Nunca dijeron los motivos, pero todo el mundo insiste en que fue una venganza de la policía por haber incentivado el motín. ¿Lloré? Hacía tiempo que no tenía por qué.

Extraños vericuetos los de la vida, porque ese mismo día conocí a Sandra. Salimos juntos del edificio y mientras esperábamos el colectivo nos contamos cosas que normalmente se cuentan a las personas conocidas, sobre todo a aquellos con quienes se tiene confianza o un verdadero afecto. Este no era el caso, pero así sucedió el romance y nunca tuve excusas para arrepentirme, ni siquiera de los disensos. El padre de su hijo purgaba una condena por ocho años. También fue acusado de participar activamente en el motín y le subieron la pena a veinte. Está vivo, a diferencia de Lagrimita que pagó con sangre su locura. Pero veinte años es demasiado tiempo para cualquiera, mucho más para una madre joven y su hijo. Por lo menos así me lo hizo saber Sandra mientras el colectivo cruzaba la ciudad hacia el Riachuelo y yo le recitaba piadosas mentiras aprendidas de memoria para una ocasión así. Sentía su mirada y un insólito orgullo comenzó a hincharme el pecho. Hablé de ciertas noches, del Gris, de

algunos sueños, hasta que percibí su aburrimiento y prudentemente me detuve. Del asiento de cuero manoseado y rotoso del micro saltamos al sofá de su casa en Quilmes sin escalas, y de allí a la cama llena de peluches de todo tipo que coleccionaba para Lorenzo, su hijito. Tenía olor a lavanda y el pelo rojo y suelto. En medio de las caricias le juré que la amaba pensando cumplir con un rito habitual.

—Si vas a decir boludeces dejémoslo así —sus ojos inflamados no mentían. Ni tampoco la blusa con la que empezaba a cubrirse, ni la bonanza que desaparecía de su rostro.

—¿Qué pasa, Sandra?

—No me gusta que me mientan. Debiera haberte contado antes quien soy y como mantengo a mi hijito, Sabio. Entonces estaríamos en igualdad de condiciones. Pero quiero que sepas algo, salí hecha mierda de ver al padre de mi hijo llorando porque se va a pasar la vida entre las rejas, seguro de que su mujer se va a encamar con otros para pagarle un abogado, o como lo estoy haciendo ahora, para olvidar. Solamente para olvidar. Así que no me mientas, cariño. No es necesario.

Intenté una defensa pero no sabía por dónde empezar. Bajé los ojos y callé hasta sentir que la situación se enderezaba.

—¿Todo bien, Sandra? —la voz de un hombre atravesó la puerta como si fuera de papel.

—Todo bien, Richard. No pasa nada.

—¿Y ese quién es? —le pregunté preocupado.

Es mi cuñado, el novio de mi hermana, las dos trabajamos para él, ¿entendiste? También bailo en un boliche, ahí hago copas y si me da confianza el “punto” algunas cosas más.

Me miró como si yo fuera de vidrio y pudiera atravesarme, no puedo definir de otra manera esa mirada y preguntó si era capaz de hacérselo con rabia. No era momento para decir que no y asentí sin saber a qué se refería. Entonces volvió a echarse sobre mí y comenzó a morderme de tal forma que aún conservo las marcas sobre los hombros. No me quedé atrás, cuando pidió que la golpeara lo hice sin miramientos y cuando acabó, temblando entre gritos y lágrimas, tuve que tragarme la lengua para no provocar otra discusión. Lo más loco fue que mientras fumábamos recostados uno al lado del otro, la sentí musitar un “te quiero”.

—¿Cómo dijiste? —le pregunté sorprendido.

Comenzó a lloriquear otra vez y ya no me contestó. Fui a buscar fósforos a la cocina mientras ella entraba al baño para recomponerse. Ya no estaban ni la hermana ni el vividor, en su lugar estaba doña Florita, una anciana que para sobrevivir cuida niños. A veces aprovecha y con la anuencia de los padres mendiga con ellos en la rotonda de Avellaneda, de allí la recordaba. Con lo que saca paga sus

necesidades y con el resto compra leche para los chicos. Me miró sin sorprenderse cuando, completamente desnudo, encendí mi cigarrillo. Tenía un bebé dormido en sus brazos.

—¿Y Sandra?

—Está ahí adentro —le dije.

—¿No le avisa que le traigo al hijo? Tuve un percance con mi marido y esta noche no se lo puedo tener. Y clavó sus ojos en la cama desordenada.

Ahí estaba el famoso hijo, pero no se me había ocurrido preguntar por su edad.

—¿Cuántos años tiene?

—Creo que cumple dos el mes que viene —dijo doña Florita. Seguidamente lo puso en mis brazos y se fue.

Me vestí lo más rápidamente que pude y me senté en la cama al lado del chiquito dormido.

—¿Viste qué lindo? Decime si no es lindo.

El desamor nos acompañó unas cuantas cuadras y no cruzamos palabra por la simple razón de que no teníamos nada para decirnos.

—No me busques más.

La miré sin saber qué responder y creo haber asentido asombrado. Se levantó en puntas de pie para besarme y susurró:

—Este es mi único amor —y señaló al bebé.

En la monotonía de nuestros días, en la bajeza de nuestros destinos, en esa implacable certeza de estar al final de todo y tener que remar afanosamente para no desaparecer en un océano de petróleo, fraternizan personas como nosotros. Hay algo extraordinario en ello y es el hecho de saber que no hay nada peor. Un paso atrás está la muerte. Y como dice el Gris: “Cada segundo robado, cada centímetro ganado es una reverencia a la vida”.

La volví a mirar. No parecía estar tan enojada. Acomodó al mocoso en sus brazos y saludó una vez más con la mano en alto, como si supiera que yo estaba pensando en el mañana. Y allí, recortada por la luz tenue de la bombilla me pareció bella, la más bella de todas las mujeres que había visto en mi vida...

...Ahora el suboficial canta el número anterior al mío. Debe saber que tengo el próximo. Pero no sé si voy a aguantar, creo que voy a salir corriendo antes.

20
Caballitos y cachorros

Había un gentío en lo del Rubio Castromán aquel anochecer, lo recuerdo bien. Mientras la garúa me cala los huesos y encharca mis zapatillas alcanzo a ver la muchedumbre alrededor del alambrado que protege su casa. No puede ser otra que la suya —me dije aquella vez —, es la única con farol y veleta de toda la villa. Prácticamente todo el mundo está reunido allí, inclusive los que nunca están, ni siquiera cuando los postulantes a concejales o a diputados reparten comida gratis. Veo la cabeza rapada de Rasputín, uno que tiene dos policías muertos en su haber y sigue suelto a pesar de los cientos de inútiles rastrillajes que hicieron para dar con su paradero —algunos fantasean con estupideces y sospechan un acuerdo con Satanás—, pero no es exactamente el diablo quien lo protege, yo sé dónde tiene su escondrijo y jamás lo voy a decir. Le debemos algo en la familia: una vez le salvó la vida a Cholito. Hombre de otra época, el cabo de un cuchillo asoma por detrás de su cintura anunciando el prontuario, y tiene un rictus en la cara que seguramente le va a causar problemas si quiere entrar al cielo. Cuando nos cruzamos, saluda secamente y yo le respondo de la misma manera. De hecho jamás nos trabamos en conversación alguna, debo parecerle un niño. Para mi madre eso es lo que soy. Veo también la eterna boina roja del Radical, un estafador capaz de vender diez veces la misma camioneta y usarla lo más campante por el barrio para cartonear, seguro de que nadie se atrevería a reclamarle nada en nuestro territorio. Veo el culo extranjero de Dorita, una puta rusa que terminó sus días en este basural argentino por haber matado a su proxeneta en un bar de Montevideo y ahora, lejos de sus antiguos brillos, perseguida por la ley y sus propios fantasmas se vende por cincuenta pesos a quien se atreva. Diviso la barba gris del Gris y a todos los Perros y Gitanos de Domínico; al loco Faruk que siempre estará de fiesta aunque un terremoto le tire la casilla. Descubro, ya más cerca, a los vietnamitas quienes por primera vez parecen guardar silencio y a Sandra.

—Se la dieron a Castromán, Sabio. También a los caballos.

Un nudo aprieta mi garganta, el silencio espeso empieza a pegarse al cuerpo como esa lluvia inmunda que nubla la visión. A fuerza de codazos consigo abrirme paso entre el gentío para llegar hasta el portón de entrada. Es una carnicería. Mi caballito de cartonear está tirado al frente con la panza abierta, de vez en cuando intenta pararse,

pero se enreda con sus propias tripas y vuelve a caer con los ojos desmesuradamente abiertos en un charco enorme de sangre y lodo. Más atrás, caído cerca de la puerta de la casa, está el Rubio con una pistola en su mano derecha, boqueando desesperado con la cara pegada al piso. Tiene un torniquete de alambre en el cuello tan ajustado que no entiendo como respira todavía. Una sangre espesa le enrojece la camisa. Los otros cuatro caballos ya están muertos, también con el vientre rajado. No lo pienso más y salto el cerco mientras escucho la sirena de la policía que avanza por la ruta. El Rubio no puede verme, busca como un ciego y revuelve la mirada de un lado a otro mientras jadea tortuosamente.

—Rubio, soy el Sabio —grito, mientras trato de girar la ligadura para aflojar la presión. Pero el nudo es demasiado fuerte, necesitaría una pinza para quitarlo. Intento levantarme para buscar en algún sitio la herramienta, pero el Rubio sujeta mi brazo y apunta a ciegas con la pistola al tiempo que intenta decirme algo. Abre la boca y un gorgoteo espantoso le nace desde el esófago. Vuelvo a gritarle con desesperación que soy el Sabio, pero está confundido y la pistola se dispara. Veo de reojo la espantada de la gente y le quito el arma. Gime. Un río oscuro, espumoso, sale de su garganta para salpicarme la ropa y la cara. Me aparto espantado y vuelvo a gritarle, pero ya está muerto. Entonces paso entre los pocos curiosos que quedaron después del tiro y miro a mi caballito. Todavía patalea. Entonces vuelvo, levanto la pistola del Rubio, apunto y la bala hace un agujero en la mancha blanca de la cabeza. Ya no se mueve más. Ahora a correr. Apenas los faros del patrullero iluminan la calle, desaparecen todos. El Gris me empuja con él hacia Chernobyl, sabe bien que mientras reine la oscuridad no entrará ningún policía. Por lo menos esa noche voy a dormir en casa, es lo más aconsejable. Mañana alguien dirá que intenté ayudarlo y vendrán a pedirme una declaración, a preguntarme si dijo algo, si imagino quién pudo ser el autor de esa carnicería. Pero ahora dejo que la lluvia me lave la sangre y miro como se escurre hacia el barro. Ese barro que lo engulle todo.

—¿Querés?

—Seguro —me corto un poco al empinar el cogote roto de la botella, pero no importa. Hay pocas cosas que puedan importarme.

—Pibe.

—¿Sí?

—Te quiero pedir un favor.

—Pídalo ahora o calle para siempre —le digo falsamente risueño, en un intento de expulsar de mi cabeza lo fatídico, lo cruento.

Creí que iba a callar, porque el viento empezó a silbar de tal manera que a pesar de la noche se podían ver los blancos espumarajos sobre las olas pardas. A lo lejos, una larga y quejosa sirena indicaba

un barco entrando al puerto, o bien anunciaba su derrotero en medio del canal a las embarcaciones de menor porte, o un capitán avisaba su llegada a una amante, o porque sí, porque en el silencio de la noche quien dispone de una sirena debe hacerla sonar. Entrecerré los ojos para horadar la negrura e identificar la silueta seguramente más oscura del buque, pero nada. Recién cuando el aullido se hizo oír nuevamente caí en la cuenta de que estaba mal orientado y enfoqué mis ojos hacia el sur, donde flota la boya sobre la que soñé a mi padre. Recién entonces lo divisé en medio de la bruma, la luz blanca de proa iluminaba el puente y la roja de popa remarcaba apenas los enormes contenedores. Estaba por comentarle al Gris mi hallazgo, cuando respondió:

—Si alguna vez pasa algo quiero que me incineren y tiren mis cenizas en este rincón del río. ¿Sabés, Sabio?

—No diga pavadas.

—¿La muerte te parece una pavada?

—De ninguna manera, Gris. Es algo serio y muy doloroso para quienes quedamos.

—Entonces no me discutas.

—Bueno, espero no ser quien cumpla esa tarea porque le tengo mucho aprecio.

—Igualmente, pibe. Me gustaría exactamente allí, hay como un pequeño promontorio donde es más seco.

—Tiene razón, en ese lugar trataron de colocar una pluma para levantar al camión cuando se encajó, pero era muy pesada y fracasaron, al igual que los tractores que los de la municipalidad trajeron después.

—Bueno, ahí.

—¿Usted dice que le gustaría ser... esparcido en un sitio así?

—En ningún otro lugar. Llegado ese momento que será para el mundo normal como el paso de una estrella fugaz, ¿prometés llevarme?

—Mire, Gris... prometer una cosa así es muy difícil, puedo asegurarle que voy a hacer lo que pueda, obviamente necesitaría ayuda. ¿No le parece?

—Es cierto, pero con tu palabra me conformo. Sé que vas a hacer lo imposible.

—Ahora dígame: ¿qué bicho le picó? ¿Está enfermo o algo parecido?

—Ya sabemos que no es necesario estar enfermo para morirse aquí, de eso se acaba de enterar Castromán si no me equivoco.

Estábamos tan empapados que ni siquiera pudo encender el tabaco de su pipa, pero se quedó con ella entre los dientes. De vez en cuando movía el cuello y los hombros y soltaba una tos que inquietó a

Carucha, el pobre había llegado unos minutos atrás movido por el hambre. Esperé en vano que la sirena volviera a sonar y consideré que era tiempo de volver a casa: el tumulto en lo del Rubio Castromán ya habría pasado y la policía, con la zona acordonada esperaría la mañana para rastrear sospechosos y testigos.

—¿Vamos, Gris? —le sugerí.

Pero no contestó, seguía inmutable con su tic y decidí volver solo. Miranda y mi madre dormían cuando me arrojé vestido al camastro. Esa noche Milanesa tuvo cinco cachorros. A la mañana siguiente, cuando desperté, faltaban dos. La puerta seguía con su tranca puesta, y ellas seguían encerradas en la pieza, así que había una sola opción: se los había comido. Pero no le grité, ni la golpeé, los animales saben qué hacer cuando corresponde.

21
Bailes y lutos

En la prefectura se acaba de cortar la luz. Era lo que faltaba para poner una cuota más de tensión a mi espera. Pero ya no puedo abandonar, el oficial que canta los números acaba de hacerme un gesto, en cuanto se solucione el problema me toca a mí. No quiero saberlo, ni pensar, ni dudar del Gris, ni de su amigo falsificador. Tengo el pasado, está mejor saber que penar constantemente por el futuro. Es una porquería esa incertidumbre, allá atrás uno puede refugiarse, hacia adelante sigue siendo la intemperie, lo desconocido, lo que vendrá.

Cierro los ojos...

—Morfina, Matías —dijo la tía Miranda—. Necesita morfina. Tenés que ir al hospital y decirle al médico que ya no puede estar más aquí, que los calmantes no le alcanzan. Cholo hace dos semanas que no aporta un peso y apenas hay para comer. Ayer le hice un caldito que parecía...

—Vamos a llevarla, tía.

Mira alrededor. Esa mirada suya tan conocida, la de decirlo todo y nada, la de poner a Tormo y "Mis harapos", ¡qué gracia! Resulta que así estamos, igual a la vitrola silenciosa, silencio, sin Gardel, sin Carucha ladrando. Acabo de entender, pero no quiero seguirle el tren a esa melancolía colgada de sus ojos. Todavía camina un poco torcida por la costumbre que le quedó cuando la venda le apretaba las costillas. "¡Dos puntazos, nene! ¡Y yo le planchaba la ropa todos los días para que parezca un señor! ¡Mirá cómo me devolvió el esfuerzo!" Es un leve torcimiento hacia la derecha, gesto de protección de un dolor inexistente ya, pero que estuvo. Intuyo que ella se irá cuando no haya nada por hacer aquí, cuando esta excusa cotidiana deje de darnos razones para imaginar imposibles mejoras en la casa, viajes, un buen trabajo para mí, otro para Cholito. Es hora de dejar el basural, no tiene más sentido subir esa cuesta impensable para nada. Ya está grande, pero aparenta más. La esperanza encanece a medida de ese escurrimiento de la vida. Ahora levanta los ojos y señala hacia la pieza, la puerta entornada deja ver un poco de la cama de mamá. Lo más molesto es la quietud de esos días a la espera, odio haberme transformado en ese tipo que desea un final feliz para un final humano. "Ojalá se vaya en paz, Matías." Y yo repito: "ojalá". "Entrá a darle la mano aunque sea, yo no puedo, no quiero este recuerdo de tu

madre insultándome porque no hacemos nada para ayudarla." Acelerar es el término, diría el Gris, hacer rápido el paso de un sitio a otro, aliviar. "Si tuviera ese poder, si lo tuviera." Me siento a su lado, acomodo las arrugas de las sábanas con la mano y subo un poco las cobijas para tapar la desesperanza, el desconsuelo. Miranda sale con dos moneditas mientras los jilgueros pían por comida en el jaulón. Las topadoras aplastan las colinas y un humo de infierno cubre lo poco que queda de nosotros. Vuelve Miranda y dice que acaba de llamar y mandarán una ambulancia, pero sería mejor tratar de alzarla hasta la ruta. "No sé si van a entrar, Matías. Les da miedo, ¿entendés? Entiendo y corro hasta lo del Vigía, todavía está el carro de auxiliar porquerías en su patio. Es una caja preparada para transportar bicicletas, no sirve, habría que quitarle los hierros. Vuelvo y miro el nuestro, el de hurgar en el monte. Miranda dice no con la mirada. Se muerde el labio y dice no con la cabeza, pero son casi diez cuadras hasta el asfalto, ¡diez!, llenas de pozos y basura y curiosos que salen de sus miserias a ver la nuestra, idéntica, un espejo de todos ellos. Salen a mirar a mi último tesoro viajar sentadita en el carro, ¡parece una reina, mamá! Una reina sentada en el carrito engrasado para subir y bajar cuestas humeantes, para que Cholo y yo no tengamos problemas en la trepada, para que no nos ganen de mano los otros Perros. No pesa nada, mamá. Empujo, empujo... Ya veo la ambulancia al costado de la ruta. No entraron, no iban a entrar nunca los muy cagones.

Cholito llegó a la madrugada, cuando las luces del hospital comenzaban a apagarse. No estaba en sus cabales por decirlo de alguna manera. Traía el rostro abotagado y pálido, el paso dubitativo, la mirada tortuosa y desenfocada. La tristeza del lodo de nuestro territorio parecía haber entrado en sus huesos y desde allí a su alma. Pero estaba presente y me hizo feliz saberlo a nuestro lado.

—¿Tenés para un café? —asintió.

Caminamos hasta un bar cercano y nos sentamos. Reconquistar su corazón, temida fortaleza construida a golpes de fracaso. Un duro acero, un imposible. Acabo de leerlo en sus ojos. Le digo, ¿Cholo? Intento otra vez.

—Vine por mamá, metete en lo tuyo —dice. También los ojos enrojecidos.

A partir de ese momento no dijo palabra. Ni siquiera lo hizo cuando el médico nos informó del coma irreversible. Silvia García se apagó pocas horas después, cuando los dos dormitábamos en uno de los bancos dispuestos en la entrada, donde casualmente estaba el mismo policía que quiso detenerme la primera vez que la llevé a internarse y a quien, dicho sea de paso, descubrí una noche por casualidad en un rincón de Chernobyl manoseando a uno de los

travestis de la rotonda. Duele sentir este alivio, este ¡ya está!, ¡mejor así!, ¡estaba sufriendo mucho!, ¡no valía la pena postergar su partida! Pero duele. Esta es la verdad y no tiene ni tendrá ningún remedio. Miranda solloza en la puerta y hace señas. No es necesario, tía. —pensé en ese momento. Pero así era ella. Intenté poner al tanto a Cholo pero se revolvió en el banco y me dio la espalda. Iba a darle una trompada, harto de su estupidez, cuando percibí la congoja temblar sobre sus hombros y le acaricié instintivamente la cabeza como hacía mi viejo, sin recibir respuesta. Después seguí a Miranda bajo las luces titilantes del pasillo. Había que realizar un montón de trámites. Esa fue la última vez que lo vi con vida. Lo único que agradecí ante su cadáver frío pocos minutos antes de asesinar al Chupa, fue que haya muerto después de mamá, de otra manera le habría arrancado el corazón. Ese también fue un gran alivio, un mejor así, suerte que mamá no estaba, ni papá, ya casi no había nadie, solo yo con y sin acento.

Muchas veces soñé con la mueca deforme clavada en su rostro, una pesadilla que todavía me persigue pues forma parte de una culpa imborrable. Eso es lo que siento. A Enrique, su compañero, lo sacaron del Riachuelo con las manos atadas con alambre, desfigurado. Pero esa noticia me conmovió tanto como el vuelo de un grano de polen puede conmover al universo, el rencor había trabajado a cincel mi corazón. Le pregunté a mi conciencia muchas noches, cuando la luz de la lámpara de kerosén se hacía tan tenue que no permitía continuar con la lectura, si no éramos personajes de ficción manipulados por el autor, a merced de sus impulsos y el humor de su pluma, pero convine, tan rápidamente como me costó mirar alrededor y descubrir mi pertenencia, que de ciertas realidades no se puede escapar. Son tan contundentes y verdaderas como este olor que nos degüella cuando el viento sopla desde el río y un enjambre verdinegro se apodera de lo nuestro.

Todo pasa, el luto por mi madre pasó a formar parte de lo cotidiano, una leve depresión, un suspiro en la noche, un estremecimiento. Los días subsiguientes fueron tediosos, menos el aviso sobre Cholo. Estaba previsto, escrito, cantado. Tenía que suceder alguna vez.

22
Cholito

Él se acostaba con la cabeza hacia abajo y yo hacia la puerta. De esa forma había más espacio para dormir. Había que tener cuidado con las patadas producto de los malos sueños, nada más. Pero llegábamos tan ateridos y cansados... Ruedita trajo el aviso. Esa mañana estaba en Avellaneda con otro transa tomando un café con leche. El bar bullía de estudiantes y en la pared la tele mostraba el procedimiento. “Lo conocí por la campera de cuero, Sabio. Y el pelo ensortijado. El Chupa parecía un comandante. Enrique había escapado antes por los techos, pero Cholito los aguantó a pie firme dentro de un mercadito.” El noticioso anunciaba la muerte en acción de un policía llamado Benítez, un cabo con familia, con hijos. Había recibido un disparo de parte de Cholo y falleció cuando lo trasladaban al Churruca... Yo me acostaba vestido para no tener que robarle frazadas y también porque hacía mucho frío y la humedad nos calaba los huesos, eso era lo malo del invierno, en verano la casa era fresquita, por las chapas de telgopor que robamos de la fábrica de soda en la bajada de Quilmes, mil años atrás, mil años... “No se animaban a entrar porque Cholo tenía dos rehenes, un pibe y una embarazada.” De vez en cuando la cámara de Crónica tomaba imágenes internas y se alcanzaba a ver la capucha del Cholo cubriendo su cabeza y el cartón de vino en la mano izquierda, en la derecha el revolver que le había regalado Castromán. El mediador insiste en que se entregue, pero Cholo putea y pide pizza, pide un auto, pide un juez, pide una vida que no tiene, una señal del cielo, alfileres con ajo para la mala suerte, para esa mala muerte que se le viene encima como un tren. Vigile a su hermano, Sabio ¿Y cómo mierda iba a vigilarlo si no podía con mi propia vida, ni con la de mamá, ni con ninguna cercana a la familia? Vigile a su hermano... Ridiculeces que se dicen para pasar el tiempo. ¡Dale, Cholito! Empujá que se queda, grito bajo las varas de madera de nuestro carrito de subir cuestas empinadas. ¡Dale, Cholito! ¡Cuidado con la lata! ¿No la viste? Llamemos a papá, él puede curarte... Sangra sobre el barro fétido, sobre los plásticos negros y blancos de las bolsas, sangra desde el empeine hasta la planta y un enjambre de moscas se abalanza, zumba, revolotea. Lo subo al carro y bajo a ciegas por la loma, a los gritos, pisando porquerías, cosas blandas, cosas que no debiera pisar un pibe de mi edad, ni Cholo tampoco... Sangra el pie desnudo de cuidado, de cariño. No supe

vigilarlo. No supimos y terminó cortado, le cuenta mi viejo al enfermero. Mamá quedó en la puerta llorando con Miranda que busca un ensalmo en su cabeza para el sangrar, uno para el dolor, uno para olvidar.

Dice Ruedita que había soltado a los rehenes, en eso quedaron con el mediador, pero que el Chupa entró en medio del humo de los gases y después de unos minutos se escuchó un disparo. Eso dice Ruedita desde su silla. Le creo. Está en mi memoria, escrito.

Después lo demás. El rencor subiendo por las venas, el pie del Chupa contra el escritorio. ¿Habrá alguna estación entre el infierno y la tierra? Si estuviera el Gris conmigo, le preguntaría. Él siempre tiene respuesta para todo o, por lo menos intenta darle explicación a esas cuestiones. Debe haber, no hay forma de hacer un viaje tan largo sin una parada, un lugar donde tomar aliento y recapacitar sobre lo que hicimos en vida. Miranda ponía su esperanza en el cielo, en los santos, en los conjuros y ensalmos. Pobre Mirandita y pobre de nosotros, como decía el Gris. Aquello que no se encuentra en la tierra se busca denodadamente en el cielo. Pero ese es un universo plagado de ángeles etéreos, inmarcesibles, ausentes de toda carne, de nervio y ligadura de sangre, sordos, de eso no tengo dudas, frente a los clamores humanos. Y a pesar de todo necesarios. ¿Será el purgatorio? Creo que sí, creo que sí.

23
Confirmaciones

Ya está, me acaba de llamar pero mis piernas no se mueven, desde el mostrador mira con una ceja levantada y gesto inquisidor. No hay forma de ignorarlo y a pesar de eso retraso un poco todo, hago que dudo y miro el numerito pero él insiste, es consciente de que soy el poseedor del cuarenta y tres azul. No tengo remedio y me acerco con paso cansino. Le comento en voz casi inaudible mi expectativa, registrar el motorcito Yumpa y hacer los papeles de la canoa para sortear sin riesgo las verificaciones de los guardacostas. Pregunta si tengo los elementos de la embarcación en regla, también en voz baja, casi en secreto. Lo miro sorprendido y se da cuenta, no tengo la menor idea sobre tales elementos. Dice, señales luminosas, dice hacha, ventilación de la sentina, bomba de agua, salvavidas para el timonel y los acompañantes, soga de amarre, chalecos para los más chicos, bengalas. Lo escudriño y le cuento que no es un barco de ultramar, una simple canoa es, con el nombre de mamá grabado a cuchillo en la popa. Silvia. Le digo que yo mismo lo grabé y que significa “las ganas de darnos otro mundo”, sin más necesidad ni consecuencias. Silvia. No hay nada más en la canoa, nada más. Mira y calcula que estoy loco o que lo hago a propósito y confirma su presunción, no tengo entendederas. Leo en sus ojos: hay un retraso en este muchacho, un paréntesis, un guión separador, un largo silencio de nota redonda. Mide, calcula: si este pibe es sordo no puede conducir un bote, en el río hay señales sonoras y es imprescindible oírlas, prestarles atención. Vuelve a mirarme decepcionado. Leo sus pensamientos. Me da la espalda y se dirige a otro suboficial, sentado frente a un escritorio, este último, de golpe, sin miramientos, desenfunda la pistola y apoya el cañón en mi cara.

—¡Si te movés te mato!

Alrededor nuestro todos se echan al suelo, mientras el de los números sonríe como si todo fuera una broma de mal gusto, una confusión. ¿Tanto quilombo por un boludo que no entiende que es obligatorio tener los elementos al día en una embarcación? Por fin reacciona, manotea su pistola y sin saber por qué también me apunta. Así apuntó el Chupa a Cholo, pienso. Imagino la cortina de humo y Cholo tratando de soportar las arcadas por los gases lacrimógenos, el fuego de un llanto inducido por el acre del gas mostaza en la garganta, humareda idéntica a la niebla severa de Chernobyl a la hora de correr

por la cuesta a buscar pedazos de lavarropas, radios, heladeras, mampostería, huesos, piltrafas de cosas congeladas, latas de comida vencidas hace meses, humareda a la hora de buscar sueños errantes, tesoros en la Isla de San la Puta Madre, a sabiendas de que nunca encontraremos la respuesta a nuestro anhelo. Nido. Consuelo. El primero tiene un gesto inolvidable, un rictus incómodo creciendo desde el labio leporino apenas cubierto por un bozo incipiente.

—Esta mierda vive en el basural de Quilmes y lo buscan por el asesinato de un comisario —grita a los cuatro vientos como si no fuera suficiente llamado de atención la pistola sobre mi cara.

¡Ya sé quién es, es uno de los hijos de puta que estaba en la morgue el día de Cholito! Lo miro con pena y pienso que podría matarlo con una mirada si quisiera, no duraría un segundo en el playón. Suda y le tiembla la mano. Sé que no va a tirar, ni él ni el otro estúpido que también apunta pero no sabe si creerle o no. "Inolvidable", le digo y no entiende a qué me refiero, pero sospecha. Repito "inolvidable" y hago un gesto de labios de conejo mientras le miro fijamente el labio leporino, enfurece y se crispa como si fuera un gato frente a su peor enemigo. Cada vez tiembla más. Entonces tomo la decisión, pego un salto, abro la puerta y corro como para ganar una olimpíada. Escucho el griterío detrás y los disparos al aire. A esta hora hay mucha gente en el Tigre y no van a querer matar a un inocente. Por eso me envalentoné. Los árboles eran una suerte de cubierta y corrí en zigzag entre ellos. Cuando sentí el pinchazo en un costado pensé que era una puntada por la carrera y seguí como si nada, el segundo dolió más, rompió mi clavícula como si fuera de vidrio y caí, no sin antes ver entre sombras confusas la barba, la mano, y el revolver humeante apuntando hacia mí. ¿El Gris? Perdí el sentido y la oscuridad de la calle ganó mi cabeza.

La cara del Gris enmarcada por la luz del ventanal parece el Cristo de una estampita de Miranda, la llevaba siempre cuando visitaba a mamá y la colocaba sobre su almohada. No me mira, tiene los ojos vueltos hacia los cortinados por donde entra una luminosidad proveniente del propio paraíso. Trato de hablarle pero apenas emito un sonido ronco y áspero. Lastimo mi garganta. Toso. Entonces se da vuelta y descubro las jinetas doradas en sus hombros, resaltan sobre el azul trágico.

—Te vas a poner bien, pibe —me dice.

Debo tener un gesto absurdo porque sonríe con cierta pena, por lo menos quiero creer eso. Entiendo que debí sospechar de este tipo desde el principio, pero en lugar de eso, lo recuerdo perfectamente, enterré mis revelaciones como alguna vez enterramos a Bonita. Papá había dicho claramente: "Andá con cuidado". Terminó pegándome un tiro. Debe leer algo en mis ojos porque se acerca y susurra que lo

lamenta.

—Esta no era la idea, Sabio. Pero así resultan a veces las cosas. Alguna vez hablamos de esto, vos y yo —y me aprieta el brazo.

El sol perfora los visillos y pienso que así debe haber visto mi madre los amaneceres en el hospital cientos de veces, con la secreta esperanza de encontrar un refugio ante las señas de la muerte, como lo busco yo mismo ahora: ¿Me voy a morir? Ya sé cuál es la respuesta, pero necesito confirmarlo. Él percibe mi sobresalto y vuelve a tocarme el brazo cuidando de no mover la férula que tengo adosada a la muñeca.

—Vas a estar bien, pibe —repite sin mirarme y como si hubiera escuchado mis interrogantes responde—: La bala mía no era para vos, pero te corriste justo a la derecha —le creo, quiero, necesito creerle. Tenés mala suerte, Sabio. Estaba todo arreglado pero tuvo que reconocerte el imbécil ese, un muerto de hambre que se metió en la prefectura para cebarle mate a sus superiores, porque lo sacaron cagando de la bonaerense. Tenés mala suerte...

—¿Pero usted...?

—Yo estoy en esto desde hace más de treinta años, soy una suerte de antibiótico en la fuerza, me mandan a limpiar tumores y lo hago. Este es el último en mi carrera, dentro de muy poco me jubilan y paso a ser archivo. —toca otra vez mi brazo con gesto contenedor. A tu viejo lo ejecutó el Chupa, tenía una antigua deuda con él y se cruzó en el momento menos apropiado, justo cuando los ánimos estaban al rojo. Desconozco sus rencores pero los intuyo graves y el Chupa no se andaba con vueltas. Lo de tu hermano era inevitable, nunca podríamos haberlo salvado, en este mundo la estupidez se paga. Si no moría a manos del Chupa se lo llevaba otro. Castromán fue cosa mía, me debía dos vidas, pero no viene al caso ahora. A vos te van a dar una sentencia leve por considerar que mataste en estado de emoción violenta ante la muerte de tu hermano y, sobre todo, porque el Chupa era un sorete. Vas a un centro de detención infanto-juvenil por recomendación mía, pero por el resto de tu vida llevás colgado de las bolas el antecedente. Tenés que andar derecho de aquí en más o te van a ir a buscar al fin del mundo si es necesario. Conservá tu nueva identidad, en eso quedamos con el juez. No la embarres, Sabio. No la embarres.

Le dije sentirme estafado por su puesta en escena y respondió que la vida es un gran escenario donde todos jugamos un determinado papel, pero que conmigo había sido sincero.

—Los borrachos no mentimos, las leyes del alcohol son incorruptibles, Sabio.

Nunca más volví a verlo. Meses después me enteré por los diarios del extraordinario servicio que había realizado para toda la

comunidad al desbaratar parte de una mafia enquistada en la policía bonaerense. Su nombre verdadero era Ignacio Berdugo, a mi entender le quedaba mejor el de Claudio Antigüedad, o el Gris, como yo lo había bautizado. La noticia enunciaba que su familia había sufrido un violento asalto, años atrás, mientras él prestaba servicios en la provincia del Chaco, su mujer y uno de sus dos hijos varones habían muerto en el suceso. La foto acostumbrada y nada más. Por mi parte estuve encerrado un año y meses en un centro de detención juvenil de la Capital. Salí al cumplir veintiuno. El ayuno obligado me alivió de algunas adicciones, aunque de vez en cuando tengo "reminiscencias". Me dieron mis nuevos documentos y una carta firmada por el Gris donde expresaba su esperanza de encontrarse conmigo algún día. No pudo ser, antes de mi salida un cáncer de pulmón terminó con él. Pensé muchas veces en sus fabulaciones y en su enorme erudición y preferí guardar esa memoria antes que la otra, de azul trágico. De todas maneras esa parte suya nunca la conocí y jamás podría haberla compartido. Yo también inventé un mundo para sobrevivir y maté en nombre de supuestos afectos. Eso no me disculpa y supongo que tampoco al Gris, pero nos emparienta. Volví con esa carga a la casilla del basural pues no tenía otro sitio adonde ir, sorprendido por encontrarla en pie. Nadie había tocado nada y pensé que Miranda se había ocupado durante mi calvario en el correccional en mantenerla así. Una noche, en la que el insomnio arreaba sus mastines, encontré una caja de zapatos donde mamá guardaba documentos y algunas cartas de mi abuela materna, a quién nunca conocí. Minutos antes estuve a punto de quemarlo todo pero, temeroso de destruir algo importante decidí revisar los papeles minuciosamente. Dicen que cada hombre tiene su minuto fatal y ese fue el mío: en una carta fechada en Misiones, veintiún años atrás, apenas legible por las manchas de humedad y escondida entre las páginas de una revista Radiolandia (como si nuestra historia perteneciera al mundo de ficción y folletín donde yacía extraviada), mi abuela había escrito: "...pero no te castigues más, Silvia, ese hombre no merece tu hijo, te lastimó demasiado, no puede obligarte a volver con él por muy policía que sea. Vas a ser infeliz por el resto de tu vida o hasta que decida abandonarte por alguna otra. Andá con Evaristo, que según decís parece un buen hombre y si le da su apellido al chico, ni lo pienses. A veces el amor llega con el tiempo y hoy necesitas un techo. Cuidate mucho, hijita. Mamá".

Salí de la habitación buscando inútilmente a quien pedirle explicación por semejante burla pero nadie, ni siquiera los fantasmas de los míos, ni una sombra a quien dirigir mi queja, donde encontrar alivio. Solo estaba el eterno zumbido de las moscas subiendo desde el basural hacia la casa, anunciando que en poco tiempo más

emprenderían el ataque y se apoderarían de todo, tal como hiciera el destino con lo nuestro. Volví en silencio y lloré tendido en mi camastro boca abajo como si ya no hubiese llorado lo suficiente toda mi existencia. Lloré mi cuchilla entrando en el cuello del Chupa, lloré la entereza de Evaristo Gonçálvez y la dualidad del Gris, los ojos de mi madre y el pecho agujereado de Cholo. Lloré la vida y sus sucesos, la muerte es un hecho aleatorio. Cuando ya no quedó una sola palabra, un solo recuerdo, una mínima memoria por llorar y parecía estar seco, tanto como seguramente estuvo toda la vida el corazón del Chupa, fui hasta el mercadito de los vietnamitas y cambié mis atesoradas Hobby por seis botellas de cerveza. Cuando la última dio contra el cajón que habíamos dispuesto para juntar el vidrio y venderlo a los botelleros deploré que mis amores yacieran en la misma tierra donde se deshacía tanta porquería y miré hacia el río. Pregunté dónde habían quedado mis percepciones. El don que alguna vez me alertara sobre el futuro parecía haber fenecido bajo las mismas circunstancias que armaron mi mano en contra de mi padre biológico, las mismas que mataron al hombre que me había criado como su hijo, las que se llevaron a mi hermano, las que involucraron al Gris. Eran causas irrefutables pero no tenían entidad humana para ser juzgadas, pertenecían a ese mundo donde nos movemos los recolectores de las sobras, el reflejo vívido de la imposición social, "planetaria" diría el Gris, pero a todas luces inconcebible en cualquier tiempo.

Al amanecer, algo me despertó, la resaca apenas me permitía levantar la cabeza de la almohada, pero reconocí casi de inmediato los dedos de Sandra acariciándome el cabello. Tardé un rato en salir del sopor de la noche y allí estaba, alentadora. No pude precisar por qué, pero sentí que un soplo nuevo se acercaba a mi vida. El conflicto no existe si encontramos la solución. Y Sandra parecía haberla encontrado.

—Nos vamos a ir, Sabio. Tomamos esa decisión con mi hermana. Volvemos al sur, a nuestro pueblo.

Hizo el espacio necesario para dejar entrar esa inmensidad que brillaba en sus ojos. Había visto cierto fulgor en su mirada alguna noche pero entonces no supe cómo definirlo. Ahora estaba allí con ella, colgado de sus expectativas. Otro sueño.

—Irma se peleó con ese vividor y tiene miedo de quedarse. El muy hijo de puta es violento, ¿sabés? Mamá nos consiguió trabajo en un supermercado enorme que acaba de inaugurarse allá y dice que en casa tenemos nuestro lugar. Yo no quiero seguir con esta vida de mierda, Lorenzo no merece esta penuria, Sabio. Así que ya está decidido. Mañana empezamos a mandar algunas cosas en micro y cuando mamá nos avise que ya está todo acomodado...

En su rostro de muchachita endeble había algo nuevo empujando

luces, ahuyentando sombras. La certidumbre otorga poder y esperanza. Había futuro. Pero yo me sentía afuera de todo. Muy afuera.

—Imaginé que algo así pasaría, Sandra. Supongo que no soy un buen partido para nadie después de lo que hice. No tenía muy claro el peso de la tragedia, Sandra. Son toneladas de desamor, de inconciencia compartida las que moldearon esto que soy. Nada entró en mí gratuitamente, pagué su ingreso con la moneda más tremenda que se pueda imaginar. No sé si te habrás enterado pero nada de lo que vengas a ofrecerme matará esta nostalgia que tengo. En mi familia estábamos hechos de barro, esculpidos con este oscuro, fétido barro, yo no pude escaparme. Soy todos esos fantasmas. Suena melodramático, lo sé. Pero esa es la verdad. Maté, Sandra. En nombre y por las razones que vos quieras, pero hice justamente aquello que odié en los demás. Lo había censurado en Lagrimita, en mi propio hermano, en la intemperancia de Ramón, en todos los que conocí en este jardín del infierno. Estás invitando a un muerto a un casamiento. Querés llevar una corona de flores a una fiesta de cumpleaños, "payasos de luto" a una bienvenida. ¡Estás loca! Se agradece pero estás loca. Lo peor de todo es que ni siquiera puedo decirte que te quiero, volverías a enojarte. Ya nos pasó, no tengo tripa y menos corazón para sufrirlo otra vez.

De pronto tomó mi cara y me obligó a mirarla.

—Venite con nosotras, Sabio.

Mientras hablábamos, uno de los jilgueros que alguien había liberado durante mi ausencia saltó dentro del jaulón en busca de comida, estuvo un rato picoteando por los rincones y se asustó al no encontrar la salida. Comenzó a volar de un lado a otro hasta que cansado de golpearse se quedó en el piso agitado y con el pico abierto. Miraba fijamente la puerta abierta, la libertad enmarcada en ese espacio por el que podía salir si quisiera pero creía cerrado. Tuve un escalofrío y pensé en mamá. Miranda hubiera sacado su pañuelito celeste para sonarse la nariz. "¡En un caso así hay que creer o reventar!" El pajarito estuvo un rato sin decidirse a saltar afuera. Por fin metí la mano. No evidenció el mínimo atisbo de temor. Dejó que lo tomara suavemente entre los dedos y torció el cuello para mirarme. Finalmente lo solté ante el rostro demudado de Sandra que pretendía una respuesta. Pero no podía prometerle nada sin antes resolver algunas cuestiones. Agradecí como pude su oferta y esperé a estar solo. Coloqué las cosas de mamá sobre la mesa, la carta de mi abuela, lo poco de mi padre y lo que había quedado de las andanzas de Cholo, incluidas algunas pipas de paco y envoltorios diversos. Después rocié todo con kerosén, menos la vitrola y una foto tomada frente a la casilla recién construida, donde se nota claramente el embarazo de

mamá y la enorme sonrisa de Evaristo Gonçálves con su mano sobre el vientre prominente. Salí al patiecito y miré el sol, como él solía hacer a su vez con las estrellas. Era el mediodía, la hora de las moscas. Esperé pacientemente que llegaran como siempre lo hacían, al impulso de la brisa que sopla desde el río. Y cuando estuve seguro de que la mayoría había entrado a la casa y se regodeaban sobre todo aquello que alguna vez fuera mi vida. Cerré la puerta y encendí el fósforo.

Fin

Conclusión

Tiempo atrás, Lorenzo quiso saber sobre su nacimiento y le conté donde está su padre verdadero. Mañana cumplirá quince años y junto a mi hijo Evaristo, de doce, vamos a visitar al tipo a la cárcel de Dolores. Pero yo viajo especialmente a cumplir un juramento: las cenizas del Gris por fin irán donde él quería, convencí a su hijo, actualmente abogado penalista en la ciudad de Mar del Plata, de llevar la urna con los despojos a Chernobyl. Después no sé, supongo que los cuatro iremos a comer una pizza por ahí. Sandra no nos acompaña pero me hizo prometerle que no voy a llorar. No creo que pueda aguantar, mucho menos si la veo a Miranda. De vez en cuando nos escribe, sigue viviendo allá y en su última carta prometió unas cintas rojas bendecidas por el Gauchito Gil para todos nosotros cuando lleguemos. Ojalá acierte, aunque sea por única vez.